

**Lo absoluto de
la democracia**

Raúl Sánchez Cedillo

Lo absoluto de la democracia

Lo absoluto de la democracia

**Contrapoderes, cuerpos-máquina, sistema
red transdividual**

Raúl Sánchez Cedillo

**prefacio de
Toni Negri**

subtextos

1ª Edición: mayo 2021

Subtextos apoya explícitamente las prácticas *copyleft*. Todos los contenidos tanto originales como traducciones, están sujetos al *copyright* de sus autor*s, pero pueden ser copiados y reproducidos por cualquier medio para cualquier tipo de uso y distribución no comercial ni institucional. Todos los libros de Subtextos se pueden descargar gratuitamente en subtextos.es.

Subtextos también apoya y practica el uso de un lenguaje no discriminatorio en cuestiones de género, tanto en los textos originales como en las traducciones. Las excepciones son responsabilidad de sus autor*s.

Subtextos, 2021

Ana Bernal, 4
29012 Málaga
subtextos.es

ISBN: 978-84-123697-0-0

Depósito Legal: MA 492-2021

Este libro ha sido coeditado junto a transversal texts.

La impresión de este libro cuenta con el apoyo de: Foudation for Arts Initiatives.

FAI

Índice

Una gramática de liberación. Prefacio de Toni Negri	9
Hacia nuevas creaciones políticas	21
La irrupción del sistema red	53
El 15M como insurrección del cuerpo-máquina	59
Lo absoluto de la democracia a la luz del 15M	81
Rajoy nato, municipalismos, sistema de contrapoderes	105
Idea de un sistema red transdividual	129
La muerte de los grupos	153
Entre derechos iguales decide la fuerza	171
Posfacio. Del 15M al comunismo maquínico/dividual	201
Créditos de los textos	215

UNA GRAMÁTICA DE LIBERACIÓN.

PREFACIO DE TONI NEGRI

¿Qué es hoy una vida militante comunista? Una vida militante formada después del crepúsculo de los sóviets. ¿Cuál es su horizonte político, cuando la autonomía de la militancia y de sus luchas dejan de medirse con modelos del pasado y la historia de la clase trabajadora ha despejado el terreno de la imagen del Partido y de la Tercera Internacional?

Por haber nacido en los años treinta, participo de la última generación que se formó en el mundo de los Partidos comunistas. Cuando empecé a hacer política me pareció algo natural encauzar la acción de la clase trabajadora hacia el modelo del Partido obrero; así lo imponían las grandes organizaciones en las fábricas y en las sociedades fordistas. Por otra parte, la luz de los sóviets había resurgido con potencia en Stalingrado, en la gran guerra antifascista que condujo a la victoria y honró la Resistencia comunista en todo el mundo. E incluso la recuperación del poder de mando capitalista sobre el trabajo y sobre la sociedad no dejaba de estar impregnada del contrapoder de l*s trabajador*s, que el keynesianismo económico y el «planismo» estatal reconocían como reflejo estatal del Octubre en la construcción del Welfare State. Una vida militante comunista hoy, cuando ha dejado de existir aquella condición de lucha y de contrapoder, proyectada en los planos local e internacional, no puede dejar de ser algo completamente distinto de lo que vivió mi generación; se presenta más bien como el producto de una desidentificación radical respecto a los modelos de aparato y de institución política que produjo la primera mitad del siglo xx. Pero al mismo tiempo —y esto es lo impresionante— muestra

el efecto de una sobreidentificación retrospectiva con los orígenes y la fuerza constituyente del movimiento comunista. Es una verdadera paradoja la que aquí construyen el sentir y los comportamientos de las nuevas militancias comunistas: en el preciso momento en el que, objetiva e históricamente, se han desencarnado —porque se les fue de las manos (con el fin del «siglo breve») el asidero sobre el terreno de la revolución y la capacidad de aferrar sus temporalidades— se expresan de maneras cada vez más radicales porque están subjetivamente instaladas, inmersas en la ontología de la lucha de clases, en una historicidad que era remota y se ha hecho presente. Hoy ya no suenan nombres eslavos o chinos, sino europeos y estadounidenses, mexicanos y árabes, Seattle y Génova, Túnez y Madrid, El Cairo y Nueva York... ¿Y mañana? ¡Sopla un fuerte viento, cada vez más fuerte, en las cumbres del poder capitalista!

En la ontología recobrada, en la búsqueda de la libertad, así como a través de las luchas salariales, est*s militantes producen imaginación. El término es spinoziano: nada de fantástico o soñador —al contrario, una capacidad muy directa, positiva, concreta, de insistir en el horizonte material, porque la que l*s militantes producen al medirse con su propia historia es una acción autónoma—, ell*s son los responsables y a nadie más dejan o delegan la responsabilidad. Una imaginación que posee confianza firme y capacidad de decidir lo que hay que hacer, de dar cuerpo a las cosas esperadas y la certeza de que, cuando se expresa, la acción militante no tarda en librarse de la soledad, porque siempre está nutrida por la multitud. Por decirlo de alguna manera: para rebelarse mi generación obedecía; esto es, se movía dentro de los cánones de una tradición ajada, tan fuertes como prescritos en la

superficie, una superficie hecha de cuadros y fechas obligadas, sindicales y políticas, de contrato y de programa, de representación y de confianza. «Superficiales», porque a menudo de la tradición comunista solo recuperaban los oropeles litúrgicos y una sensación de extrañeza que resultaba asfixiante. En cambio, la nueva generación puede acceder a la ontología del movimiento, a una percepción franca y honesta de lo que es primario en el orden de la protesta y de la reivindicación, del obrar y del construir. No obedece ni desobedece, sino que construye libremente. Me explico: no se topa con la misma realidad ni con las mismas transformaciones que conocieron l*s militantes de clase obrera de los siglos XIX o XX: la mutación que sufre no es como la que nosotr*s sufrimos. Si, a partir de un momento dado, para nosotr*s dejaron de funcionar los viejos modelos organizativos, ello se debió a que los sujetos en/de la lucha de clase se habían transformado. Ya no se luchaba dentro del mismo esquema, del mismo formato: l*s obrer*s fordistas luchaban para romper el sistema del salario y la esclavitud del tiempo de la vida a los que estaban sometid*s, y querían liberarse moviéndose —liberándose y construyéndose— *dentro/contra* el desarrollo capitalista. Hoy, por el contrario, no solo se ponen en movimiento la protesta, o la indignación, o el rechazo, o la fuerza de lo negativo, sino que a ellos se añade la necesidad de construir un nuevo imaginario de lucha. En lo esencial: una imagen de *contrapoder* de la clase que implique a los sujetos multitudinarios de clase, cierto, pero también de género, raza, etc. En resumen, un proyecto que involucre producción y reproducción de las mercancías y de la sociedad, consumo del vivir e intercambio con la naturaleza; una verdadera reforma del diseño histórico del desarrollo capitalista. Hoy, las

luchas tienen la «forma del progreso» como contenido. De un modo que excluye la urgencia de la acumulación y el ahogo de cualquier otro deseo vital que ésta provoca. Hoy l*s militantes se topan con un capitalismo multiplicado por cuatro: tienen que destruirlo con la misma extensión e intensidad, pero también deben reconstruir la vida. De esta suerte, la paradoja que hemos señalado más arriba —una radicalización comunista precisamente al final de la época del socialismo, precisamente cuando parecía que aquella historia había terminado—, se nutre de una nueva sustancia y se profundiza al máximo. Éste es el punto crucial en el que encuentran su origen las nuevas generaciones: donde el comienzo de la batalla no se instala sobre la carencia, sobre la obsesión de un vacío, sino más bien sobre el deseo de un pleno, de una lozanía de pasiones constructivas. Aquí la revolución no se repite, sino que se inventa.

Sin embargo, hubo un momento, también para mi generación, en el que la creatividad del deseo de transformación de l*s sometid*s, de l*s proletari*s, se dio de manera irrefrenable: el 68. La «toma de palabra» que atravesó las masas trabajadoras y estudiantiles fue poderosa. Contra la guerra argelina y la de Vietnam, se desarrollaron de manera formidable revueltas antiautoritarias y contra la violencia colonial. ¿Por qué no condujeron a una revolución efectiva —acaso porque «la toma de palabra» no fue más allá de la palabra? Como sabemos, la respuesta es compleja y diferenciada. Sin embargo, es cierto que mi generación no consiguió hacer de sus mil batallas la única —o, mejor dicho, el *arma*— que diera un golpe decisivo contra el poder capitalista. No obstante, por otra parte la victoria del capital no consistió en un golpe definitivo asestado a su enemigo proletario, no fue la victoria de

Pompeyo sobre Espartaco, celebrada en la *via Appia* con cientos de crucifixiones; no, la victoria del capital contra el 68 —apoyándose en el desplazamiento del terreno del enfrentamiento conforme a líneas de transformación tecnológica que suponen un cambio de época—, aunque supuso un *knockdown* de la ilusión fabriquista y sindical de un capital ya incapaz de transformación, dejó aún mucho espacio abierto a la lucha y a la imaginación de l*s proletari*s. La fábrica fordista terminó; comenzó la época de la «fábrica social» en la que de toda acción productiva y reproductiva, de todo momento de la vida asociada saca provecho el capital. Pero mientras la explotación y la alienación se extienden con desmesura, l*s explotad*s —en la mutación del modo de producir— empezaban a reconocerse no solo como operadores singulares en la red social de la producción, sino también como partícipes de la producción colectiva del común. El trabajo había cambiado —socializado y abstracto, por un lado, como paso hacia adelante del proceso capitalista de subsumción y de explotación; puesto en red y singularizado, por el otro lado, dando vida así al *individuo social* sobre cuya potencia se apoya en lo sucesivo toda capacidad de valorización. En esta articulación contemporánea, lo que debe ser «expropiado» es este último, es el común producido por la socialización del trabajo en red, el común de la riqueza compuesto por las singularidades —esto es lo que el capital debe arrebatar para continuar dominando.

Así, pues, ¿hubo victoria capitalista sobre el 68? Desde luego. Pero la transformación del modo de producción produjo un nuevo sujeto. Nosotr*s, mi generación, fuimos derrotad*s. No l*s jóvenes que, a finales del siglo xx y a comienzos del siglo xxi, reanudaron la lucha, convirtiend*s ahora en trabajador*s inmateriales, habiéndose

apropiado de capacidades tecnológicas inesperadas, nuev*s intérpretes del drama de la lucha de clase que se estaba desarrollando en esta nueva arena. De hecho, una vida militante comunista hoy hay que valorarla dentro de este cuadro del común.

Quien lucha hoy, quien vive como militante comunista en esta nueva realidad social, posee una nueva imagen de la liberación de la explotación y la proyecta en una buena vida de pasiones que ontológicamente hablan de común y de poder. Confiamos en este verdadero renacimiento generacional, mucho más resueltamente de lo que habríamos podido confiar en los hombres y mujeres crecidos en la segunda mitad del siglo pasado; derrotad*s, transformad*s por la gran revolución tecnológica que padecieron... hoy sus virtudes se desdibujan cansadas en el horizonte.

Perdonadme esta larga reflexión, cuando mi cometido aquí era presentar el trabajo de Raúl Sánchez Cedillo. Si la he introducido como prefacio de la selección de sus ensayos políticos entre los años 2007-2021 que aquí se publican, es porque Raúl es *homo novus* a todos los efectos. Si yo hablo del precariado, él es precario desde siempre; si yo escribo como académico, él escribe como militante; si yo uso viejas categorías —a veces con la obsesión de negarlas—, él juega con nuevos conceptos y los organiza para nuevos sujetos; si yo me afano a menudo, demasiado a menudo, en torno a problemas que la memoria de una vida me ha entregado —y, exhausto, trato a veces de barrer la inmundicia debajo de la alfombra—, Raúl arrostra los problemas del hoy y se prohíbe la posibilidad de aplazar su discusión. Porque para él el problema político está ahí presente, y no cree que pueda ocultarse aunque uno piense que no tiene solución. Lo fundamental es la determinación del problema, su presencia y, me atrevería

a decir, su incumbencia. La ontología predomina siempre sobre la retórica. He defendido con anterioridad que el aforismo gramsciano «pesimismo de la razón / optimismo de la voluntad» tal vez fuera razonable para la gente de mi generación, pero que sin duda estaba equivocado cuando se trata de definir la tarea de un* militante comunista hoy. Lo confirmo ahora, cotejando aquella sentencia con la figura —y la voluntad— militante que aparece en los escritos que aquí se presentan. Raúl sabe que la realidad es compleja y a veces exige decisiones de ruptura y desde esa perspectiva sabe leer el acontecimiento; pero sabe también —a propósito del 68, pero sobre todo después del 15M, en el posfordismo, en la sociedad capitalista de *extracción* del valor *del común* de la sociedad— que la razón —ya sea más o menos «optimista»— es seguramente partícipe de la enorme potencialidad que el trabajo intelectual y asociado —del común— crea. En cambio, la voluntad —por breve o leve que sea su efecto— debe más bien adecuarse a esta potencia y estar dentro de ella: «pesimismo de la voluntad» para atenuar el «optimismo de la razón»; prudencia; rechazo del extremismo ideológico y del terrorismo; capacidad de sumergirse en lo real y una cierta humildad, casi fingiendo dejarse superar por el movimiento... para aferrar su tendencia, desde luego, pero no individualmente, no abstractamente, sino solo en tanto que multitud. Estas nuevas militancias comunistas, est*s nuev*s partisan*s resistentes, son nuestra descendencia, pero ¡cuánto más sabia y política que la nuestra!

Dos o tres breves observaciones para terminar. En primer lugar, a propósito del tema de la organización; que en la lengua de estas nuevas generaciones no consiste en construir jaulas y/o caminos ineficaces e institucionales, sino en definir la relación entre *formas de vida* y *modos*

de expresión política. Ahora, todo el depósito de las viejas figuras organizativas de lo político —parlamentarias y/o de derivación sociológica— queda a un lado. El tema de la representación queda disecado y destinado a la inactualidad. Sin embargo, ningún* de est*s compañer*s es anarquista individualista. Una militancia comunista basa su rechazo de la representación en la reivindicación de una forma de organización política que es también forma de vida y de producción social: de vida colectiva, de producción asociada, común, de construcción de un mundo «otro» en la lucha anticapitalista. El común constituye en lo sucesivo la trama de lo político; es el motor que organiza; es decir, que mueve las singularidades en la acción política, permitiendo la compenetración de las formas de vida y de las figuras/modos de expresión política.

Se entiende así —cuando se asumen estos presupuestos— hasta qué punto ha podido ser violento el enfrentamiento determinado por la decisión de Podemos —contra l*s insurrect*s del 15M de 2011— de construir formas ortodoxas de organización de partido. Podemos sostenía y sostiene que la democracia directa no es posible y que, en todo caso, para hacer política es necesario pasar por el ojo de la aguja parlamentario. Pero el 15M se levantó haciendo justicia de esa ilusión. ¿Será posible, se preguntan entonces Raúl y sus compañer*s comunistas, dar a esa insurgencia una perspectiva distinta? Pues sí: es la vía del común la que se debe recorrer, en la que se compenetran el reconocimiento de los bienes comunes que organizan nuestra vida y nuestras economías vitales, y la subjetivación de ese reconocimiento en la organización de una Fundación —no de un partido— de los comunes. La subjetivación del común construye la dimensión política de la vida. De ahí la concreción de las luchas políticas

identificadas y atravesadas, que van del salario a la renta garantizada, de la afirmación del derecho a una vivienda para tod*s a la gestión autónoma desde abajo de las estructuras de protección social. Haciendo siempre funcionar la propia autonomía organizativa como contrapoder social. Desde esta perspectiva, en los escritos que presentamos aquí, la discusión se entabla en torno a la cuestión de si se pueden —y cómo— dar nuevas creaciones políticas, nuevas instituciones. Esta pregunta Raúl empezaba a plantársela ya antes del 15M —cuando en Europa se movían muchas cosas y en España pocas —o así parecía—. El 15M cambia el paisaje y coloca los acontecimientos españoles en el centro de la escena. A partir del acontecimiento 15M, la lucha se abre hacia la definición de un nuevo horizonte institucional. Ya lo hemos dicho, para Raúl la prescripción es clara: construyamos una red de instituciones municipales, trans(in)dividuales, de contrapoderes que rompan con el sistema «democrático» *octroyé* [otorgado] tras la caída del franquismo. Un nuevo «republicanismo» está maduro. Pero —segundo punto— esa reivindicación no sería innovadora si no estuviera atravesada por la conciencia de que hay una nueva «antropología» política, *citoyenne*, capaz de hacer visible la posibilidad de que funcionen juntas una potencia constituyente eficaz y una ética solidaria, en todos los niveles del ejercicio del poder y de la expresión participativa de los ciudadanos en las instituciones. De esta suerte, detrás del contrapoder, en su base, imponiendo la «democracia directa», debe haber una mujer, un hombre, un* trabajador*, un* productor*, etc., capaces —desde una perspectiva sistémica— de soportar el funcionamiento de la institución. El «cuerpo máquina» en torno al cual trabaja Raúl a tal objeto, tiene muy poco de enrevesado [*macchinoso*] y abstracto, es más bien

«maquínico» y abierto a lo «trans(in)dividual». Soportar la complejidad sistémica y mantenerla siempre abierta: estos son los capítulos en los cuales Raúl muestra con mayor claridad su cercanía con la enseñanza de Guattari y Deleuze y, por otro lado, con Simondon. De donde se desprende, siempre dentro de este cuadro, el rechazo estratégico de toda fijación de los procesos de movimiento: el renacimiento de Podemos como «Partido» y su resuelto asentamiento en la «autonomía de lo político» a Raúl se le antojan —tal cual son— domesticaciones de la potencia política de la multitud completamente ilusorias... y pronto catastróficas. El «cuerpo máquina», su extensión multitudinaria, no pueden soportar estas contorsiones afectadas.

Pero entonces, tercer punto, ¿cómo *hacer política*? No dejando de promover un movimiento de emancipación que cobre cada vez más fuerza y cobre conciencia de ello, sabiendo expresar su propia fuerza como contrapoder. De nuevo, parece un propósito contradictorio: ¿cómo será posible construir un contrapoder capaz de construir un punto vivo de propuesta política y de agitación social y, eventualmente, ejercer fuerza insurreccional, pero también de mantener su propia continuidad a lo largo de un proceso que no tiene ningún resultado prescrito? ¿Sino que, siempre de nuevo, a menudo de manera caótica, se presenta como producto incierto de la lucha de clase? La respuesta queda aquí abierta a la imaginación libertaria. Sin embargo, no albergamos incertidumbre, atisbamos una luz de esperanza en el confuso horizonte caracterizado hoy por la combinación trágica dispuesta por la pandemia y por la crisis de las políticas neoliberales; atisbamos una luz de esperanza y el presentarse del acontecimiento común en el enfrentamiento entre disciplina capitalista y potencia de las nuevas generaciones.

¿Esperanzas, acontecimiento del común, nuevas instituciones? Pero éstas son palabras; palabras de un viejo comunista como yo, que aquí intenta seguir los pasos de un «hacer política» que se le ha vuelto completamente inalcanzable. Sin embargo, puedo dar fe de que en estas páginas de Raúl, cuanto más rechaza los trayectos insensatos del poder de mando patronal y las estrategias ilusorias de la autonomía de lo político de la nueva izquierda, más aferra con inmediatez los nudos de los procesos políticos y la naturaleza contradictoria, cada vez más radicalmente crítica, de las vicisitudes actuales del neoliberalismo político. Permittedme terminar diciendo que, cuando se lee este libro, el alborozo de una inteligencia joven y sagaz te asalta e ilustra la verdad de la crítica. Alegría, imaginación y esperanza en los bordes críticos del poder de mando capitalista: éste es el régimen de pasiones que Raúl propone a l*s lector*s. No se trata solo de intuiciones felices, sino de la oferta de una gramática de liberación.

Toni Negri

30 de octubre de 2020

HACIA NUEVAS CREACIONES POLÍTICAS

Un conjunto de síntomas recurrentes nos obliga, de nuevo, a imaginar, recordar, proyectar y construir instituciones. Las fechas que señalan los acontecimientos pueden servirnos de brújula para entender el carácter de necesidad que presenta la cuestión de la creación institucional, en particular en el espacio político europeo: el 1 de enero de 1994, cuando el EZLN se levantó en armas contra el gobierno mexicano y contra el poder neoliberal en el mundo. Al momento de escribir este texto, en 2007, han pasado trece años desde aquel acontecimiento decisivo para la salida de los que Félix Guattari denominara «años de invierno»¹. Más cercanas en el tiempo están las jornadas de Génova, los 20-22 de julio de 2001, que sin duda marcaron un punto de inflexión en la capacidad de creación política del llamado movimiento de movimientos. La declaración de guerra al movimiento por parte del G8 —vía el gobierno Berlusconi— y, en el mismo año, la instalación del régimen de guerra global tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York, pusieron punto y final al espacio político democrático que el movimiento global estaba construyendo y que tuvo en Seattle, el 30 de noviembre de 1999, su acontecimiento fundador. Como sabemos, el movimiento contra la guerra en Irak fue calificado por el *New York Times*, como la «segunda potencia mundial», pero esta vez se trataba de la potencia de la opinión pública, de un nuevo polo de influencia en las «democracias de opinión», es decir, de una potencia domesticada, neutralizada. Han pasado cuatro años desde

¹ Ver Félix Guattari, *Les années d'hiver. 1980-1985*, París: Barrault 1986.

entonces, y el espacio político *in nuce* que prefiguraban los movimientos, y que hasta ahora tan solo experiencias como el EuroMayDay han conseguido mantener abierto, parece cerrarse a pasos agigantados, sobre todo desde que, paradójicamente, el rechazo del Tratado Constitucional Europeo por parte de l*s votantes en Francia y Holanda reforzase el carácter no democrático, puramente confederal e intergubernamental, de la construcción europea, Sarkozy *docet*.

Así, pues, impotencia política, debilidad organizativa y disipación de la subjetividad o, dicho de otra manera, crisis de la producción de subjetividad, de su consistencia y de su autoorganización. Tales parecen ser los rasgos centrales de la crisis de la forma movimiento en el territorio europeo, lo que se traduce en buena medida en su incapacidad, en primer lugar, para construir batallas locales y regionales que expresen relaciones de fuerza, en particular en el terreno de la precarización de la renta y de los derechos sociales, y en términos generales en la lucha contra una *governance* íntimamente ligada a la movilización general productiva, al *workfare* y al *warfare* que informan hoy las «políticas sociales» y las relaciones laborales en el continente cuyo centro de gravedad es la Unión europea. Éste es el drama de las expresiones políticas que ven en la experiencia de la *precariedad* un foco de subjetivación política general y un terreno de reinención de la lucha de clases adecuada a la hegemonía de lo que se ha venido denominando «capitalismo cognitivo». Pero en segundo lugar se traduce en el empobrecimiento tendencial de la creación política y de sus dimensiones de enunciación —discursiva-significante, poética, tecnomaquinica, institucional—. No creo que suponga una exageración la siguiente afirmación: las

promesas y los primeros ensayos de *fauve renouveau* han cedido el protagonismo, hasta nueva orden, al sentido común populista y conformista, así como a su opuesto simétrico, el sectarismo ideológico presa del delirio de binarización total, rasgos ambos de una vieja política de la «resistencia» y de las «amplias alianzas», vieja ferralla de la época del socialismo como —poder de— gestión alternativa de la relación de capital. Un corte transversal de las distintas «familias» o polaridades que compusieron el «movimiento de movimientos» en Europa puede confirmarnos, con extraordinarias excepciones, esta situación difícil de confesar y de plantear como problema público.

Con arreglo a este breve apunte de «coyuntura», ¿qué utilidad, o qué fuerza heurística puede ofrecernos la temática de las instituciones, de su creación y/o destitución? No poca, sobre todo si somos capaces de circunscribir problemas concretos en situaciones concretas y actuales, al mismo tiempo que enmarcamos y contextualizamos el inmenso acervo de la crítica y de la teoría de las instituciones en la coyuntura presente. Un momento marcado por la neutralización de la potencia constituyente de los movimientos de lucha, y en un medio en el que la vida es tan política como productiva. De tal suerte que solo formalmente podemos establecer distinciones entre la politización de la existencia de individuos y colectivos y las matrices de nueva potencia productiva —fuera de y/o contra el valor-medida—. O bien, desde el punto de vista de la capacidad de captura y control de las singularidades cooperantes, las tecnologías y dispositivos del biopoder en red pueden determinar secuencias de valor económico con arreglo a una relación social entre sujetos, entre individuos creativos,

capaces de afectarse unos a otros, de ejercer un poder —y por ende una modificación de su actitud— de unos sobre otros. Y hacerlo con arreglo a relaciones móviles y dentro de una abertura espaciotemporal, la del mercado generalizado de las formas de vida, que es también la dimensión, decisiva, del *proyecto*, en el que todas las competencias del sujeto deben concatenarse para realizar, en la finitud del espacio y del tiempo, los objetivos de autovalorización de sí mismo. En este sentido, la forma individuo resulta tan esencial para esta ontología neoliberal de la producción y del gobierno como su riqueza de relaciones, interacciones, experiencias, etc. Cabe plantear la hipótesis de que, para este individuo productivo, el régimen de guerra en tanto que elemento de su mundo de la vida funciona, dentro de determinados parámetros de estabilidad de su vida, como un cúmulo de riesgos e incertidumbres, de déficit de información, de miedo y esperanza, ciertamente, pero también como un acicate para su rendimiento en la red de la movilización total productiva, como una constante confirmación de la finitud y la fragilidad de su proyecto de sí mismo.

Se torna necesaria, pues, una selección activa de las herramientas y experiencias disponibles. Hagamos un esfuerzo por orientarnos. Comenzando por el acotamiento mismo de la noción de «institución». Considero que la temática de las instituciones presenta una actualidad extraordinaria en su relación con el problema de los contrapoderes sociales —y por ende políticos— o, dicho de otra manera, con el proyecto de una red de contrapoderes capaz de soportar una dinámica, discontinua e impredecible, de éxodo constituyente del dispositivo complejo capitalismo-*governance*-guerra. ¿Qué implica esta selección activa? En gran medida, y como ya ha

sido señalado, un desplazamiento radical con respecto a los contenidos y objetos de anteriores periodos, contextos y proyectos de la crítica de las instituciones y de la imaginación de un nuevo mundo de instituciones de la libertad. Resulta evidente que, fuera de las condiciones de contextualización y situación que hemos citado más arriba, corremos el riesgo de sacarnos de la chistera un nuevo ámbito, separado y aislado de los problemas de conflicto, organización, producción de subjetividad y contrapoder de los nuevos movimientos. Corremos el riesgo así de hacer de la necesidad virtud, cubriendo con un referente genérico, el de «las instituciones», el vacío que las prácticas críticas aborrecen o adoran religiosamente, así como la sólida neutralización del espacio político que estamos viviendo en territorio europeo. Un «huevo de Colón», banalidad y fuente de distracción, una «salida institucional».

Instituciones, da capo

Pero volvamos al vocablo. Partamos de la *institutio* y del *instituere*, y de su extrema problematidad. *Institutio* nos remite a una *fundación* y a un plan, un proyecto, un designio fundamentado, mientras que *instituere* es un preparar, disponer, establecer, pero también un organizar algo ya existente, y un formar e instruir. Demasiado genérico, sin duda, pero al mismo tiempo interesante para acometer la cuestión bajo un prisma productivo. El motivo: salir del bloqueo epistémico y de la imaginación política que se determina con la «cuestión de las instituciones», atribuyendo ésta a referentes —o acaso imágenes o iconos— tan pesados como los aparatos del Estado, instituciones como escuela, cárcel, hospital, partidos políticos, museos,

etc., y otros equipamientos públicos. Así podemos salir, por un rato al menos, al aire libre del *instituere* y de lo *instituyente*.

En un breve artículo, vinculado a su trabajo sobre la obra de David Hume, «Instintos e instituciones»², Gilles Deleuze ofrece unas consideraciones sencillas y desnudas sobre la dimensión creativa, positiva y afirmativa de la creación de instituciones, en contraposición a la ley, a la violencia de la norma. Para Deleuze la institución comparte con el instinto la búsqueda de la satisfacción de tendencias y necesidades, pero se diferencia del instinto en la medida en que constituye un «sistema organizado de medios»³ de satisfacción, un medio institucional que determina *a priori* modalidades sociales de conducción de la experiencia individual. Las instituciones son, a diferencia de las leyes, las principales estructuras de invención de lo social, de un hacer afirmativo y no limitativo y exclusivo:

No hay tendencias sociales, sino únicamente medios sociales para satisfacer las tendencias, medios que son originales precisamente por ser sociales. Toda institución impone a nuestro cuerpo, incluso en sus estructuras involuntarias, una serie de modelos, y confiere a nuestra inteligencia un saber, una posibilidad de previsión en forma de proyecto. Llegamos así a esta conclusión: el hombre no tiene instintos, construye instituciones.⁴

Despejamos así el campo de una fijación exclusiva del objeto «institución» en sus acepciones caras a otras

² Gilles Deleuze, «Instintos e instituciones» [1955], en *La isla desierta y otros textos. Textos y entrevistas (1953-1974)*, traducción de José Luis Pardo, Valencia: Pre-Textos 2005 [2002].

³ *Ibid.*, 28.

⁴ *Ibid.*, 29 ss.

coyunturas del pensamiento y de las prácticas críticas, desde la dialéctica de lo inauténtico y de la esencia alienada que informa, todavía hoy, los enfoques situacionistas o neosituacionistas, pero también la crítica institucional en los medios del arte y del *artivismo*, al análisis de las instituciones disciplinarias y de su diagrama de poder y resistencias (manicomio, hospital, cárcel, escuela) vinculado al periodo aparentemente más político de la obra y de la actividad pública de Michel Foucault. Hasta el punto de que el discurso sobre la «institución» y la «crítica de las instituciones» son, bajo tales parámetros, apenas distinguibles, resultando el añadido de la «crítica» un mero pleonismo⁵.

Pero sabemos que hay «otros» Foucault. La obra tardía foucaultiana, pronunciada y vivida en buena parte en territorio norteamericano —Estados Unidos y Canadá—, nos ofrece apuntes llenos de inspiración, también en lo relativo a la creación institucional. El surgimiento de la temática de las técnicas de sí y de su relación con la

⁵ Por desgracia, no somos situacionistas: no esperamos el derrumbe de la simulación espectacular del arte ni del capitalismo —contemporáneos—, ni siquiera bajo los efectos aceleradores de la acción de una vanguardia esclarecida. Tampoco pensamos exactamente que en la extrema inversión y alienación de las potencias humanas, que en la teología del arte se expresa, yaza, como *télos* resolutivo, la plena reapropiación de esas potencias que, al parecer, tendría que pasar por una destrucción incendiaria de toda positividad de valor, sensibilidad o de afecto. Lo cierto es que el mercado y sus instituciones esperan con impaciencia la aparición de nuevas levas de estas vanguardias, y saben aguardar con paciencia a que el ardor y la acidez del producto joven reposen y curen hasta que un buen caldo pueda servirse en los catálogos de nutrientes desafíos de la apropiación capitalista de la potencia común. La falsa y afectada crueldad del vengador situacionista ha quedado incorporada desde hace mucho tiempo en el catálogo de los gestos inútiles, para la política, y curiosos, para el mercado de las personalidades.

gubernamentalidad, con las tecnologías de gobierno de las poblaciones, es inseparable en Foucault de su experiencia y de su relación con las minorías de deseo y con sus expresiones políticas y académicas desde finales de la década de 1970 hasta su muerte.

Desde el siglo XIX, las grandes instituciones políticas y los grandes partidos políticos confiscaron el proceso de la creación política; con esto quiero decir que intentaron dar a la creación política la forma de un programa político, a fin de adueñarse del poder. Pienso que hay que preservar lo que se ha producido en los años sesenta y comienzos de los setenta. En mi opinión, una de las cosas que hay que preservar es la existencia, fuera de los partidos políticos, y fuera del programa normal u ordinario, de cierta forma de innovación política, de creación política y de experimentación política. [...] Tales movimientos sociales han transformado verdaderamente nuestras vidas, nuestra mentalidad y nuestras actitudes, *así como* las actitudes y la mentalidad de otras gentes —gentes que no pertenecían a esos movimientos—. ⁶

Resulta interesante poner en relación estas observaciones de Foucault con los resultados de su trabajo de investigación durante la segunda mitad de la década de 1970, dominado por la cuestión del gobierno de las poblaciones y de sus paradojas y alternativas; y es aquí donde reposa sólidamente la categoría de «biopolítica»⁷.

⁶ Michel Foucault, «Michel Foucault, una entrevista: sexo, poder y política de la identidad» [1982], en *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales, Volumen III*, traducción de Ángel Gabilondo, Barcelona: Paidós 1999, 428 ss.

⁷ Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, traducción de Horacio Pons, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 2007 [2004]; *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, traducción de Horacio Pons, Buenos

El estudio del neoliberalismo contemporáneo, tanto en su versión centroeuropea —el ordoliberalismo alemán de Röpke, Eucken, Böhm, que acuñaría la «economía social de mercado» aún en boga— como en su versión estadounidense —la Escuela de Chicago de Milton Friedman y George Stigler— permite a Foucault descubrir una práctica de autolimitación del gobierno, una crítica de la razón de Estado interna a la problemática misma de la «gubernamentalidad». La condición de esta autolimitación es la determinación de un referente absoluto: la «sociedad» en la que se insertan las poblaciones. Y en la sociedad se descubren dinámicas de autoorganización, procesos autónomos respecto a la intervención del gobierno, hasta el punto de que el excesivo intervencionismo de éste, la profusión y proliferación de intervenciones legislativas innecesarias contribuye al fracaso de los objetivos mismos que sostienen la problemática de la gubernamentalidad:

Un gobierno omnipresente, un gobierno al que nada escape, un gobierno que obedece a las reglas del derecho y un gobierno que sin embargo respeta la especificidad de la economía, será un gobierno que ha de administrar la sociedad civil, administrar la nación, administrar lo social.

El *homo oeconomicus* y la sociedad civil son entonces dos elementos indisociables. El *homo oeconomicus* es, si se quiere, el punto abstracto, ideal y puramente económico que puebla la realidad densa, plena y compleja de la sociedad civil. O bien: la sociedad civil es el conjunto concreto dentro del cual interior es preciso resituar esos puntos ideales

Aires: Fondo de Cultura Económica 2006 [2004]. Un estudio exhaustivo de estos cursos foucaultianos se encuentra en Maurizio Lazzarato, *Por una política menor. Acontecimiento y política en las sociedades de control*, traducción de Pablo Rodríguez, Madrid: Traficantes de Sueños 2006 [2004].

que constituyen los hombres económicos, para poder administrarlos de manera conveniente.⁸

La «economía» es, de esta suerte, el dominio de autenticidad de este *homo oeconomicus*, y en esa misma medida el mercado es el *medium* que estructura las interacciones de los individuos que componen la esfera, autónoma, dotada de sus propias reglas, solo controlable, optimizable, compatible con sus objetivos, pero no determinable, constituyente, por parte de las técnicas de gobierno. A este respecto escribe Foucault:

A mediados del siglo XVIII se hizo evidente que el mercado ya no era lugar de jurisdicción o, más bien, ya no debía serlo. Y se dejó ver entonces, por una parte, como algo que obedecía y debía obedecer a mecanismos «naturales», es decir, mecanismos espontáneos; aun cuando no fuera posible aprehenderlos en su complejidad, pero no obstante espontáneos, y a tal extremo que, si se procuraba modificarlos, tan solo se lograba alterarlos y desnaturalizarlos. Por otra parte, —y en este segundo sentido se convierte en un lugar de verdad—, el mercado no solo pone en evidencia los mecanismos naturales, sino que esos mecanismos, cuando se los deja actuar, permiten la formación de cierto precio que Boisguilbert llamará precio «natural», los fisiócratas denominarán «buen precio», y a continuación se calificará de «precio normal».⁹

Sin embargo, no solo en la «economía» y en el mercado, tal y como son concebidos en las doctrinas liberales y neoliberales —es decir, como un ámbito autónomo y un lugar de verdad del individuo y de la razón última de la sociedad, así como un fundamento de la autolimitación y medida del «excesivo gobierno»—, encontramos

⁸ Foucault, *Nacimiento de la biopolítica*, 336.

⁹ *Ibid.*, 48.

la descripción de un mecanismo no directamente gubernamental de regulación de la cooperación entre los sujetos. En efecto, el *Tratado teológico-político*¹⁰ de Baruch Spinoza se esfuerza en comprender el papel de la religión en el Estado bíblico de los hebreos en tanto que política de la relación imaginaria entre los sujetos, así como de cada sujeto con la transcendencia imaginaria (la imaginación de su propia finitud en el mundo y el miedo y la esperanza que a ésta acompañan) o, dicho de otra manera, de los *conatus* singulares —*conatus* que es, para Spinoza, deseo, *cupiditas*, en el caso de los seres humanos— de la población «ignorante» entre sí y con respecto a la *potestas*, al poder político constituido. El interés que nos ofrece el punto de vista de Spinoza consiste en descubrir una modalidad de gubernamentalidad religiosa que opera con sujetos activos de deseo e imaginación que construyen las modalidades de su cooperación productiva, la extensión e intensidad de su composición en un cuerpo común, en una *civitas*. El objetivo de Spinoza es una política encaminada a evitar la guerra y a conservar la paz y la concordia, esto es, la obediencia a las leyes y la práctica de una *pietas* civil basada en la conciencia de una *potential/potestas* divina y de sus mandamientos imperativos, que se traducen en las normas de un comportamiento social tendencialmente óptimo. Vemos así que, mientras el ordoliberalismo alemán y el neoliberalismo de la Escuela de Chicago ponen la dominación de lo social por lo económico con arreglo a una antropología de un individuo autónomo tan deseante como posesivo, tan cooperativo en lo social como autocentrado en la forma

¹⁰ Baruch Spinoza, *Tratado teológico-político*, traducción de Atilano Domínguez, Madrid: Alianza 1986 [1670].

de su proyecto como determinación auténtica de su libertad, en el *Tratado teológico-político* Spinoza descubre, en las funciones de la religión judía en el Estado de los hebreos, un mecanismo de gobierno y de obediencia activa de los sujetos a partir de una mediación religiosa de la cooperación social, basada en el «gobierno de los corazones», en la producción de una «acción anímica interna» como fuente sólida de la obediencia, frente al miedo exterior de la violencia del *imperium* y la esperanza en su benevolencia. Sin embargo, como sabemos, en esta teoría del contrato spinoziana, el «derecho natural» de cada individuo, esto es, su propio *conatus* como tendencia a la conservación y aumento de su propia potencia, nunca desaparece, de ahí que no haya contrato estable ni insoluble, ni pueda evitarse la crisis continua de la relación de obediencia y cooperación entre los sujetos. Es más, encontramos en Spinoza el reconocimiento del «rechazo del trabajo» y de la búsqueda del placer como tendencias espontáneas del individuo que opera con arreglo a su propio *conatus*, en tanto que amenaza constante para la conservación de la sociedad, de la *potestas* que gobierna a los «ignorantes». La institución religiosa debe dominar la tendencia irreprimible de tales *conatus*:

La razón y la experiencia enseñan con toda claridad que la conservación del Estado depende principalmente de la fidelidad de los súbditos y de su virtud y constancia de ánimo en cumplir las órdenes estatales. Cómo, sin embargo, haya que guiarlos para que mantengan constantemente su fidelidad y su virtud, no es tan fácil verlo. Porque todos, tanto los que gobiernan como los gobernados, son hombres, que rehuyen el trabajo y propenden al placer.¹¹

¹¹ *Ibid.*, 353.

Ahora bien, esa obediencia no es, en el funcionamiento de la institución religiosa, una constricción externa, una manifestación amenazante de una *potestas* humana y política, sino un efecto de subjetivación, de deseo y de imaginación, que modifica el *conatus* del individuo, esto es, transforma literalmente a éste:

[...] la obediencia no se refiere tanto a la acción externa, cuanto a la acción anímica interna. De ahí que quien está más sometido a otro, es quien decide con toda su alma obedecerle en todos sus preceptos; y por lo mismo, quien tiene la máxima autoridad, es aquel que reina sobre los corazones de los súbditos.¹²

Instituciones y movimiento. La «gran táctica»

Regresemos ahora al tratamiento de nuestros propios problemas contemporáneos. Y planteémonos la siguiente pregunta: ¿en qué medida puede contribuir un proceso de institucionalización a un desplazamiento positivo del espacio político neutralizado? Dicho de otra manera: ¿un reconocimiento y un trabajo específico sobre la cuestión de la creación de instituciones puede ser un factor relevante en el acrecentamiento de las potencias de conflicto contra el régimen del capitalismo cognitivo y contra el régimen de guerra/excepción que informa en gran medida la *governance* actual en los ámbitos global y europeo? Antes de acometer un intento de respuesta provisional, podemos buscar aliento en enfoques inspirados de la cuestión, producidos en fases anteriores de los movimientos posteriores a la «revolución existencial» de 1968. Éste es el caso de los trabajos que Antonio

¹² *Ibid.*, 352.

Negri dedicara, en el periodo crítico —que se revelaría fatal— del *movimento* del proletariado social en Italia a finales de la década de 1970. A partir de la «primavera del 77» e implacablemente desde el secuestro y asesinato de Aldo Moro por parte de las Brigadas Rojas, las capacidades de invención y acción política propias del llamado «movimiento autónomo» estaban reduciéndose al mismo tiempo que se distorsionaban, bajo el empuje de la sobredeterminación terrorista de los grupos armados, de la iniciativa represiva de las magistraturas y del cierre institucional, mediático y político del régimen corporativo del «compromiso histórico». Ya en la cárcel desde el *blitz* del 7 de abril de 1979, Negri entrega a la publicación un escrito perentorio y prácticamente desconocido en la actualidad: *Politica di classe. Il motore e la forma. Le cinque campagne oggi*¹³. La situación era en aquel entonces de crisis completa de las estructuras y de las líneas políticas de las distintas *autonomías* italianas, pero el citado escrito se esfuerza por interpretar la crisis en términos de posibilidad de renovación completa del movimiento, de ruptura con las máscaras, los instrumentos, los discursos y las instituciones, arqueológicas y ajenas, de las que se habían dotado hasta entonces las estructuras políticas del nuevo movimiento. Se trataba de interpretar aquella crisis fuera de los términos de la «autonomía de lo político», así como del «cuanto peor, mejor» de los grupos terroristas o del catastrofismo de las élites capitalistas. Aquel planteamiento de la crisis en tanto que crisis creativa se apoyaba en un proyecto de *mediación política*, tanto interna como externa del

¹³ Antonio Negri, *Politica di classe: Il motore e la forma. Le cinque campagne oggi*, Milán: Machina Libri Edizioni 1980.

nuevo movimiento, como un proyecto de construcción de su propio espacio político afín y favorable. Esta mediación política tenía en el proceso de creación institucional uno de sus puntales, y se formulaba como la operación de una «gran táctica»:

La gran táctica significa entonces someter los lemas de la lucha de clases a la crítica revolucionaria de la mediación, de la generalización política. Necesitamos expresar, en las articulaciones de la táctica, las primeras instituciones obreras y proletarias de la liberación comunista.¹⁴

La expresión «mediación política» no designa una operación externa de recomposición o selección de la composición, de las estructuras o las finalidades del movimiento, ni tampoco una operación de «representación» de las mismas. Se trata más bien de una operación material de desbloqueo y activación de las líneas de innovación política radical que en el mismo eran reconocibles: «Mediación política significa entonces traducir la movilidad constitutiva del sujeto de clase en movilidad política, en capacidad continua de apreciación de los espacios políticos y de recalibrar constantemente el tiro con arreglo a los mismos»¹⁵. A juicio de Negri, el problema era romper el enquistamiento de los contrapoderes sociales construidos por el movimiento en una relación simétrica, puramente militar, pero también en una relación «dialéctica», esto es, de dependencia respecto a la iniciativa del capital y del sistema de partidos, en lo que atañe a los espacios y tiempos del conflicto. En el trasfondo se adivina justamente la dificultad de imaginar una

¹⁴ *Ibid.*, 31.

¹⁵ *Ibid.*, 39.

«transición» fuera de los esquemas, por añadidura deformados, de una «toma del poder» de memoria bolquevique. Transición, esto es, ejercicio de la fuerza colectiva —producción normativa de los movimientos, capacidad de imponerla— y despliegue de la fuerza invención, de la potencia cooperativa común en el proceso de transformación social. La combinación de ambas, ejercicio del poder y transformación de las formas de vida, liberación de la producción y de las singularidades, se presentaba como un rompecabezas irresoluble:

¿Cabe pensar que el proceso de transición se realice sin una normalización de la violencia proletaria? [...] El rechazo del trabajo, la liberación de la fuerza productiva del proletariado, la reducción de la ciencia al proyecto de autovalorización de clase no resuelven el problema de la normalización de la violencia, y de su uso tanto en términos destructivos del enemigo como en términos creativos [...] [ésta es] nuestra cuestión: el uso y la normalización de la violencia en el proceso de transición. ¿Qué forma de normatividad? ¿Qué forma de institucionalidad? ¿Son distinguibles ambas? [...] El caso es que no se da transición sin normatividad [...] no se da transición sin unidad real del momento normativo y del momento institucional [...] El problema es hoy, en el estado actual de la investigación, irresoluble.¹⁶

Para Negri, la solución del rompecabezas vendría del lado de las dimensiones institucionales, esto es, de las nuevas formas de cooperación productiva del proletariado social orientadas a la expresión de potencias de libertad y de goce individual y colectivo, siempre expansivas y abiertas, esto es, de lo que Negri denomina la «producción

¹⁶ Antonio Negri, «La sovversione del mercato» [1978], en *Macchina Tempo. Rompicapi liberazione costituzione*, Milán: Feltrinelli 1982, 121.

comunista». Estas nuevas formas de cooperación resultan inseparables de la invención de una *empresarialidad proletaria*, en tanto que determinación de la creación institucional. Hasta el punto que, estratégicamente, la transición se juega en la batalla entre empresarialidades de signo opuesto y fines inconmensurables:

La empresarialidad es un signo de creatividad que se desplaza entre los confines de clase: cada vez más la fenomenología de los comportamientos cotidianos señala su surgimiento en el frente de la destrucción del beneficio [...] ¿Cuáles son las funciones, las tensiones, la intencionalidad en torno a las cuales se organiza la capacidad empresarial?¹⁷

Tenemos así lo que podríamos llamar un uso antagónico de la «destrucción creativa» schumpeteriana en el ámbito de la autovalorización de los sujetos proletarios y de la creación de instituciones en tanto que medios de autoorganización de tales procesos. Para el Negri que estudia estos problemas, cabe pensar una institucionalidad proletaria como:

Posibilidad de activar funciones complejas de organización alternativa a la del poder de mando capitalista, y en cualquier caso de acción antagonista. La *matriz* lógica es aquí puramente *práctica*, determinada, verdadera. [...] Por institucionalidad proletaria entiendo, pues, la manifestación de algo que es idéntico a sí mismo, enemiga de la explotación, detentora de un código autónomo de desarrollo. Entiendo la comunidad del deseo de liberación de la explotación y de la represión, la individualidad masificada de la necesidad de comunismo.¹⁸

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Antonio Negri, «Lavoro negativo e istituzionalità proletaria», en *Macchina Tempo*, 208; 213 ss.

El operador de esta institucionalidad es para Negri el *trabajo negativo*, «el contenido intelectual y materialmente determinado del rechazo de la actual organización social»¹⁹. En este periodo, Negri concibe la incidencia lógica y ontológica de la lucha de clases con arreglo a una matriz dualista. En la medida en que el antagonismo entre el poder de mando y la fuerza de invención del trabajo vivo carece de resolución dialéctica, lógica y/o política, el desarrollo del proceso de liberación o, dicho de otra manera, el proceso de autodeterminación del sujeto plural proletario tendrá que organizar un conjunto de convenciones dualistas, de reglas de ejercicio de su poder normativo sobre el conjunto de la sociedad y de determinación antagonista del problema de la producción y la reproducción sociales.

La derrota definitiva, en Italia y en Europa, de los movimientos del proletariado social y de las minorías de deseo durante la década de 1980, paralela y concomitante de la plena subsunción productiva de la sociedad —y de la vida, y por ende de la subjetividad— en el proceso del capital, que trajo consigo el debilitamiento político extremo de las identidades ligadas al trabajo, impiden hoy pensar un proceso de creación institucional ligado a un proceso de transición con arreglo a la rígida matriz dualista que, en un periodo en el que la separación y la independencia de las formas de vida del proletariado social en las ciudades italianas y europeas era algo más que una hipótesis, venía prácticamente impuesto por la estructura misma de la relación antagonista. Sin embargo, resultaría bastante ardua la tarea de refutar la validez y la urgencia de «*construir en lo social centros de proyectualidad alternativa*

¹⁹ *Ibid.*, 208.

*e independiente, comunidades de trabajo negativo, completamente libres y antagonistas respecto a la programación de la reproducción del poder de mando*²⁰. Así como la fuerza inspiradora del planteamiento de la creación institucional como elemento de una «gran táctica» de refundación de —la capacidad política de— los movimientos antisistémicos contemporáneos.

A nadie se le escapa el difícil estatuto —antropológico, ético, político— de la nueva fuerza de trabajo cooperativa, cognitiva, relacional y afectiva, surgida de la conjunción entre procesos históricos de orden heterogéneo, tan inconmensurables como el gran rechazo del trabajo fordista por parte de los movimientos antisistémicos de la década de 1960 y la reestructuración postfordista de la sociedad desde comienzos de la década de 1980, o como el impulso hacia la escolarización de masas antes y después de 1968 en Europa y la nueva precariedad de los sujetos cuyo trabajo vivo es fundamentalmente cognitivo, relacional y afectivo. Se trata de procesos cuya eficacia concomitante, no exenta de resultados catastróficos, ha producido nuevas especies híbridas y monstruosas, definitivamente alejadas del cuadro orgánico de la modernidad capitalista, pero también de los contramodelos emancipadores de la modernidad alternativa, ya procedieran del liberalismo político radical o del socialismo.

En nuestros días, la citada crisis de la identidad trabajo, su confusión con la actividad vital de los individuos, plantea problemas adicionales a un diseño de refundación institucional. Mientras que en la concepción del trabajo negativo que maneja Negri en los trabajos que hemos citado, los comportamientos de *autovalorización* de los

²⁰ *Ibid.*, 216.

sujetos proletarios precisan de una dimensión temporal, rígidamente dualista, de transición, de desarrollo de las capacidades de comunismo del conjunto de los explotados que conduzca a la *autodeterminación* de los mismos —es decir, a la capacidad material de construir condiciones de producción y reproducción no capitalistas (o comunistas) para todos los sujetos de la relación social, al comunismo como proyecto pleno pero siempre inacabado, tan extenso e intenso como pueda llegar a serlo la potencia de cooperación y goce de los individuos sociales—, hoy el trabajo vivo se presenta de antemano como multiplicidad, y el despliegue de las capacidades cooperativas comunes es inseparable de la singularización de cada uno de sus operadores.

Sin embargo, para algunos esta nueva especie sería el producto degradado de la destrucción de las grandes divisiones técnicas, culturales y políticas entre trabajo manual e intelectual, entre trabajo y cultura, entre mano y cerebro. Una catástrofe, ni más ni menos. La melancolía y el cinismo políticos son los polos éticos y afectivos de esta detención del pensamiento emancipador, que sin duda continúa dominando los *ritornelli* de la izquierda realmente existente.

Así y todo, la lectura política del presente nos indica que de la eventual catástrofe han surgido modelos, agentes de enunciación consistentes de otras maquinaciones de saber, cooperación y enunciación política. Hasta el punto que, *ex post*, se hace posible emprender una *contragenealogía*, una diagramática y una programática de estas combinaciones, haciendo un énfasis particular en sus discontinuidades de *subjetivación*, de reapropiación de los nexos cooperativos y de *creación* de nuevas máquinas políticas. No faltan las experiencias que, en distintas partes de Europa han

querido hacer de su vida comunicativa, relacional, formativa, creativa, una *vida política*, esto es, una vida hecha en el interfaz de singularidad y común. Instituciones como los centros sociales okupados o las formas políticas de la movilización global, el uso de la red de redes o la ingeniería jurídica inversa de las licencias *copyleft* y las cooperativas de *hackers*, o los grupos y redes de investigación-acción que han comenzado a crecer en los intersticios —precarios— de una universidad en crisis y en reestructuración prácticamente definitivas.

De ahí que la institucionalización de movimiento se presente entonces como *medio*, desde luego, pero como medio de autodeterminación, de constitución libre de la subjetividad individual y colectiva a partir de una reapropiación de las condiciones de producción y reproducción de sí mismos. Si la subsunción plena de la vida en el capital implica que secuencias vitales productivas y secuencias —posibles o reales— de semiotización y registro de las mismas como —valorización de— capital tienden a presentarse como un solo y mismo proceso, la ruptura ética y política de esta relación es, inmediatamente, autodeterminación política y gradiente de potencia común y singular liberada. En busca de siempre mayor libertad, riqueza y goce para todos.

Ahora bien, esta revolución institucional es inseparable de la capacidad de expresar contrapoderes. O, dicho de otra manera, de la capacidad de imponer la *huelga metropolitana* contra la movilización total productiva de las poblaciones. ¿Cabe acaso pensar en una derrota del régimen de guerra/excepción fuera de esta capacidad de ejercer una fuerza colectiva y éticamente regulada contra la violencia de la movilización total metropolitana? Este tipo de huelga solo puede ser el resultado de ensayos y

errores, de procesos materiales de composición y cooperación, de *networking* multilateral entre las multiplicidades que componen hoy, irreversiblemente, el trabajo vivo metropolitano. Irreversiblemente porque son inseparables o se confunden con las formas de vida en liberación, y por lo tanto con dimensiones que tienden a la unicidad, a la singularización y a la metamorfosis, a cuanto, como escribe Paolo Virno, hace de la vida propia algo único e irrepetible. Enjambres, guerrillas comunicativas, simulacros antagonistas, desobediencias polifónicas pero coordinadas con otros tantos elementos *in nuce* del proyecto de huelga metropolitana, de la capacidad de producir en las élites un miedo y una incertidumbre mucho mayores que las que producen en la actualidad la guerra, la devastación ecológica o el terrorismo global. La huelga metropolitana debe expresar un nuevo tipo de bestia indomable, de monstruo civil y constituyente de la libertad de las multiplicidades productivas.

Institución como máquina político-productiva y territorio existencial

Sin embargo, la multiplicidad *ex ante* de las formas de vida y de las figuras del trabajo vivo no implica necesariamente su valencia antagonista, ni su resistencia a la producción de formas de vida subsumidas en el circuito capitalista de la imitación y la diferenciación. Precisamente nuestro problema es el de la consistencia y la resistencia a la laminación de las producciones de subjetividad política, así como sus coeficientes de «transversalidad», su disposición a una experiencia de la metamorfosis. Para ello precisamos de un concepto de producción de subjetividad mucho más rico que los que están en uso en buena parte de los grupos y movimientos políticos. Lo que no solo

impide contrastar en los terrenos prepersonales y transpersonales las producciones de subjetividad compatibles con la movilización total productiva, sino que invisibilizan o desdeñan una miríada de experiencias cotidianas en las que se juegan envites de libertad y transformación en los registros microfísicos de la percepción, el afecto y los agenciamientos²¹ de enunciación no significantes de cada sujeto y de sus relaciones en las redes productivas y comunicativas que constituyen el soporte material y maquínico de la «cooperación entre cerebros»²².

Félix Guattari nos ofrece una definición formal de la producción de subjetividad, con arreglo a lo que denomina procedimiento de «metamodelización», es decir, de una discursividad teórica capaz de acoger el máximo de descripciones o cartografías de rango ontológico, salvando el pluralismo inherente al proceder cartográfico, atravesando así los dominios establecidos y evitando las restricciones antiproductivas de la legalidad de cada uno de los paradigmas en liza²³. Para Guattari la subjetividad es un efecto de consistencia y existencia que resulta de la aglomeración de entidades que podemos cartografiar con arreglo a cuatro funciones o funtores ontológicos: los flujos materiales y semióticos, los maquinismos concretos y abstractos que trabajan los flujos, los universos incorporeales de referencia y de valor adyacentes a cada agenciamiento de subjetivación y, *last but not least*, los territorios existenciales precarios

²¹ Del término original *agencement*, que puede definirse como la unidad de consistencia pragmática —de acción y transformación— de elementos ontológicamente heterogéneos —flujos materiales y semióticos, así como máquinas informáticas, físicas y biológicas, como en el *agencement* del trabajo informático, por ejemplo—.

²² Ver Lazzarato, *Por una política menor*, 116-123; 129-131.

²³ Ver Félix Guattari, *Caosmosis*, traducción de Irene Agoff, Buenos Aires: Manantial 1996 [1992].

y finitos. Son estos últimos los elementos decisivos en la producción de la subjetividad contemporánea, y están por ello en el centro de los problemas de resistencia y autonomía de las nuevas creaciones políticas. Tendríamos así una definición formal de la subjetividad en tanto que:

Conjunto de condiciones por las que instancias individuales y/o colectivas son capaces de emerger como Territorio existencial sui-referencial, en adyacencia o en relación de delimitación con una alteridad a su vez subjetiva.²⁴

Esta producción de subjetividad, en tanto que ética y políticamente orientada a la ruptura y a la batalla contra su captura, control y explotación por los dispositivos del nuevo capitalismo, debe estar en condiciones de «manejarse» con los regímenes de signos, con las semióticas capitalistas en las que se «baña» y que saturan y distorsionan, concatenados en montajes pragmáticos, en agencias e instituciones enunciatoras directamente capitalistas, los esfuerzos de singularización individual y/o colectiva. Es sabido que Guattari denominaba Capitalismo Mundial Integrado²⁵ a la nueva figura del capital adecuada a la realización del mercado mundial y a la subsunción de la sociedad entera en los procesos de valorización. Para Guattari, descansa en cuatro regímenes semióticos principales:

- las *semióticas económicas* (instrumentos monetarios, financieros, contables, de decisión...);
- las *semióticas jurídicas* (título de propiedad, legislación y reglamentaciones diversas...);

²⁴ *Ibid.*, 20.

²⁵ Antonio Negri y Félix Guattari, *Las verdades nómadas. Por nuevos espacios de libertad*, traducción de Raúl Sánchez Cedillo, Donostia: Gakoa 1996 [1989], 81-87.

– las *semióticas técnico-científicas* (planes, diagramas, programas, estudios, investigaciones...);

– las *semióticas de subjetivación*, algunas de las cuales coinciden con las que acaban de ser enumeradas, pero a las que convendría añadir muchas otras, tales como las relativas a la arquitectura, el urbanismo, los equipamientos colectivos, etcétera.²⁶

Podemos preguntarnos ahora: ¿podría ser la institución un *topos* privilegiado de la producción de subjetividad no controlada, pero al mismo tiempo de su tratamiento ético, del cuidado de su consistencia? Y, al mismo tiempo, ¿no supondría esto para la institución su permanente apertura, su condición siempre crítica y procesual, subordinada a la irrupción de la metamorfosis, de los nuevos agenciamientos de enunciación y de vida?

No han faltado experiencias en este sentido. Que, como sabemos, están ligadas estrechamente a la formación de las herramientas cartográficas del esquizoanálisis y a la acuñación de nociones como «transversalidad» o «grupo-sujeto». La transversalidad es hoy casi un requisito en los utillajes técnicos de la dinámica de grupos, de los departamentos de recursos humanos, etc., pero ni que decir tiene que se trata de una distorsión del concepto, de la que cabe hacer responsable en buena medida a la deriva «sistémica» y oficial de la corriente del análisis institucional, un problema del que Guattari fue consciente en el periodo mismo de la gestación de tales nociones²⁷. Por ello resulta interesante que recordemos que la transversalidad,

²⁶ Félix Guattari, *Las tres ecologías*, traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta, Valencia: Pre-Textos 1990 [1989], 28.

²⁷ Félix Guattari, «La transversalidad» [1964], en *Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones*, traducción de Fernando Hugo Azcurra, Buenos Aires: Siglo XXI 1976 [1972], 92.

en el grupo es una dimensión contraria y complementaria a las estructuras generadoras de jerarquización piramidal y de los modos de transmisión esterilizadores de los mensajes. [...] Esta dimensión no puede ser puesta de relieve sino en ciertos grupos que, deliberadamente o no, intentan asumir el sentido de su praxis y de instaurarse como grupo-sujeto, poniéndose así en posición de tener que ser los agentes de su propia muerte. En oposición —relativa— a esos grupos misioneros, los grupos sometidos reciben pasivamente sus determinaciones del exterior y, con la ayuda de mecanismos de autoconservación, se protegen mágicamente de un sin-sentido experimentado como externo. [...] Formulamos la hipótesis de que la automutilación burocrática de un grupo-sujeto, su recurso inconsciente a mecanismos antagónicos en su transversalidad potencial, no son fenómenos ineluctables, y que dependen, en un tiempo primordial, de una asunción en su seno del riesgo, correlativo al surgimiento de todo el fenómeno de sentido verdadero, de tener que confrontarse con el sin-sentido, a la muerte, a la alteridad.²⁸

La acuñación de términos como transversalidad y grupo-sujeto se llevó a cabo en el seno de una aventura política, institucional y existencial que es relativamente conocida. No lo es tanto la particularidad de la invención institucional que la *bande à* Guattari puso en pie para, sencillamente, poder actuar políticamente, pensar, escribir, intervenir, sustraerse a los aparatos de captura del trabajo intelectual y de la militancia política. La experiencia relevante y fundadora de este dominio de empresarialidad de minorías políticas y de subjetivación fue el CERFI (Centre d'Études, de Recherches et de Formation Institutionnelles) que, como relata François Fourquet, uno de sus fundadores:

El CERFI fue fundado en 1967 para financiar, gracias a contratos de investigación social, el funcionamiento de un

²⁸ *Ibid.*, 105 ss.

organismo federativo, la FGERI (Fédération des Groupes d'Études et de Recherches Institutionnelles). [...] A diferencia de los aparatos paralizados del Partido Comunista y de las organizaciones izquierdistas, a diferencia de los militantes fascinados y atontados por la jerarquía habitual de esos aparatos —el buró político, el comité central, la células de base—, se trataba de formar una nueva especie de militantes capaces de animar, no un partido, sino una red de grupos autónomos que discutían entre sí y actuaban juntos, capaces además de reconocer y de afirmar sus pulsiones inconscientes, cuya denegación era para nosotros la principal causa de los callejones sin salida políticos de los grupúsculos de izquierda.²⁹

Otra de las fundadoras, Anne Querrien, insiste en las dimensiones del CERFI como agenciamiento de vida para una pequeña red de intelectuales y técnicos militantes. Hoy resulta difícil entender que un pequeño grupo de radicales pudiera conseguir contratos de investigación con ministerios franceses con plena libertad para hacer lo que quisieran, que permitían vivir, investigar y militar a unas veinte personas, y que incluso recibieran el encargo de «analizar» el inconsciente estatal mismo de los funcionarios «avanzados» con los que trataban:

En cierto sentido, el CERFI era resistir a nuestra propia tendencia a convertirnos en funcionarios, universitarios y burócratas sindicales o de partido [...]. Nuestras vidas tal vez sean percibidas como un fracaso, pero también como breves testimonios de que la resistencia es posible. [...] La hipótesis principal de Félix y mía era que nuestros directores del alto funcionariado eran tan esquizoides como nosotros,

²⁹ François Fourquet, «L'accumulation du pouvoir ou le désir d'État. CERFI, 1970-1981», *Recherches*, 46, 1982. Un extracto del mismo texto, que traza la historia del CERFI, aquí: François Fourquet, «Histoire du CERFI», *multitudes*, <https://www.multitudes.net/histoire-du-cerfi/>.

y que nuestro esquizoanálisis no tenía que limitarse al despacho del analista o a los muros del hospital, ni al interior de nuestro grupo. [...] Así, pues, no estábamos ni dentro ni fuera del poder, teníamos una relación esquizoanalítica con algunas personas en el interior de las estructuras de poder que tenían a su vez relaciones entre sí. [...] La escala de nuestra tentativa era demasiado pequeña para poder durar mucho tiempo. El contexto global reconstruyó las fuerzas del poder, y nuestra guerrilla intelectual no contribuyó tal vez más que a reforzar algunas contratendencias.³⁰

Hoy se trata de reinventar tales gestos, envites y modos de hacer en las condiciones que son las nuestras. Nuestro problema es muy concreto: el de hacer de las minorías activas del trabajo intelectual y artístico operadores de una perspectiva de relanzamiento del movimiento. En el plano de la micropolítica de los grupos no faltan experiencias de enorme interés ligadas a la producción de subjetividad dentro de los grupos militantes y al esquizoanálisis de sus callejones sin salidas y de su difícil o imposible consistencia³¹. Ante todo, se trata de promover las modalidades de experimentación en los citados dominios, relativos a la captura de las potencias creativas por las nuevas formas de poder en red, las instituciones de mercado del capitalismo cognitivo, las estructuras jurídicas del mercado laboral, los módulos o moldes de expresión e identificación subjetiva inscritos en las nuevas declinaciones del individuo posesivo neoliberal, ahora creativo, cooperativo,

³⁰ Anne Querrien, «CERFI, 1965-1987», *Critical Secret*, 8-9, 2002, <https://www.criticalsecret.com/n8/quer/1fr/>.

³¹ Ver David Vercauteren, Olivier Crabbé y Thierry Müller, *Micropolíticas de los grupos*, Madrid: Traficantes de Sueños 2010 [2007]. El libro construye herramientas teóricas de esquizoanálisis de la pragmática de los grupos militantes apoyándose, también desde el punto de vista narrativo, en una experiencia colectiva de 10 años de trabajo en común en los nuevos movimientos de Bélgica.

propietario de un capital —fijo— que está inscrito fundamentalmente en sí mismo, en su capacidad de adaptación y discriminación entre los posibles de la situación de mercado.

Otro de los problemas sustantivos que a mi modo de ver tenemos por delante es el de la construcción de verdaderas redes de investigación, pensamiento y acción política. No exclusivas, no identitarias, no «accionistas» y «campanistas». Redes, a fin de cuentas, que vayan más allá de la banalidad del «nuevo paradigma» y se planteen con pasión la cuestión de su eficacia destructiva y constitutiva. Que sepan generar y parir máquinas de guerra políticas y comunicativas adecuadas, finitas e irreverentes.

Se trata, pues, de construir un terreno de invención, organización y crecimiento político en muchos aspectos inédito. Que pasa por la autoorganización e institucionalización de la producción y procesamiento colectivo de saberes. Hemos discutido también que la *co-extensividad* misma de esta dinámica con respecto al *networking* de la inteligencia colectiva precaria nos permite aplicar nuestras fuerzas, componer nuestros valores de recombinación en una variedad de territorios metropolitanos: de las universidades a los centros sociales; de los museos y agencias culturales a las periferias en las que abundan, con funciones de control y regulación de la emergencia, los grupos y cooperativas de educador*s, trabajador*s sociales y mediador*s interculturales. La subjetivación ética y política de tales ámbitos es una necesidad y una tarea que está en nuestras manos llevar a cabo. Ya es lo suficientemente largo el camino andado por distintos y heterogéneos colectivos —hackers, infoartistas, músic*s independientes, becari*s/investigador*s, etc.— como para pasar del estupor y el registro a la puesta en práctica de iniciativas

que modifiquen el sentido de la corriente; de la ofensiva propietaria a la recombinación —en una esfera pública a construir— de las comunidades de la infoproducción y la creación, de la investigación y la formación. Un «aguas-calientes», un «caracol» de la cooperación entre cerebros.

Cabe extraer incluso algunas indicaciones políticas para el modo en que las minorías de la inteligencia colectiva precaria pueden empezar a relacionarse con las instituciones del saber, del arte, del urbanismo, del deporte, etc. Al fin y al cabo, se trata de construir un modo de hacer, si no literalmente sindical, sí capaz al menos de promover, a partir de un enunciador colectivo institucional polifónico y autónomo respecto a las instituciones del capitalismo cognitivo y de capitalización de la excedencia productiva y estética —fabricantes de lo sensible—, la tutela y la garantía de nuevos derechos y la lucha contra la explotación en el capitalismo cognitivo, así como la puesta en práctica de prototipos de subjetivación colectiva «de clase» capaces de incluir en su seno toda la multiplicidad y heterogeneidad de las nuevas fuerzas del trabajo vivo contemporáneo, desde una perspectiva y una promoción de la singularidad existencial máxima de cada una de sus componentes. Más en concreto, se trata de imponer el estatuto *de parte* de las redes de cooperación, rompiendo, en primer lugar, la *individualización de la cooperación* con tales instituciones, que constituye uno de los principales resortes de vulnerabilidad y división de la inteligencia colectiva. ¿Cómo? Imponiendo, desde el principio, la negociación y contratación en tanto que *red* de cooperación, finita, concreta, pero abierta y política en su propia definición. Las figuras del*a *curator*, del*a *becari** investigador* en competencia desenfrenada por conseguir su plaza o su proyecto, del*a *precari** que trabaja de forma intermitente en museos e instituciones

culturales en las mismas condiciones que en cualquier empresa de trabajo basura, mientras que unos meses después podría volver a colaborar con el mismo museo o institución, esta vez con el estatuto de «artista» o «activista creativo» con condiciones bastante diferentes y mejores, etc. Ante tales prácticas, se trata de imponer la *contratación colectiva* y la gestión autónoma de los recursos por parte de la red de cooperación y trabajo artístico-intelectual-político —que, se entiende, debe esforzarse por construirse como una institución de nuevo tipo, ni sindicato, ni partido, ni «club creativo», sino nueva máquina política—. En segundo lugar, se trata de imponer la propiedad común de todos los productos del trabajo de la inteligencia colectiva en red, y desde luego de los propios. El uso cotidiano, la batalla jurisprudencial en torno a las licencias *copyleft*, la discusión y la negociación con los operadores de las instituciones del saber y el arte para que tales productos no puedan ser privatizados es otro elemento central de esta nueva «carta de derechos en escritura permanente». Cabe pensar que de esta suerte el panorama de precarización de la subjetivación y de la organización políticas del trabajo vivo «inmaterial» en las regiones metropolitanas europeas podría dar un giro sensiblemente favorable para el retorno, monstruoso, de la lucha y de la constitución de clase —siempre multitudinaria— de lo común en los próximos años.

LA IRRUPCIÓN DEL SISTEMA RED

Más de un mes después de la irrupción del 15 de mayo de 2011, cuando se escribe este texto, la plena realidad de un movimiento revolucionario inédito e impredecible no deja de provocar estupor y entusiasmo a quienes tengan solo unos minutos para pensar lo que está ocurriendo en el Reino de España. Y miedo, mucho miedo, porque el movimiento afirma y reitera tras cada embate que «no tenemos miedo». En efecto, el 15M reactualiza el clásico *terrere, nisi paveant* [causa pavor, cuando no lo tiene]: a la policía, al sistema de partidos, a los cada vez más patéticos, despreciables e impotentes *opinion makers*.

Esta irrupción no está siendo una *jacquerie* contra las políticas de austeridad, pero tampoco es un movimiento por los derechos civiles y de desobediencia que podamos encajar en un esquema —liberal— clásico. Ni, por supuesto, como una variante española de la «antipolítica» italiana. El movimiento ha irrumpido y se ha presentado como un movimiento de democratización radical y al mismo tiempo de radicalización democrática. «No somos mercancía en manos de banqueros y políticos. ¡Democracia real ya!». No solo en sus críticas y propuestas de reforma radical del sistema representativo de partidos, sino también en sus modalidades de discusión y deliberación en asambleas y comisiones, expresa intensamente la fuerza y los problemas de las instancias de democracia directa de masas. En sus modos y repertorios de acción colectiva, los de la desobediencia civil pacífica masiva y no testimonial, los de la resistencia y la protección mutua de los cuerpos contra la violencia policial y los del desafío y asedio a los parlamentos, es

un movimiento de radicalización democrática, el más poderoso y desconocido de la historia constitucional española.

El afecto de la indignación no es suficiente para dar cuenta de la extensión, la intensidad y la persistencia del 15M, aunque explica el carácter tumultuoso de su aparición. A mi modo de ver, los aspectos más interesantes —y felizmente inquietantes— tienen que ver con el hecho de que el movimiento ha venido constituyéndose como una red de redes de singularidades que opera en varios planos de la realidad —de las plazas a las redes sociales, pasando por los medios *mainstream*— y que es capaz de autorregularse en cada secuencia de su despliegue y de su antagonismo. Esta capacidad está logrando traducir en comportamientos políticos la velocidad absoluta del afecto de indignación que, recursivamente, vive en la red. Ya se ha señalado que, en este sentido, el movimiento del 15M es una expresión igual y contraria, potente y liberadora, de los regímenes de la transmisión mimética del miedo y la esperanza de salvación para unos pocos, necesarios para la aceptación de las políticas de austeridad.

Parece como si el 15M fuera plenamente consciente de que no hay un afuera practicable del sistema de regulación constitucional de los antagonismos —y de su lógica subyacente de amigo-enemigo— y de que precisa de máscaras que difracten, en toda tentativa de identificación y división, la luz de los focos policiales y mediáticos. Hay una inteligencia y una prudencia distribuidas que funciona en las dimensiones variables de una *fully connected network* y que, por composición de perspectivas, planos y opiniones y aplicación recursiva y modificación en tiempo real de procedimientos —en

la red y en las asambleas—, llega sorprendentemente a «ser conducida como por una sola mente»³². Resulta extraordinario considerar ahora cómo el movimiento ha sido capaz de organizar en red su irrupción el 15M, de transmutarse sin desgarros y en tiempo útil en acampadas y asambleas en las plazas, luego en asambleas de barrio en las grandes ciudades, de organizar acciones distribuidas e inesperadas contra la ejecución de los desahucios por el impago de las hipotecas y, cuando escribo estas líneas, se prepara para volver a inundar las calles contra el Pacto del euro el 19 de junio. Y en cómo ha convertido hasta ahora en motivo de legitimación y nueva indignación todas las tentativas de neutralización y criminalización, sin perder complejidad, multiplicidad y radicalidad y, sobre todo, unidad de esfuerzo y aplicación sin unidad de mando.

Es nuevo el modo en que se apropian-expresan el movimiento, cómo afectan y son afectados por éste desde pequeños empresarios autónomos a estudiantes precarios, desde migrantes a amas de casa, desde hipotecados a gays y lesbianas. La composición central del movimiento contribuye a explicar esas capacidades: tanto en las asambleas como en los actores de red encontramos una centralidad del trabajo cognitivo y relacional precarizado, con grados diferenciales de intensidad, desempeño e identidad laboral. Pero no caben las lecturas banalmente sociológicas: antes que cimiento de identidades e intereses, esa composición está funcionando más bien como una red de sintetizadores del malestar y como un coeficiente de transversalización y

³² Baruch Spinoza, *Tratado político*, traducción de Atilano Domínguez, Madrid: Alianza 1986 [1677], 122.

enriquecimiento de las gamas de la expresión dentro del proceso del movimiento.

Pero tal vez lo más increíble es que el 15M está haciendo esto sin la participación de ninguna estructura de protesta política y sindical preexistente. Escrupulosamente mantenidas al margen, son animadas a participar disolviéndose y metamorfoseándose en el movimiento.

Esta naturaleza de sistema red abierto de tipo autopoietico, de tipo policéntrico y variable, de un espesor multiplanar, es a mi juicio la clave del carácter constituyente del 15M. El problema del autogobierno de una multitud, esto es, el de la conjugación no dialéctica entre el despliegue de las singularidades y la capacidad de unirse en la aplicación puntual de la fuerza, en las formas de decisión por una especie de «consenso emergente», en la capacidad de decidir en la sobreabundancia de matices y opiniones, hacen de este movimiento una formidable y perdurable amenaza. Hoy por hoy, comienza a madurar el proyecto de un concierto polifónico de instituciones analógicas y digitales capaces de hacerse-cargo-de producir el común en términos de grandes agregados sociales y metropolitanos y de una participación de masas, capaces de dictar a la autoridad pública la apertura y cierre de nexos, sedes, flujos de finanza, espacios urbanos, entidades privadas parasitarias, etc. Donde este sistema abierto de contrapoderes funcione como un rizoma de instituciones del común. La «toma del poder» es epistémicamente ilegible para este movimiento. El principal atractor de procesualidad constituyente del 15M frente a las tentaciones recurrentes de «salida política», electoral o no, pasa a mi juicio por este énfasis en la producción de

instituciones materialmente capaces de reapropiarse de —la gestión-transformación del— capital fijo humano y maquínico de las metrópolis.

Ni que decir tiene, por último, que, como sucede en Grecia o en Túnez, Marruecos o Egipto, el 15M difícilmente se mantendrá con vida ni se sustraerá a un destino trágico si no tiene intercesores, relevos, aliados en otras áreas y metrópolis euromediterráneas. La inteligencia indignada distribuida está en las mejores condiciones de identificar a los adversarios principales y secundarios y de evitar los atajos del voluntarismo y de la desesperación.

EL 15M COMO INSURRECCIÓN DEL CUERPO-MÁQUINA

Cuando escribimos el presente texto, han pasado más de seis meses desde la irrupción del 15 de mayo de 2011. Desde entonces, el 15M ha vivido lo suficiente para que quepa advertir sus efectos en el sistema político y ha desplegado lo bastante sus capacidades para que podamos reconsiderar las hipótesis que al respecto podíamos elaborar hace unos meses, a saber: ¿es un movimiento capaz de refundar la democracia y de qué modo? Dicho de otra manera: ¿hasta qué punto y bajo qué condiciones es o puede devenir un movimiento constituyente, un poder constituyente —y, por ende, es portador de novedad e invención radicales—? O dicho aún de otra manera: ¿hasta qué punto es portador de un proyecto nuevo de revolución —como *forma* del poder constituyente— y cuáles son las características determinantes de su *tempo* y proceso revolucionarios? Asimismo, una última e importante cuestión: ¿es una excepción sin modelo, o bien cabe pensar, *mutatis mutandis*, en una reproducibilidad/traducibilidad en otros contextos continentales y globales?

Por otra parte, a las primaveras árabes de 2011 y a la ocupación de la Plaza Síntagma de Atenas han sucedido en otras ciudades del mundo irrupciones muy similares —fundamentalmente, la iniciada por Occupy Wall Street en los EEUU desde el 17 de septiembre de 2011— que a estas alturas nos permiten hablar de variantes o, más bien, de una variación continua de un *prototipo global*. Ahora bien, ¿un prototipo de qué? Podemos afirmar que el 15M, como las primaveras árabes, es un movimiento de revolución democrática, radicalmente —inventor— de democracia y de democratización radical. Pero ante todo el 15M es un proceso de politización masiva de multitudes, de reapropiación de lo político por

parte de cientos de miles de personas y, hasta cierto punto, de millones. No es un movimiento de opinión pública, ni de derechos civiles. Incluye estas dimensiones en lo que llamamos un proceso de movimiento sistema red.

Si hace unos meses podíamos atrevernos a plantear la hipótesis de que el 15M expresaba, *in nuce*, un prototipo de poder constituyente, hoy creemos que esa hipótesis encuentra aún más asideros en la fenomenología del movimiento. Téngase en cuenta que hablamos de poder constituyente, esto es, no de «movimiento social», de «sociedad civil», «opinión pública», «acción colectiva», etc. Sino de una multitud que se organiza y se conduce para la fundación de un orden político nuevo que invalida y destituye el vigente. En este sentido, podemos sostener que el 15M es un prototipo de un poder constituyente adecuado a la multitud contemporánea. Se trata, sin duda de un *work in progress*, de una invención radical, de un proceso abierto y discontinuo y en gran medida solo incipiente.

¿Por qué decimos «adecuado a la multitud contemporánea»? Pensamos, en efecto, que con el surgimiento del 15M se han puesto en práctica problematizaciones y líneas de fuga radicales respecto a buena parte de las aporías que acechan a la autoconstitución de una multitud capaz de autogobernarse. Nos referimos a las relaciones entre unidad y diferencia política; al problema de la decisión —¿quién, cómo, cuándo?—; a la construcción del consenso entre una multiplicidad cualquiera de singularidades; a las relaciones entre alteridad e identidad, tanto en lo que atañe a la definición del amigo y el enemigo políticos como a las funciones de control que la identidad juega en el proceso; al problema de la fuerza y la legalidad y al problema de la ruptura política de la obediencia constitucional.

Desde la revolución tunecina contra Zine El Abidine Ben Ali hasta el más reciente movimiento Occupy en Estados Unidos, la noción de una nueva modalidad de revuelta o de revolución de tipo distribuido, emergente, sin cabeza o jefatura identificables —donde el referente técnico es la arquitectura de red *peer to peer*—, basada en el uso de las redes sociales en Internet y en general de las tecnologías de la información y la comunicación en red, se ha tornado en un tema de actualidad en los grandes medios y en el debate tanto académico como político. Sin embargo, tanto a favor como en contra, tanto desde la supuesta objetividad académica como desde la subjetividad del compromiso político, la discusión y el análisis sobre las llamadas «revoluciones 2.0» solo ha hecho énfasis en uno u otro aspecto de las mismas.

En primer lugar, y desde la simpatía, se ha glosado mucho sobre la acción colectiva emergente, rizomática, horizontal, distribuida, etc. Es decir, se ha escrito sobre la *estructura* del movimiento y su novedad radical respecto a las estructuras dominantes de la acción colectiva. Por otro lado, y con frecuencia desde las miradas adversarias, se ha escrutado el mensaje, el programa, la *alternativa* enunciada por tales movimientos, al objeto de descubrir su insuficiencia o su incompatibilidad respecto a las mediaciones políticas sensatas, aceptables o, desde posiciones «revolucionarias», de poner de manifiesto su carencia de un «cuerpo fuerte» y de la «dureza» necesaria para operar un cambio social radical³³.

Menos habituales han sido hasta ahora los enfoques que tratan de comprender estos procesos emergentes con

³³ Citamos las palabras del crítico «por la izquierda» más célebre, Slavoj Žižek, «Shoplifters of the World Unite», *London Review of Books*, 33(16), 2011, <https://www.lrb.co.uk/the-paper/v33/n16/slavoj-zizek/shoplifters-of-the-world-unite/>.

arreglo a una modelización fuerte, capaz de dar cuenta exhaustiva de la fenomenología de tales movimientos desde un punto de vista estructural, genealógico e histórico. Como suele ocurrir, encontramos los esbozos más interesantes de esa comprensión entre analistas hostiles que se apasionan por su objeto. Es el caso, siempre inquietante, de David Ronfeldt, viejo analista y estratega de la contrainsurgencia para la RAND Corporation, que ha comenzado a analizar el movimiento Occupy en Estados Unidos conforme a su esquema de análisis de las relaciones entre formas tribales, instituciones jerárquicas, mercados y redes (TIMN), así como desde el punto de vista de las relaciones prácticas de los movimientos respecto a los factores conjugados espacio tiempo acción (STA)³⁴.

Volviendo al 15M, se trata de describir aquello que, *out of the blue*, ha prendido, sin que con plena seguridad podamos decir que «sigue ahí», atendiendo a lo que a nuestro modo de ver resulta decisivo, a saber, la «puesta en existencia», el *ritornelo*³⁵ constituyente del 15M. Si exploramos la fenomenología del movimiento encontramos la recurrencia de todos los elementos que se vienen

³⁴ Ver David Ronfeldt, <http://twotheories.blogspot.com/2011/10/what-occupy-protests-mean-timn.html/>.

³⁵ Entendemos aquí, con Guattari y Deleuze, el término musical de ritornelo como aquellas funciones no discursivas —«expresividad de ritmo»— de cualesquiera materias de expresión, encaminadas a la creación (*poiesis*) de territorios existenciales finitos, siempre en proceso de abandonar o abrirse a otros territorios en un devenir. En esa medida, los ritornelos son la matriz del arte, que trabaja con ritornelos desterritorializados para abrirse a territorios no humanos. Ver Gilles Deleuze y Félix Guattari, «Del ritornelo», en *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, traducción de José Vázquez Pérez y Umbelina Larraceleta, Valencia: Pre-Textos, 1988 [1980], 317-358; y Félix Guattari, «Ritornelos y afectos existenciales», en *Cartografías esquizoanalíticas*, traducción de Dardo Scavino, Buenos Aires: Manantial 2000 [1989], 229-243.

enumerando en las descripciones de las «revoluciones 2.0», pero al mismo tiempo no podemos dejar de advertir la resistencia que esa misma fenomenología ejerce contra las distintas modelizaciones y «explicaciones». Cabe sospechar que, entre otros motivos, lo hace porque sigue siendo un proceso abierto, vivo.

Sin embargo, no cabe oponerse a las explicaciones parciales en nombre de una totalidad abierta sin considerar justamente cada uno de los elementos que se han aglomerado en esa totalidad o sistema, así como las características más relevantes de su formación. Al objeto de poner de manifiesto el exceso, la contingencia, el plusvalor de acontecimiento de su puesta en existencia.

Si partimos de la hipótesis de que el 15M es una modalidad *événementielle* —esto es, surgida de un acontecimiento improbable e impredecible— de sistema red capaz de autoorganización, consideremos brevemente por separado sus aspectos fundamentales.

Proceso emergente, sin «sujeto», policéntrico, autopoético

Atendamos brevemente al modo de surgimiento del 15M. Cabe rastrear genealogías de la movilización de red que en el caso español remiten sin duda a los enjambres del 13 de marzo de 2004. Un acontecimiento que ya ha ingresado en la historia paranoica del régimen constitucional español —casi como algo *forclos*, inconcebible, inimaginable, intolerable—, pero que asimismo forma parte de la gramática de la movilización en red en el Reino de España.

Pero el 13M fue una *flashmob*, una multitud singularísima y evanescente. En cambio, con el 15M estamos ante una dinámica emergente que da origen a un proceso de

autoalimentación y autoconstitución y a un movimiento que, por más que desbordante y regulado por umbrales antes que por límites, no ha dejado de ser reconocible, innegable, absolutamente presente. El movimiento del 15M no es un —gran— movimiento más. Es el más importante de los últimos treinta años en el Reino de España. Pero además presenta una fisionomía que hace de él un movimiento radicalmente nuevo. Ni que decir tiene que el desarrollo de las redes sociales ha abonado el terreno para este tipo de movilizaciones. Y, por supuesto, la primavera árabe produjo ese contagio en las «neuronas espejo» de muchas minorías en el Reino de España.

Ahora bien, ¿cómo ha «funcionado» el 15M? ¿Cuál ha sido el «método»? El 15M presenta en su origen las características de un proceso *emergente*, es decir, la sorpresa, la imprevisibilidad, la novedad y la nueva ordenación de lo preexistente, con el surgimiento de estructuras, comportamientos, propiedades y pautas nuevas en un sistema complejo. Con Félix Guattari diremos que responde a una heterogénesis, esto es, se trata de una dislocación de lo posible que hace que una multiplicidad de elementos *a priori* imposibles «prenda», de repente, en una nueva composición que encuentra formas de autoordenación. El 15 de mayo hubo manifestaciones en las principales ciudades españolas. Al término de una de ellas, una ínfima minoría de personas decide quedarse a acampar en la Puerta del Sol: ahí tenemos una heterogénesis.

Estructura policéntrica, componentes del movimiento sistema red y constitución de una esfera pública postmedia

El 15M comenzó como un virus de afecto, cuyo vehículo lingüístico se resume en el lema de aquella jornada: «No

somos mercancía en manos de políticos y banqueros». El contagio prende así, de manera simétrica y contraria a como prende el pánico o la euforia en los mercados financieros, y da lugar, cuando nadie lo esperaba, a manifestaciones masivas. Contagio y enjambre.

Así, pues, la red se presenta como la estructura fundamental, y la más profunda y rica de la heterogénesis del 15M. No hablamos solo de Internet y de las redes sociales, sino de la forma red de la cooperación y comunicación social general en la que, por así decirlo, el 15M se pone a funcionar. Y lo hace en conexión con esta forma red fundamental, que responde al patrón de una *fully connected network*, en la que todos los nodos están en condiciones de conectarse con todos los demás. Responde a una arquitectura *peer to peer*, igualitaria, horizontal y equipolente.

Lo interesante es que esta forma red subsume o pone bajo su subordinación las redes de tipo asimétrico, esto es, las dominadas por centros de enunciación y emisión de consignas —partidos, sindicatos, ONG, organizaciones de extrema izquierda, medios *mainstream*—. Esto ha introducido una ruptura radical en el régimen de producción mediática de la realidad. El sistema red 15M se ha tornado desde el principio de su existencia en productor de cotas crecientes de realidad, puesto que, cuando es la red el agente fundamental de enunciación —y no el responsable, el portavoz o la organización—, la capacidad de controlar los comportamientos a partir de operaciones de enunciación sobre las acciones previsibles de los sujetos entra en una zona de radical indeterminación y disputa.

Desde este punto de vista, las acampadas se presentan como una espacialización y, al mismo tiempo, una pretensión de «representación» del 15M. Ponen en escena los cuerpos y sus palabras, y remiten la palabra al cuerpo

y a su resistencia. Ficcionalan y fabulan una soberanía y una asamblea de las muchas en la calle, en la desnudez potente de la multitud no autorizada. Replican el contagio en la erótica indiscriminada del contacto, de la composición de cualesquiera y de la complicidad anónima. De las acampadas nacen las asambleas. Y éstas se ponen como estructuras de autogestión de la politización de la vida y de difusión, extensión y concreción del movimiento en el territorio y en sus problemas. Pero también, tendencialmente, como lugares de identidad, neutralizaciones del devenir.

De esta suerte, tenemos una estructura policéntrica sin centro principal, sin cuartel general. La tradición política desconfía radicalmente de la capacidad estratégica de una estructura semejante. Tanto la reaccionaria como la revolucionaria. Su unidad, parece, no puede ser más que efímera. Su capacidad de decisión eficaz resulta prácticamente imposible. Su autoorganización solo podría terminar con el tiempo en una entropía ininteligible. Lástima que una montaña de hechos demuestre lo contrario. Pero la vocación de este texto tampoco es la de una apología, ni siquiera soterrada. Ahora bien, ¿cómo es posible que en una estructura semejante la cooperación eficaz sea un hecho, al menos durante periodos sostenidos? No estamos aquí en un terreno ideal, arendtiano o habermasiano, de la deliberación y la acción política en concierto. Tales enfoques solo explican una parte, la más aparente y menos clara del 15M.

En lo que atañe a la capacidad de ataque, el 15M perfecciona las dinámicas del enjambre y de la ciberguerra en manifestaciones y concentraciones inesperadas y no autorizadas; en el bloqueo y los piquetes contra los desahucios o en las ocupaciones de inmuebles y en su defensa.

Se sabe que solo inutilizando la infraestructura física de la red cabe evitar los enjambres, es decir, el control eficaz solo es posible bajo la forma de una dictadura de pura antiproducción —no es otra, por lo demás, la axiomática de la «austeridad»—. Pues en la red misma, en sus códigos, protocolos y señaléticas reside el mecanismo de activación y modulación del enjambre.

El enjambre no es aquí una metáfora. No en vano se habla de cooperación distribuida de tipo *estigμέrgico* entre agentes espacial y temporalmente separados³⁶. Y la cooperación estigμέrgica remite a las *marcas* y las *señales* de todo tipo que permiten que individuos con facultad deliberativa no tengan que deliberar, es decir, dilatar en el tiempo y la incertidumbre su decisión y su activación cooperativa. Sino que pueden comportarse como agentes inteligentes no deliberativos que responden a las señales relevantes, activándose a la par que replicándola. Esta dimensión estigμέrgica explica la viabilidad de la *contra-movilización total* de varios meses desde el 15 de mayo. Pero tan importante como la dimensión antagonista que designa el prefijo «contra», lo es su dimensión de *auto-movilización*. Ahora bien, ¿qué o quién es aquello que se moviliza a sí mismo?

El 15M como sistema red autopoiético abierto

Las principales estructuras y situaciones que ha presentado el 15M contienen incontables elementos y singularidades, es decir, no estamos, sin más, ante distintos tipos de comunicación y cooperación entre individuos. Desde el punto de vista espacial, la Puerta del Sol, por

³⁶ Ver Kevin Carson, «The Stigmeric Revolution», *Center for a Stateless Society*, <http://c4ss.org/content/8914/> y, sobre todo, el blog de Mark Elliott, <http://stigmericcollaboration.blogspot.com/>.

ejemplo, no es solo una amplia plaza del Madrid histórico, sino también un lugar que contiene una historia menor, en la frontera de lo oficial, de revuelta e insurrección. *La carga de los mamelucos* de Goya se sitúa en la Puerta del Sol, y las imágenes de la manifestación de la tarde del 14 de abril de 1931, en la que se celebra la proclamación de la II República española, han servido de ilustración de muchos manuales escolares y documentos didácticos. En otro ámbito, la fuerza mitopoiética de las intervenciones de Anonymous moviliza universos de valor preñados de afectos transversalistas, cuya capacidad de contagio no encaja en la cuadrícula de análisis de los valores o las creencias del individuo que participa en la acción colectiva —en una protesta a través de Twitter, por ejemplo—.

En este sentido, cabe afirmar que la cooperación estigmérgica en red y la aparición de universos de valor —ético, estético— y afecto han proporcionado el suplemento que permitió dar consistencia —y transistencia, esto es, capacidad de contagio, traducción, recombinación, hibridación— a la aglomeración *a priori* imposible de elementos, singularidades y estructuras del 15M. Lo que de esta manera se determina es un proceso autopoiético, esto es, una autoproducción de sí de un sistema red abierto. Lo propio de una autopoiesis, más allá de toda aproximación metafórica, es tanto la capacidad endógena de producción de nuevas estructuras y relaciones, como una reproducción de un conjunto de singularidades en su singularidad o, dicho de otra manera, una capacidad de metamorfosis que no destruye la unidad de su conjunto. Aunque tan solo aceptáramos su existencia durante unas semanas, o acaso unos días, podemos sostener que el 15M es la puesta en existencia de ese proceso autopoiético.

Ahora bien, ¿cómo explicar la fuerza de una autopercepción, el reconocimiento de sí entre singularidades anónimas y *a priori* individualizadas y separadas por una red de representaciones de pánico e inmunidad, esto es, el escenario dominante de la «crisis» y la «austeridad» en Europa?

Sabemos que ha habido un afecto dominante, la indignación, ese odio, que une a los individuos en una pasión civil. Todas las luchas sociales parten de una figura del odio. La determinación de un cuerpo indignado transindividual produce una mayor potencia, una alegría común y, por lo tanto, una esperanza que hace perder el miedo³⁷. Digamos que tenemos en ello una causa eficiente de la unidad del sistema autopoietico del 15M, pero no una explicación convincente de su espesor e intensidad, ni de su extraordinaria resistencia a la normalización, la banalización y neutralización políticas. En cierto modo, podemos decir que el 15M ha ido contra el sentido común de lo político porque ha redescubierto o reinventado un común político de los sentidos.

A contrapelo del grado cero del significado que el problema de la conciencia tiene en el discurso político —también en lo que atañe a la «conciencia de clase»—, el 15M ha renovado el interés y el valor del problema, precisamente en la medida en que ha multiplicado sus dimensiones y, sobre todo, porque las ha desindividualizado radicalmente. Nuestra idea de sistema red permite anteponer esa conciencia intensiva y transindividual del sistema autopoietico en su proceso de autoproducción a

³⁷ Ver Baruch Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*, traducción de Vidal Peña, Madrid: Alianza 2018 [1677], 291: «La indignación es el odio hacia alguien que ha hecho mal a otro» [*Indignatio est Odium erga aliquem, qui alteri malefecit*].

toda asimilación a las nociones pantanosas de la conciencia ideológica o de la conciencia moral.

Para desplazar radicalmente el problema de la conciencia de tales tópicos podemos servirnos, mediante una extrapolación que consideramos no abusiva, de la teoría experimental de la conciencia de António Damásio como el «sentimiento de lo que acontece» por parte de un organismo metaestable —en este caso un organismo colectivo híbrido y compuesto—.

De esta suerte, un proceso de puesta en existencia, una aglomeración existencial de elementos heterogéneos accede a una unidad, a la propiedad de un sistema red abierto en constante experiencia de afectar y ser afectado por su afuera, por el campo social, y en esa medida construye lo que con Damásio podríamos llamar un *protoself*—hecho de señales y emociones que remiten a un cuerpo común emergente—. Para ello podemos pensar que ha sido preciso que, más allá del nombre genérico, la indignación y sus gamas cromáticas, expresadas en miles de enunciados e imágenes en la red, hayan podido operar como lo que Guattari denomina un *afecto problemático*³⁸, es decir, una tensión afectiva y cognitiva que, por así decirlo, pone en suspenso, tornándolo susceptible de cambio y mutación enriquecedora, el régimen normal de las funciones de trabajo/vida sometidas a la movilización total.

Retomando las expresiones de Damásio, a partir de una protosubjetividad transindividual del afecto de indignación tendríamos una «*core consciousness*»³⁹ —que

³⁸ Guattari, «Ritornelos y afectos existenciales», 235.

³⁹ António Damásio, *The Feeling of What Happens. Body and Emotion in the Making of Consciousness*, Nueva York/San Diego/Londres: Harcourt Brace & Company 1999, 168 ss.

corresponde a un «*core self*»⁴⁰, resultado de la emergencia de un mapa neuronal de las afecciones del sistema emergente 15M en sus encuentros e interacciones con otros cuerpos y objetos, un mapa de segundo orden que activa la inteligencia colectiva en una dinámica de apropiación/transformación del campo social —que correspondería, en términos de Damásio, a una «*extended consciousness*», que permite «considerar la mente del otro; la capacidad de sufrir con dolor en contraposición a sufrir dolor sin más y reaccionar ante el mismo; la capacidad de sentir la posibilidad de la muerte en sí mismo y en el otro; la capacidad de valorar la vida; la capacidad de construir un sentido de lo bueno y de lo malo distintos del placer y el dolor; la capacidad de tomar en consideración los intereses del otro y del colectivo»⁴¹.

Una ruptura de las rutinas de la servidumbre maquínica

En este sentido decimos que la clave del 15M es una insurrección del cuerpo máquina contra la destrucción de las condiciones biopolíticas de la democracia que suponen las políticas de austeridad. Cuando se habla de cuerpo máquina no estamos, de nuevo, ante una aproximación metafórica.

La función trabajo/vida de la cooperación social en red se basa en sistemas de interfaces entre cuerpos y máquinas y en la expresión de las dimensiones maquínicas de lo humano. Christian Marazzi ha explorado hasta qué punto la separación entre capital fijo y capital variable se torna borrosa y aporética en el capitalismo cognitivo, en la

⁴⁰ *Ibid.*, 169.

⁴¹ *Ibid.*, 230.

precisa medida en que el capital fijo inmaterial memorizado en los cerebros se presenta como medio de producción, como «sedimentación de saberes codificados, conocimientos adquiridos históricamente, experiencias, en definitiva, trabajo pasado»⁴². Esta interiorización o incorporación del capital fijo en los cerebros de los individuos, inseparable de su puesta en red a través de sistemas de máquinas, es el presupuesto de la actividad de valorización —de explotación— de la cooperación social o función vida/trabajo, y en esa misma medida —esto es, en la medida en que es medio de producción y, por ende, su reproducción forma parte del proceso global de producción— configura lo que Marazzi —así como, desde otro punto de vista, Robert Boyer— denomina un «modelo antropogénico», esto es, «un modelo de “producción del ser humano a través del ser humano” en el que la posibilidad del crecimiento endógeno y acumulativo viene dada sobre todo por el desarrollo del sector educativo —inversión en capital humano—, del sector de la sanidad —evolución demográfica, biotecnologías— y del de la cultura —innovación, comunicación y creatividad—»⁴³. Resulta sumamente interesante vincular el problema principal que se plantea Marazzi —a saber, ¿quiénes y cómo pagan el coste de la amortización de los cuerpos/máquina en las condiciones de una producción basada en un modelo antropogénico?— con lo que podemos llamar la «génesis maquinaica» del 15M. Puesto que, bajo las condiciones impuestas por el axioma de la «austeridad», el coste de la amortización lo pagan, en tiempo y calidad de vida, los

⁴² Christian Marazzi, «L'ammortamento del corpomacchina», *multitudes*, 27, 2007, <http://multitudes.samizdat.net/Lammortamentodelcorpomacchina/>.

⁴³ *Ibid.*

propios cuerpos-máquina. Y sobre todo quienes viven/trabajan en mayores condiciones de precariedad e invisibilidad social e institucional. La reducción a un mínimo de las partidas del *welfare state*, la precarización del acceso al cualquier tipo de renta, la desposesión de títulos de acceso a garantías sociales para sectores crecientes de la población, el funcionamiento automático de los mecanismos de expropiación vinculados al endeudamiento, etc., se traducen en un redoblamiento de la violencia sorda de la movilización total de la sociedad red, en un *tempo* que conduce a un límite de sostenibilidad las formas de vida de los sujetos, llevándolas a un paroxismo.

Consideremos hasta qué punto esto es así en las dimensiones de lo que Guattari denominaba la *servidumbre maquínica*, es decir, los procesos de captura de las funciones maquínicas humanas —desde el sistema psicomotriz a la expresión codificada de las emociones, pero también el reconocimiento y la respuesta a señales y expresiones codificadas de tipo lógico y semántico, como en la gramática de las redes sociales y en general de las web 2.0— por parte de sistemas de máquinas técnicas y lógicas más desterritorializadas —los interfaces de usuario de los distintos soportes informáticos y telemáticos, el sistema de conducción automovilística, en el ejemplo *princeps* de Guattari, o el sistema de atención, servicio y vigilancia de un equipo de asistentes de vuelo comercial o el protocolo de recepción y clasificación de un servicio hospitalario de urgencias, pero también el sistema de trabajo humano en una cadena de montaje taylorista—. La servidumbre maquínica funciona con arreglo a automatismos de la percepción, la emoción y la cognición que no precisan de una conciencia focal plena salvo en situaciones límite. En esa medida no es un sistema de sometimiento que implique

las dimensiones de identidad del sujeto o una interacción simbólica asimétrica, sino que es esclavitud en el sentido cibernético de la expresión, como cuando se habla de un «servomecanismo». Consideremos hasta qué punto la inmersión infocomunicativa de las funciones trabajo/vida en la sociedad red está hecha de tales automatismos prácticamente inconscientes bajo el control modulado de máquinas técnicas e informáticas. Si hay una infraestructura maquina de la movilización total productiva, la encontramos en estas dimensiones de subordinación inconsciente o preconscious. Y en esa misma medida, volviendo al 15M, algo ha debido producirse, una ruptura, una suspensión activa en esos automatismos para que tales funciones se hayan puesto al servicio de la emergencia de ese proto sí mismo de un sistema autopoietico, antes y después del 15 de mayo de 2011. En este sentido hablamos de una insurrección del cuerpo máquina, porque, antes de convertirse en un proceso deliberativo, discursivo y de reconocimiento entre sujetos e individuos —que se presentan como otros tantos niveles de consistencia del sistema red 15M—, una bifurcación perversa, una emergencia rítmica, una singularización contagiosa de las funciones de servidumbre maquina ha tenido lugar, de tal suerte que ha entrado en juego la procesualidad de un inconsciente maquina, esto es, de aquel que, según Guattari, «sería el de los campos posibilistas, el de las micropolíticas moleculares, así como [...] el inconsciente alejado de los equilibrios estratificados». El inconsciente maquina «está hecho del conjunto de posibles que pueden habitar todas las dimensiones del agenciamiento»⁴⁴.

⁴⁴ Félix Guattari, «Les quatre inconscients», Seminario del 13 de enero de 1981, <https://www.revue-chimeres.fr/13-01-1981-Les-quatre-inconscients/>. Ver también Félix Guattari, «Présentation du séminaire»,

De esta suerte, la clave de bóveda del sistema 15M se sitúa entre los ritornelos que se cifran en lemas como «No somos mercancía en manos de políticos y banqueros. Democracia real ya» y, sobre todo, desde las plazas, el «No tenemos miedo». Una virtud transversalista en las imágenes y los signos, en el agenciamiento colectivo de enunciación que se construye a partir de actores emergentes como DRY, pero también y sobre todo en el gesto de la acampada de la Puerta del Sol y su resonancia de red, ha llegado al corazón mismo de las rutinas, de los ritornelos reiterativos de la función trabajo/vida vinculada a la servidumbre maquínica. Desviando tales rutinas y poniéndolas al servicio de la construcción de la «contra movilización total» de un sistema red. Generando, por así decirlo, un plusvalor maquínico que se ha traducido en una conversión en máquina de guerra de las modalidades más banales de interacción telemática. Así, por un lado, las imágenes de la Puerta del Sol han funcionado, en su resonancia con la plaza Tahrir, como un ritornelo sensible que ha dado una entidad *a priori* inverosímil a universos de valor capturados en hashtags como #spanishrevolution, adoptados irónicamente en un principio, pero tornados sobre la marcha en una creencia validada por el proceso mismo del 15M. Este tipo de ritornelos sensibles ha dado la realidad de una puesta en existencia, de un territorio existencial precario al circuito entre el espacio —público— físico y la red, entre los cuerpos en la calle y los cuerpos individualizados conectados a la red, que han podido ser percibidos por cada singularidad del 15M como modos y atributos de una misma

Seminario del 9 de diciembre de 1980, <https://www.revue-chimeres.fr/09-12-1980-presentation-du-seminaire/>.

sustancia. Por otro lado, el afecto problemático de lo que podríamos llamar una «indignación transversalista» se ha traducido en un «enloquecimiento» de las rutinas —tanto laborales como vitales— de cientos de miles de personas, ha re combinado y redireccionado —estigméricamente— los patrones neuronales entre atención, emoción, percepción, cognición y acción, alumbrando un *tempo* singularísimo del «deseo de la máquina» que antecede a toda deliberación o decisión del individuo. El «no tenemos miedo» ha podido alcanzar el corazón de los cuerpos/máquina.

Estructura paradójica de la decisión y la representación: entre el pueblo y la multitud. Las máscaras y proceso de autoconstitución

Resulta interesante considerar, a la luz de lo expuesto, las dificultades que en las acampadas y las asambleas se han presentado a la hora de tomar decisiones, de funcionar por consenso pero sin unanimidad, de instalar el diseno en su seno sin que éste cristalice en bloques e identidades.

Mientras que la función de espacialización, así como de expresión del cuerpo y de ocupación y reapropiación física del territorio urbano por parte de las acampadas, las asambleas y las manifestaciones no autorizadas constituye uno de los puntos fuertes de su consistencia y las valida como uno de los centros del sistema red 15M, sin embargo, es notorio que el añadido o la superposición de las funciones de «ágora» de individuos cualesquiera y, en cierto modo, de «asambleas populares constituyentes» se ha encontrado con dificultades críticas que han lastrado su funcionamiento y su dimensión de «máquina de guerra» social en el territorio metropolitano. No obstante,

la constante inmersión del subsistema de ocupaciones y asambleas en el conjunto —indeterminable en número y extensión en un momento dado— del sistema red 15M ha resuelto buena parte de tales atolladeros en las situaciones más críticas y que podían presagiar una parálisis y el comienzo de la descomposición. Entra aquí en juego la idea de una validación de las propuestas y de decisión por «recursividad», en la que la densidad y masividad de las intervenciones sucesivas en la red sobre problemas o alternativas planteadas hace que tales problemas y alternativas se reformulen sucesivamente a partir de oleadas de participación y, en cierto modo, emerjan «opciones atractoras» que, en el medio, activo y dominado por pasiones alegres cooperativas, del sistema red emergente, tienden a encontrar las soluciones más adecuadas para el problema —táctico, organizativo, etc.— planteado. Pero sería un error disociar esta *wisdom of the crowds* de las condiciones excepcionales y frágiles de un sistema red nutrido por la indignación —un odio— y la falta de miedo —una alegría contagiosa—. Dicho sea para evitar toda apología de la espontaneidad óptima de los sistemas emergentes, que llevaría a entender el 15M como una más de sus ilustraciones.

Entendemos así mejor el «vamos lento, vamos lejos», que ha servido de respuesta a las exigencias de «resultados» o «soluciones» inmediatas. Se vislumbra en ello la conciencia intermitente de la irrepresentabilidad de una multitud, y por ende la necesidad de las máscaras y el perspectivismo intrínseco de la forma 15M. La condición es que el proceso se desenvuelva en un medio estigmérgico que permita romper los bloqueos que se dan en situaciones y espacios determinados. En este sentido es un sistema de apropiación perspectivista, es decir, que

se apropia y constituye lo real a partir de una miríada de actos singulares de enunciación y de reapropiación, enriqueciendo la complejidad y al mismo tiempo tornándola legible y practicable en las dimensiones estigméricas de su uso parcial, perspectivista, por parte de unas u otras componentes del sistema red 15M.

Así, más allá de la «toma del poder», el movimiento del 15M presenta una ambivalencia no resuelta entre reconocimiento, regeneración democrática y éxodo. Porque no cuesta entender que la valencia antagonista del odio —puesto que la indignación es un odio— esté subordinada al proceso del sistema autopoietico, a la puesta en existencia de sí mismo. Odio necesario, pero subordinado a la constitución de las nociones comunes del sistema red. Entendemos así mejor la función de las máscaras, las mil caras y los mil programas del 15M como una modalidad de sabotaje de las funciones de identidad coextensivas a la formalización de un antagonismo molar entre dos sistemas asimétricos, el sistema constitucional y el sistema red 15M. Donde, en las condiciones del espacio político del Estado nación, la molarización del enfrentamiento con el sistema constitucional solo puede terminar con la descomposición del 15M en los atolladeros acostumbrados de la sacrosanta unidad transcendente o las «patologías» del escisionismo, la representación parlamentaria o el abandono de la desobediencia civil no violenta ante el recrudecimiento de la represión policial y judicial. Los problemas de la desnacionalización del espacio político europeo, el de la inmersión del sistema red en el diagrama antagonico de explotación y expropiación de las políticas de «austeridad» en cada ciudad y territorio, así como el de la formalización constituyente del proceso mismo de apropiación y transformación de lo real por parte del

sistema red en su puesta misma en existencia, —que atañen a la creación de instituciones y a la contraposición de una escritura y de unos actos constituyentes a una norma constitucional que ampara la supresión de las condiciones materiales o biopolíticas de la democracia bajo el *imperium* del sistema de partidos—, son la cifra de la crisis presente del 15M tras el último ápice de intensidad del 15 de octubre de 2011.

Espero que estas consideraciones nos ayuden a comprender el 15M sin hacer uso de interpretaciones que anulan su potencia y esplendor, la banalizan o la reducen a esquemas sociológicos y politológicos acostumbrados. El 15M explica o expresa antes de representar, y los explicadores han de ser explicados.

LO ABSOLUTO DE LA DEMOCRACIA A LA LUZ DEL 15M

La crisis de la democracia constitucional que vivimos, en particular en los países del Sur de Europa, se inscribe en el peligro más general que atraviesa la democracia europea. Se trata de un peligro extremo, registrado desde hace tiempo por distintas voces, que afecta a la democracia entendida como forma y sistema de gobierno históricamente contrapuesto a la dictadura, entendiendo con esta última otro tipo de organización de la vida en común.

No obstante, hay que tener en cuenta que el debate sobre la democracia lleva abierto algunas décadas, es decir, mucho antes de la crisis del 2007-2008. Hay que distinguir distintos momentos en la reintroducción de este debate, «negativos» o «positivos». Un primer elemento que ha provocado la reanudación de este debate ha sido el fracaso de la promesa histórica de la democracia socialista y de su proyecto de emancipación —si aceptamos que haya habido alguna vez una democracia socialista. Ese fracaso se tradujo en la configuración de la hegemonía de la democracia burguesa con fines sociales y de la economía social de mercado, teorizada, como sabemos, por los ordoliberales, pero vigilada, después de la segunda guerra mundial, por los estadounidenses. Más recientemente, el debate sobre la crisis de la democracia se ha planteado de manera mucho más afirmativa gracias a los nuevos procesos constituyentes latinoamericanos, que han planteado la cuestión del nuevo sujeto democrático y de sus medios de expresión política e instituyente. En efecto, los procesos constituyentes en Bolivia, Venezuela, Ecuador, etc., han determinado el surgimiento de un nuevo sujeto popular y de nuevas configuraciones institucionales que

no corresponden a los cánones tradicionales de las democracias coloniales o poscoloniales. Finalmente, en la última década y en un plano mundial, la cuestión de la democracia se ha planteado en los términos de una crisis radical del elemento regulador fundamental que determinaba la relación entre libertad e igualdad; se ha planteado asimismo en los términos de una subsunción, dentro de los procesos de financiarización, de los elementos que pertenecían a las condiciones mismas de reproducción de la democracia: el Estado de bienestar; las políticas de rentas; los derechos laborales.

De esta suerte, con el *crash* de 2007-2008 la crisis de la democracia ha cobrado un carácter inédito en intensidad y profundidad. Los mecanismos de gobernanza que se presentaban, en el proyecto de integración europea, como formalmente democráticos, han cobrado hoy *formas no democráticas de dominio*. Esto no hace más que abundar en la necesidad de repensar la democracia en nuestros días.

La democracia como significativo vacío y el papel determinante de los afectos

De esta suerte, hoy la democracia se presenta como un significativo vacío: de ahí la necesidad de pensar el sentido ético y político de ese vacío para intentar plantear algunos motivos críticos en el debate actual.

Cuando se habla hoy de crisis de la democracia se habla probablemente de la crisis del Estado de derecho en Europa. Si, por ejemplo, pensamos en la situación española, observamos que después de una Constitución aprobada mayoritariamente en 1978, una parte de los derechos sancionados en ella —el derecho a la vivienda, a la salud, etc.— no se han visto realizados. De este modo, en su evolución concreta observamos que se constitucionaliza

una situación que, en el plano de los derechos sociales, podríamos definir como *no constitucional*. A esto se añade que los elementos fundantes de la democracia liberal —los *checks and balances*, las garantías jurídicas, los derechos del individuo (propietario)— atraviesan un periodo de graves dificultades, puestos en la picota por la supuesta despolitización administrativa de los llamados «gobiernos técnicos».

Asimismo, hay otros elementos, tal vez aún más profundos, que es necesario tener en cuenta; elementos de crisis de los fundamentos mismos de la democracia. Por ejemplo, no hay más que pensar en el fenómeno de la hegemonía de la forma y de los contenidos de la red sobre los individuos, sobre los sujetos «ideales», por así decirlo, de la democracia. En este sentido, el individuo liberal ideal se está convirtiendo tan solo en una intersección de vínculos y relaciones. Y aquí juegan un papel determinante los afectos, más en su significado spinoziano que en su significado lacaniano, privilegiado por la teoría del populismo de Laclau y Mouffe. Se trata aquí de los afectos entendidos como capacidad de acción o de «afectar» y «ser afectados», esto es, como modificación de la capacidad de actuar sobre los individuos, a partir de su capacidad de percibir al otro y de entrar en relaciones comunes con los otros⁴⁵. Pensemos en los fenómenos del llamado contagio emocional, tanto financiero como social y político. No es casual que los movimientos de 2011, lo que se ha conocido en el mundo atlántico como el «ciclo Occupy» —y sobre el que regresaremos en este texto— haya estado tan unido al afecto de la indignación, un afecto fundamental de la vida política⁴⁶.

⁴⁵ Sobre los afectos ver Spinoza, *Ética*, 207-303.

⁴⁶ *Ibid.*, 291.

Hay que atender precisamente a ese desajuste entre las promesas y las garantías de las democracias constitucionales y la realidad de los efectos y de la autoridad o, habría que decir, del autoritarismo de las políticas de austeridad, para buscar las causas de la indignación actual que ha alimentado la última secuencia de conflictos.

Asimismo, hay que tener en cuenta que, en las teorizaciones de muchos intelectuales de izquierda que se han interrogado sobre esas transformaciones, se suele partir de la tensión que existe entre igualdad y libertad, una tensión que subyace, como sabemos, a la democracia liberal. Sin embargo, pienso que es necesario ser más claros: precisamente porque estamos padeciendo los efectos de la austeridad, es necesario reconocer que la contradicción es la que se da entre la tensión hacia la igualdad y el capitalismo.

Todas las tensiones que atraviesan hoy el modelo de las democracias constitucionales son el resultado de las transformaciones sociales y económicas en curso. La producción económica misma y la reproducción de los sujetos se confunde cada vez más con la vida, entendida como acto productivo y cooperativo genérico. Ya no podemos establecer una distinción neta entre fenómenos económicos, morales, jurídicos, así como entre fenómenos individuales y globales. Esta dinámica tiene que ver con las transformaciones del capitalismo, con el hecho de que el capitalismo, si tratamos de comprenderlo como intentaba hacerlo Félix Guattari, es una relación —como enseña Marx en primer lugar—, pero es una relación compuesta por: a) un sistema de signos —entendidos como un dar nombre a cosas y relaciones— monetarios, informáticos, matemáticos, de códigos y algoritmos; b) de estructuras jurídicas e institucionales; c) de procesos

de producción que cada vez más son colectivos, cooperativos —esto es, basados en una cooperación que ocupa toda la vida de las personas—⁴⁷. Esa cooperación consiste en concatenaciones o agenciamientos de elementos siempre heterogéneos, es decir, involucra toda la vida de las singularidades —entendidas como diferencias que en la cooperación tratan de expresar su propia singularidad, pugnan por una singularización bajo el poder de mando—. En las condiciones actuales de supremacía de la producción basada en la red y por ende en la interacción con máquinas informáticas —desde el *smartphone* a los portátiles, en el medio de las distintas redes sociales digitales— la cooperación no se presenta como cooperación entre individuos. Se trata más bien de una concatenación entre cuerpos/cerebros —hay que insistir siempre en la dimensión afectiva y carnal del cerebro contra toda reducción «cognitivista»— y máquinas informáticas: se produce cooperación siempre en la relación con máquinas que a su vez se conectan con otros cerebros.

Del populismo como lógica política a la multitud de los cuerpos-máquina

En este cuadro se sitúan también las teorías del populismo, entendidas no como una estrategia política de derecha, sino, como sostienen Ernesto Laclau y Chantal Mouffé, como una *lógica política* —que, por ejemplo, ha tenido recientemente efectos políticos en España con la irrupción de Podemos—. En particular, hay que entender el populismo como una lógica política de

⁴⁷ Ver Guattari, *Las tres ecologías*; Félix Guattari y Éric Alliez, «Systèmes, structures et processus capitalistiques» [1983], en Guattari, *Les années d'hiver, 1980-1985*, 167-192.

construcción de cadenas de equivalencia entre demandas particulares⁴⁸.

Como han explicado sobradamente Laclau y Mouffe, esa construcción tiene lugar mediante la singularidad, o mejor dicho la unicidad de un «nombre vacío» que se vuelve recompositivo de un sistema universalizador de demandas particulares y que precisamente por eso constituye originariamente un pueblo, un «nosotros» contra «ellos». Desde este punto de vista, el pueblo es el resultado de la tensión entre demandas particulares —y por ende condenadas a la parcialidad y a oponerse y competir siempre con otras demandas— y la operación de puesta en equivalencia a través de un universal vacío. El universal vacío es el nombre, y en este caso el pueblo —en España, como afirma Podemos, la «gente» contrapuesta a la «casta»—. Pero lo mismo puede decirse del líder, esto es, de la personificación de esa universalidad, de ese pueblo construido mediante las operaciones citadas: de un pueblo que ya no existe y que hay que reconstituir siempre.

Incluso en los términos de esta perspectiva populista, mi impresión es que hoy el problema en Europa no consiste en construir el pueblo, sino la democracia, entendida justamente como *algo que no existe* —el 15M decía «Democracia real ya»—. La democracia ha de entenderse como un nombre común que interpreta como algo adversario el cuadro de mediaciones jurídicas y administrativas y que critica las narraciones liberales del *Rechtsstaat*. De este modo, se pone en tela de juicio el horizonte mismo de la democracia constitucional y liberal tal y como se

⁴⁸ Ver Ernesto Laclau, *La razón populista*, traducción de Soledad Laclau, Argentina: Fondo de Cultura Económica 2005; Íñigo Errejón y Chantal Mouffe, *Construir pueblo. Hegemonía y radicalización de la democracia*, Barcelona: Icaria 2015.

presenta hoy, precisamente por esa identificación entre *Rechtsstaat* y capital, un capital que sin embargo está fuera de control porque involucra toda la vida. El sistema de *checks and balances*, tal y como viene heredado, ya no funciona porque hay una omnipotencia de la propiedad y del capital, que es cada vez más abstracto, monetario, financiero, es cada vez más ley del poder de mando sobre el valor de la vida y de la cooperación. En este sentido, se trata también de desarrollar una crítica de la soberanía entendida como derecho o como titularidad del poder —constituyente— en el Estado de derecho, que ha sido siempre un Estado nación. En las teorías del populismo, la construcción de cadenas de equivalencia se entiende siempre como una articulación hegemónica en el interior de la democracia liberal, una articulación que produce una escisión de la totalidad social, a través del recurso a un par que, paradójicamente, es de origen schmittiano —el par amigo-enemigo—, liberado —pero esto es más fácil decirlo que hacerlo— del elemento totalitario e inserto en el cuadro de la democracia liberal.

Esta operación responde a la necesidad de dar un nombre común que es siempre un nombre-contra. El significante vacío se plantea siempre contra la minoría social —volviendo al caso español, la «casta»—. Al mismo tiempo, esa nominación del enemigo, precisamente para evitar una deriva totalitaria, debe abstenerse de introducir el par amigo-enemigo en lo social, es decir, debe dejar espacio a la pluralidad —liberal— de los «agonismos». De esta suerte, el nombre-contra, el amigo-enemigo, se ve mediado por el reconocimiento inmediato de las diferencias —hay que recordar que, en la teoría de Laclau y Mouffe, estamos siempre en un terreno de diferencia formal y significante, donde $A = \neg B$ o, siguiendo los

pasos de Saussure y Lacan, como mera oposición distintiva entre los signos—. Así, pues, toda identidad, toda singularidad, todo *agón* se da entre oposiciones distintivas, pero, al mismo tiempo, no deja de haber un doble nivel: por un lado, la enemistad —el par amigo-enemigo—; por otro lado, la lógica de los agonismos entre las diferencias sociales —como declinación de la enemistad en el cuadro de la democracia liberal—.

A mi modo de ver, el problema que se presenta aquí es que el éxito de esta operación de equivalencia depende de una operación afectiva, que sin embargo nos lleva, en el caso de Laclau y Mouffe, demasiado dentro del psicoanálisis lacaniano, demasiado dentro de una lógica de la carencia. Sobre la figura del líder se coloca un objeto parcial de deseo, de afecto, y por lo tanto una *Besetzung*, un *investissement*, una carga o catexis, donde aquel es concebido como representación —en los sentidos teatral y político del término— del nombre colectivo que es el pueblo, organizado en un partido movimiento. La demanda es, desde este punto de vista, puro deseo de algo; es deseo de un «objeto *a*», pura demanda carente de plenitud y consistencia⁴⁹.

Me pregunto cómo se puede salir, siguiendo el ejemplo del 15M, de esta imposible democracia identitaria, es decir, de una democracia que se basa en una relación expresiva —no representativa en el sentido ontológico— entre los representantes y los representados y, por lo tanto, de una necesaria alienación de las singularidades; en la pérdida de la singularidad como cuerpo, como carne, como potencia singular. De esta suerte, el problema que

⁴⁹ Sobre el deseo como demanda genérica de un «objeto *a*», ver Jacques Lacan, *Escritos 2*, Ciudad de México: Siglo XXI 2009 [1966].

se abre es, si se puede formular, la co(i)mplicación entre libertad e igualdad en el ámbito de una proyecto definido de *democracia absoluta*⁵⁰. La respuesta al problema viene facilitada por la práctica de la filosofía política, pero también por la práctica política de movimientos como el 15M. Se trata de preguntarse si esta nueva multitud es capaz de democracia y si esa democracia puede conservar los elementos garantistas fundamentales, que pertenecen a la tradición más interesante del liberalismo político —el 15M ha dicho: «no nos representan», pero también «no somos mercancía en manos de políticos y banqueros»—. De hecho, el 15M ha determinado una subsunción de los elementos normativos del liberalismo político, que funcionan en su interior como dispositivos de lo que Gunther Teubner define como el elemento «autopoiético», es decir, como elemento que emerge de una cooperación entre singularidades mediadas con máquinas, máquinas de tipo informático⁵¹. Si ponemos la mirada en el funcionamiento de las redes sociales —digitales—, podemos observar la aparición de propiedades nuevas y de elementos creativos, como la innovación de normas de funcionamiento

⁵⁰ La referencia aquí es al incompleto capítulo XI «De la democracia», en Spinoza, *Tratado político*, 220-224; donde la democracia se define como *omnino absolutum imperium*, es decir, como un poder político tan absoluto como democrático —basado en la potencia máxima de la *multitudo*—. El desarrollo interpretativo de este tema remite obviamente a Antonio Negri, *La anomalía salvaje. Ensayo sobre poder y potencia en Baruch Spinoza*, traducción de Gerardo de Pablo, Barcelona: Anthropos 1993 [1981]; Antonio Negri, *Spinoza subversivo. Variaciones (in)actuales*, traducción de Raúl Sánchez Cedillo, Madrid: Akal 2000; Antonio Negri, *El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad*, traducción de Simona Frabotta y Raúl Sánchez Cedillo, Madrid: Traficantes de Sueños, 2015 [1992].

⁵¹ Gunther Teubner (ed.), *Autopoietic Law. A New Approach to Law and Society*, Berlín: Gruyter 1988.

y de hábitos que están vinculados a deseos y necesidades productivas. Estas relaciones internas en las redes sociales se plantean como elementos excedentes, que transforman lo existente en el acto mismo de su expresión. De esta suerte, se realiza lo que Teubner llama, en referencia a la tradición del Estado de derecho, una «heterarquía»: no podemos pensar la democracia fuera de este policentrismo de poderes vinculados a sistemas de expresión autopoietica, que operan siempre mediante fenómenos recursivos, de diálogo constante mediado por algoritmos, mediado por formas de inteligencia colectiva artificial.

En este horizonte, la democracia se torna en un acontecimiento continuo. Se plantea, pues, como *ruptura excedente* o, si se quiere, como multiplicación de aquello que en la teoría de Alain Badiou se considera como una proliferación de axiomas democráticos, entendidos como axiomas independientes: el derecho a la vida; el derecho a una renta garantizada, etc. En matemáticas los axiomas independientes son aquellos axiomas que no pueden ser falsados ni demostrados con la axiomática existente. Del mismo modo, la democracia, entendida en este sentido, multiplica hasta el infinito los axiomas independientes, que funcionan sin justificación, sin fundamento en el Estado de derecho. Esto crea una tensión, obviamente siempre negociable a través de los conflictos, con las estructuras jurídicas y con el sistema financiero del capitalismo. El fundamento de esta dimensión cooperativa es aquello que, si quisiéramos expresarlo como universalidad del signifiante vacío, podríamos llamar el *común*. Pero el común no es más que un nombre, el nombre de una potencia productiva acumulada y singularizada históricamente, de un conjunto no unificado precisamente porque está hecho de singularidades. En este sentido, es necesario

recordar la idea de una singularidad nunca reducible al Uno, entendido como fundamento cardinal de aquella. Y en esa medida es necesario pensar en los individuos como transindividuos; precisamente en la red se verifica este fenómeno decisivo de la transindividualidad.

Así, pues, en la teoría de Laclau y Mouffe hay una tensión entre el plano de la equivalencia y el plano de la diferencia, pero precisamente de ahí, de esa tensión, se puede recomenzar para fundar otro tipo de democracia, más allá de los límites del Estado de derecho, basada en las tensiones, en el campo tensorial entre común y singularidades. De esta suerte, no se trata aquí de una negación antagonista del Estado de derecho, sino más bien de una transición *sine die*, pero no por ello menos real y destructiva, hacia su más allá, huyendo así de los riesgos de recaer en las formas de dictadura del capital que se han vivido en la historia, tanto de tipo fascista como las llamadas socialistas. De una transición que solo podemos llamar *constituyente*.

Un nuevo Big Bang

Ese *más allá* hay que ir a buscarlo en la capacidad de pensar positivamente en el cambio que se ha expresado, al menos desde 2011, en el ciclo de nuevas insurrecciones democráticas. A partir de 2011 la capacidad de pensar positivamente en el cambio, es decir, de manera no voluntarista ni utópica, ha recobrado actualidad. Podemos decir que las condiciones para constituir radicalmente lo «Político» —y de constituir radicalmente el mundo— se han visto reinstauradas. De no haber sido así, es decir, si con el ciclo de 2011 no se hubiera vuelto a abrir esta posibilidad de cambio, nos encontraríamos sencillamente frente a una larga derrota, que se remonta al inicio del

periodo neoliberal y en la que los principales actores, las izquierdas, el movimiento obrero, las luchas sociales, se habrían limitado a perder cada vez más terreno.

Así, pues, hay que pensar en la actualidad del cambio no como un dato de esperanza, sino en términos de una *gran modificación*. En el caso de España, a cinco años de distancia del 15M, podemos decir que aquel acontecimiento no solo ha sido un relámpago de esperanza o de desesperación contra la masacre provocada por las políticas de austeridad, sino una verdadera forma de insurrección democrática y por lo tanto una nueva forma de construcción del espacio público. Todos los ejes vertebradores del espacio político europeo —izquierda-derecha; horizontalidad-verticalidad; Estado nación-Europa— se han visto redefinidos después de ese acontecimiento.

El acontecimiento 15M puede ser explicado en referencia a una serie de precedentes; en primer lugar, lo que Toni Negri llamó la «Comuna de Madrid»⁵², en realidad una pequeña y brevísima insurrección democrática, que destituyó al Partido Popular de Aznar tras los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid. En aquel caso, se trató de una primera forma de explosión multitudinaria contra el despotismo intolerable del Estado. Precisamente la indignación contra ese despotismo permitió expresar una nueva forma de contrapoder que, a su vez, creó subterráneamente las condiciones favorables para el 15M.

En la consideración de esta secuencia española, encontramos rasgos y características determinantes que se repiten en cada una de las experiencias y tentativas de

⁵² Sobre los enjambres del 13 de marzo de 2004, ver VV.AA., ¡*Pásalo! Relatos y análisis sobre el 11M y los días que le siguieron*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2004.

nueva insurrección democrática —pensemos en la *Nuit Debout* parisina—.

Así, pues, el 15M ha sido una especie de Big Bang, de origen de un universo político o —como conjeturan algunos cosmólogos— del multiverso o de los multiversos. A partir de una densidad extrema de materia política —las manifestaciones convocadas en más de cincuenta ciudades y pueblos el 15 de mayo, que en el caso de Madrid fue una gran manifestación y que dio paso a una Acampada que, recordemos, en su primera noche apenas contaba con cincuenta personas— se creó una enorme tensión gravitatoria política. En ese universo había turbulencias, fluctuaciones, una indignación que quería expresarse. Pero, sobre todo, había un vacío: el fracaso del gobierno de Zapatero había creado condiciones de protesta y de resistencia, pero nadie, ni los movimientos sociales estandarizados ni la izquierda socialdemócrata ni tampoco la oposición de Izquierda Unida habían sido capaces de articular una respuesta adecuada. Las fluctuaciones de ese vacío político crearon esa enorme gravedad, que a su vez produjo un Big Bang y un espacio tiempo completamente nuevo.

Dicho de otra manera, la forma del espacio y el tiempo político cambiaron radicalmente. ¿Qué significa esto? Que el sentido de lo posible, el sentido de la acción política y de la autonomía han cambiado radicalmente, no tanto como reaparición de una vieja identidad política, sino más bien como capacidad de hacer política en la red y de hacer políticas en las calles mediante una experiencia de constitución de nueva subjetividad.

Los rasgos de estos movimientos combinan de manera completamente nueva elementos heterogéneos, como por ejemplo las competencias y los *savoir-faire* laborales de los

activistas, que estaban presentes, pero, por así decirlo, aún no se habían activado, receptivos, pasivos ante el acontecimiento. El elemento absolutamente fundamental de estos movimientos es la politización de personas sin experiencia política o activista pero enormemente *indignadas*. Al mismo tiempo, la gran diferencia respecto a los movimientos reaccionarios es que, junto a esa indignación, a ese odio, hay una *alegría*. Una alegría que se expresa en el estar juntos en las plazas y en las redes sociales. Que se expresa en un *común*. Las redes sociales digitales, partiendo del territorio existencial de las plazas, hicieron posible la experiencia del otro, una experiencia de la confianza y de la potencia colectiva no mediada por representaciones, sino por afectos que viajan por las redes y las plazas. Cientos de miles de personas salieron de casa, del aislamiento, de la individualidad, y se echaron a las calles y las plazas, redescubriendo así al otro, el contacto, la resistencia y la fuerza de estar juntos contra la policía, que quería acabar con la ocupación de las plazas. En las plazas se repetía el grito de «no tenemos miedo», con la conciencia añadida y fundamental de que ya no quedaba mucho que perder.

Así, pues, este Big Bang abrió un universo nuevo que se determina también como hegemonía sobre la esfera pública y, por lo tanto, sobre la opinión pública y los medios de comunicación de masas. Éste es un elemento determinante y que tal vez nos puede ayudar a evaluar los problemas a los que ha tenido que enfrentarse la *Nuit Debout*. Cuando los medios de comunicación de masas bloquean la capacidad hegemónica del movimiento es porque están en condiciones de hacerlo. Cuando hablamos de las grandes cadenas y los grupos mediáticos, el problema que se plantea no es el de su voluntad de bloquear la expansión de un acontecimiento o de un proceso. El

problema es si son capaces de hacerlo. En el caso del 15M, el movimiento conquistó las redes sociales, y éste fue el factor absolutamente fundamental. Hoy los medios de comunicación de masas hablan de las redes sociales, hablan de Facebook o Twitter porque están obligados a hacerlo, desde el momento en que las redes sociales constituyen una anticipación respecto a lo que está sucediendo, son una anticipación del acontecimiento y de la actualidad. En el caso específico del 15M, esta persecución de la actualidad por parte de los medios forma parte de una dinámica completamente capitalista, pero dotada de un cierto carácter paradójico. Los medios de comunicación de masas no pueden dejar de hablar de estos acontecimientos porque hablar de ellos y referirlos crea público y, por lo tanto, atención, *share*, dinero. Dentro de un mercado como el de los grupos mediáticos, dominados por los partidos y las corporaciones, se crea así esta paradoja que los empuja a hablar de aquello que, sin embargo, no pueden dominar o controlar del todo. En el caso español, todo intento de recurrir a las divisiones entre violentos y no violentos, entre movimientos activistas y gente normal, fracasó precisamente porque esas narraciones chocaban contra la realidad física y afectiva de las plazas y las redes, que se encargaban de destruir en tiempo útil todas las tentativas de neutralización⁵³.

Redefinir lo «Político»

Para comprender este universo hay que recordar algunas nociones fundamentales: la primera es la de *tecnopolítica*, entendida como algo diferente de la estimulación

⁵³ Sobre la tecnopolítica del 15M, ver Javier Toret Medina (coord.) *Tecnopolítica y 15M: La potencia de las multitudes conectadas. Un estudio sobre la gestión y explosión del 15M*, Barcelona: UOC 2015.

pavloviana de los cerebros mediante imágenes, sonidos, etc. Por tecnopolítica ha de entenderse algo que consiste en producir subjetividad y, por lo tanto, acción colectiva y organización mediante una infraestructura tecnomaquímica que permite que flujos de enunciación y de afecto sean producidos y recibidos, y que modifican, a través de un proceso de comunicación y distribución recursiva, la subjetividad, tanto colectiva como individual. De esta suerte, la tecnopolítica es una capacidad de redescubrir lo colectivo de una manera distinta y que permite organizarse a las singularidades a partir de su singularidad misma; y que opera de tal suerte que los individuos puedan activarse —o desactivarse— de manera eficaz.

La centralidad de las redes sociales nos ha llevado a caracterizar estas revueltas como insurrección de una nueva figura del sujeto democrático que pertenece, por así decirlo, a la tradición maldita de un poder constituyente siempre derrotado, pero que siempre resurge con formas nuevas. Cuando hablamos de multitud en referencia a las redes sociales no hablamos de una multitud abstracta; Laclau y Mouffe hablarían de una nominación del sujeto popular, que es creado como sujeto popular precisamente a través de esta nominación, mediante una cadena de equivalencias. Antes bien, hablamos de una creación inmanente, en la que la multitud emerge como expresión de una figura de multiplicidad que nos remite a lo que Marx llamó el *general intellect*⁵⁴, a saber, a una capacidad de expresar poder y al mismo tiempo democracia, y de hacerlo sin recaer en la tradición de la soberanía. Dicho

⁵⁴ Ver el fragmento sobre las máquinas en Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858*, traducción de Pedro Scarón, Madrid: Siglo XXI 1972 [1857-1858], 216-235.

de otra manera, planteando lo múltiple en tanto que múltiple y atendiendo a la condición material, ontológica, del sujeto. Precisamente las luchas del trabajo vivo han llevado a que se determinase históricamente una reapropiación del capital fijo y a que ese capital fijo funcione conforme a una interfaz entre máquinas —máquinas informáticas— y cuerpos, entre máquinas y cerebros. Precisamente esa interfaz de una multiplicidad hecha de máquinas y cerebros —cuerpos— hace que el acto de expresión democrática sea un acto de transformación, una especie de expresión de excedencia: excedencia de tensiones, tensiones de valor, pero también excedencia respecto al individuo entendido como un sujeto último de imputación. Como es obvio, esto no significa que lo que se presenta como necesidad de conservación —la *rule of law*, el Estado de derecho entendido como elemento garantista de las libertades, los *checks and balances*— sea eliminado. Lo que significa es que el elemento determinante son los derechos de/a la singularidad que dejan de contraponerse al elemento de la generalidad, toda vez que ésta deja de ser la que presupone la democracia constitucional de la propiedad —estatal y capitalista—, sino que la generalidad es la que las singularidades presuponen y construyen, institucional y productivamente, como *común*.

De esta suerte, lo «político» se ve redefinido radicalmente, así como la necesidad de que la izquierda existente tenga que inter-mediar estos impulsos, porque este hacer conjunto, este hacer en común, no tiene ninguna necesidad de un aparato de representación —política y teatral—. Pero sí necesita atacar y radicalizarse para desmontar la máquina de la representación que, a través de las políticas de austeridad está llevando a cabo la anulación de la democracia.

Por eso este Big Bang ha creado un universo que ha rechazado la tristeza y la desesperación. Se trata ahora de seguir este nuevo espacio tiempo en su evolución. Los problemas que se han planteado en el desarrollo del movimiento son sumamente prácticos: después del periodo de las acampadas, ha habido dos años de luchas masivas de enorme radicalidad, en absoluta continuidad con el acontecimiento del 15M. Pero desde el principio aquellas luchas se toparon con un bloqueo: las elecciones, y la constatación del hecho de que el sistema de partidos no está dispuesto a tirar la toalla y a ceder el paso al cambio. En un momento dado de su desarrollo, el problema que estas luchas han tenido que plantearse ha sido el de forzar los mecanismos de la representación al objeto de desmontarlos.

Continuando con la metáfora cosmológica, podríamos decir que después de la «sopa cósmica» se crearon las primeras partículas. De las acampadas y las plazas, que duraron unos cinco meses, se pasó a las *mareas*, es decir, a la territorialización de estas formas sobre las cuestiones de los servicios públicos fundamentales, en defensa de la sanidad y la escuela públicas contra la devastación de los recortes ejecutados por el gobierno Rajoy⁵⁵. La territorialización y el desarrollo del movimiento se planteó de una manera adecuada a aquella mutación de universo: ya no la forma tradicional de la alianza, con los sindicatos de categoría delante y los consumidores, los usuarios, detrás: sino la coalición de todos aquellos que cooperan en la producción de ese servicio o de esa relación, experimentando una forma *consejista* y/o de *red*. Desde este

⁵⁵ Sobre estos desarrollos ver Juan Luis Sánchez, *Las diez mareas del cambio. Claves para comprender los nuevos discursos sociales*, Madrid: Roca 2013.

punto de vista, nos vemos ante la determinación de lo público como institución del común y como matriz del común, producida por todos. En el caso de las mareas de la escuela pública, se crearon asambleas que reunieron a trabajador*s, familias y alumnas/os. Otro tanto, con menor intensidad, sucedió en la sanidad pública, sobre todo en Madrid y Cataluña. Esto significó una capacidad de traducción y un avance en la definición de los objetivos y de los adversarios. Sin embargo, el movimiento chocó —hay que insistir en este factor— con el problema del poder y de la soberanía, con el hecho de que en un contexto democrático quien gana las elecciones gobierna, pero no es capaz de romper con el régimen dictatorial de la austeridad neoliberal.

A esto hay que sumar la responsabilidad de la izquierda mayoritaria, incapaz de impugnar ese dispositivo, mientras prefiere gestionarlo o alimentarlo. Como sabemos, el partido socialista de Zapatero se suicidó en mayo de 2010 precisamente porque no fue capaz de impugnar, en los planos europeo y nacional, el *deus ex machina* de la austeridad. De esta suerte, dos años después del 15M se presentó el problema de la continuidad de las luchas y de la organización, pero falta un instrumento político adecuado. Tras diversos intentos fallidos —frentes de izquierdas, el Partido X, y otros—, Podemos fue la forma que ganó la partida, por méritos propios, sirviéndose, por así decirlo, de algo «viejo» como la personalidad televisiva, pero construyendo y aprovechando el sistema red creado por el 15M. Podemos ha creado un instrumento para responder a la demanda creada tras el Big Bang, presentándose como una especie de oferta de «contrato de obra» para ganar las elecciones y «romper el candado del 78». En este sentido, ha sido un experimento muy

distinto respecto a la lógica tradicional de la izquierda y a su relación con lo político y con la soberanía. Ni que decir tiene que hay mucho que discutir, como he hecho en otros lugares, la definición más o menos populista de Podemos, pero más allá de esto hay que considerar a Podemos como un instrumento que se propuso para romper el bloqueo descrito más arriba.

Otro elemento importante, en lo que atañe a los instrumentos políticos y a las formas de territorialización de la propuesta de ruptura del bloqueo, ha sido la decisión de emprender el asalto institucional a los ayuntamientos, a los municipios. Esta declinación municipalista ha de leerse como una territorialización de las instancias de autogestión y de autogobierno del común, maduras en la lucha por la defensa de los servicios públicos y por la reapropiación del espacio público. En este sentido, hace más de un año ha habido victorias importantes del municipalismo, que han de ser consideradas como primeras determinaciones del cambio político, que en muchos casos han partido en su génesis del método 15M o, como en el caso de Madrid, del método Ganemos⁵⁶. Un método que se basa justamente en la organización de este sistema *deus ex machina* red: un conjunto de asambleas y de grupos que trabajan en común, que se coordinan y se territorializan en los barrios; y que, de manera democrática —en este caso a través de primarias— eligen a las y los candidatos para hacer con los consejos municipales de pueblos y ciudades, con la capacidad de estar a la altura de las paradojas de la

⁵⁶ Sobre la radicalidad democrática del llamado «método Ganemos», ver Montserrat Galcerán, «El “método Ganemos” o aprendiendo a hacer política en común», junio de 2015, <https://www.diagonalperiodico.net/la-plaza/27036-metodo-ganemos-o-aprendiendo-hacer-politica-comun.html/>.

relación entre *social media* y *big media*. Pensemos en los ejemplos de Ada Colau y Manuela Carmena, alcaldesas de Barcelona y Madrid: fue necesario dotarse de una máscara, de un símbolo y de una personalidad que pase los filtros del *big media* para afectar de manera nueva las almas y crear un puente entre estos dos universos, el mundo de la vulgaridad televisiva y el mundo de la mutación sistémica.

A pesar de estos elementos de gran innovación, tenemos que ser conscientes de que permaneciendo en los espacios políticos nacionales-estatales estamos condenados a la ineficacia de la propia acción política antisistémica. Si entendemos la austeridad en la UE como lo que es, una suerte de golpe encaminado a redefinir el gobierno de todo el territorio europeo con arreglo al poder de mando financiero y monetario, es fácil discernir la debilidad de toda hipótesis de cambio basado en la escala nacional. Dicho de otra manera, es necesario no dejarse atrapar en los límites de un espacio político de *falsa* soberanía. A través de un procedimiento democrático tradicional de pugna por la soberanía del Estado no hay posibilidad alguna de cambio real. El problema crucial que se plantea aquí es un problema de potencia, no de *potestas*. Europa existe más allá de la austeridad: existe como división regional del trabajo y como circulación de la fuerza de trabajo; existe como transformación coordinada de cada uno de los sistemas productivos de la UE; existe como red de infraestructuras de comunicación, energía, transporte y logística; existe como tejido de interdependencias relativamente irreversibles. Si la soberanía es algo distinto de la mera demostración de un poder que es capaz de aplastar a sus ciudadanos/súbditos, si la entendemos como algo distinto de ese rostro aterrador y hobbesiano del poder del Estado, es decir, como una *convención* para expresar la

potencia de la multitud, entonces debemos pensarla como «soberanía europa». ¿Pero entonces, qué es esa soberanía, si no queremos un nuevo monarca europeo, una forma monárquica que, con razón, Jean Bodin señalaba como corazón de la soberanía también republicana? Éste es el problema que se plantea hoy. Sin embargo, solo a partir de la capacidad de asaltar el espacio político europeo, simbólica y físicamente, con luchas basadas en el sistema red o formas de movimiento equipolentes, encontraremos respuesta a este problema. De lo contrario, sobre todo en los países del sur europeo, nos encontraremos en una situación como la griega, donde se ha comprobado que la soberanía nacional —y el mandato popular— no tiene mucho que hacer en una relación de fuerzas con la red de poder de mando de las finanzas europeas y las máquinas interestatales y gubernamentales a su servicio.

Para terminar, resulta evidente que aún son necesarios muchos *big bangs*, sabiendo que la posibilidad de crear estos nuevos universos está siempre presente, porque está inscrita en la materialidad de las mutaciones del trabajo, de la subjetividad y de las redes —sociales y digitales—.

Sin embargo, tenemos que partir siempre del hecho de que hoy la soberanía es una ilusión. También en su versión de «soberanía popular». En el plano europeo, tan solo cabe pensar en contrapoderes concatenados con otros contrapoderes. Incluso un poder de gobierno nacional ha de entenderse como un contrapoder; una red de municipios es a su vez un contrapoder; una red de movimientos autónomos es un contrapoder; la propia capacidad tecnopolítica de las redes sociales europeas es un contrapoder. La capacidad de verticalizar estos contrapoderes de abajo arriba ha de entenderse como la capacidad de orientarlos para derrotar a la austeridad y los monstruos

que está creando. El nuevo fascismo y el nacional populismo se ponen contra l*s subaltern*s en Europa, creando un imaginario de guerra civil y civilizadora. Contra estas desfiguraciones, pero también más allá de una izquierda que solo conoce la derrota, es necesario plantear hoy el desafío de lo absoluto de la democracia y de la multitud de los cuerpos máquina.

RAJOYNATO, MUNICIPALISMOS, SISTEMA DE CONTRAPODERES

Vivimos en el *rajoynato*. Desde 2012 Mariano Rajoy ha conseguido validarse como la opción menos mala para la supervivencia de la constitución material del régimen del 78. No le han faltado pruebas de fuego: la corrupción sistémica de su partido; la crisis de la deuda pública de julio de 2012, salvada *in extremis* por la intervención de Mario Draghi; el desafío del soberanismo en Cataluña, que este otoño lanza su último envite; el mayor ciclo de protestas y movilizaciones de los últimos 40 años que dio comienzo con el 15M; al mismo tiempo, mantiene unido a su partido a pesar de las tentativas de romperlo o de imprimirle un giro aún más derechista y contrarrevolucionario por obra de los Aznar, Aguirre y los ex combatientes del periodo ETA; y, por último, la emergencia de una alternativa institucional al vigente sistema de partidos y de formación de la voluntad política —el nexo partidos-IBEX35, para simplificar⁵⁷— de la mano de Podemos y de las confluencias municipalistas a lo largo y ancho del Reino de España. Cuando escribimos este texto, en agosto de 2017, las suertes del gobierno de Rajoy parecen ser oscuras ante el irresistible ascenso del PSOE de Pedro Sánchez. Sin embargo, la partida no está ni mucho menos cerrada, y trataremos aquí de explicar por qué.

⁵⁷ Ver Rubén Juste, *IBEX 35. Una historia herética del poder en España*, Madrid: Capitán Swing 2017.

Sobre las características del *rajoynato*, contingencia y necesidad

Si hablamos de *rajoynato* lo hacemos para señalar, en primer lugar, que se trata de una solución provisional que solo puede entenderse unida a la persona del actual presidente del gobierno; y, en segundo lugar, que se trata de una solución de excepción. En este sentido, el *rajoynato* es la forma específica del estado de excepción de intensidad variable que rige en todo el planeta. Tal estado de excepción rige en particular en la Unión europea, desde que la crisis del modo de acumulación financiera puso fin a la hegemonía del extremo centro neoliberal en prácticamente todos los países miembros de la UE, con la excepción de Alemania y el frágil *retour à la normale* de la Francia de Macron. En efecto, no entenderemos la persistencia del *rajoynato*, ni las claves de su posible desestructuración y desestabilización, fuera de una mirada que adopte el sistema europeo como base del análisis.

Sin embargo, no cabe hacerse ilusiones. Tras el desconcierto inicial de las élites europeas ante la profundidad y la virulencia de la crisis del modelo de acumulación financiera, el futuro inmediato de la democracia liberal se juega en torno a distintas variantes del «pluralismo político limitado». Esto quiere decir que el cursor político se está desplazando hacia la derecha sin dejar de apuntar en sentido «de arriba abajo». Lo que se está configurando en los países de la Unión es una tentativa de *containment* de las amenazas antisistémicas. La principal diferencia respecto a la doctrina del *containment* elaborada por George F. Kennan es que la principal amenaza para las democracias liberales oligárquicas no es un sistema de Estados socialista, sino un conjunto abigarrado de procesos de ruptura, de disolución y destitución que no pueden quedar comprendidos en una

sola entidad hostil cual fuera el «comunismo» o, en los últimos 40 años, el «terrorismo». Las diferencias entre la amenaza antisistémica que expresan las revueltas y levantamientos antioligárquicos de 2011 respecto a la amenaza que expresan las fuerzas del «fascismo blanco»⁵⁸ europeo son manifiestas y no merecen aquí mayor comentario.

Pero la ceguera de los comentaristas políticos de la democracia neoliberal se expresa en su generalización del uso del término «populismo» para englobar todos estos fenómenos. De esta suerte, el «momento populista» adolece *ab ovo* de esa heteronomía y/o heteronominación en los contextos europeos. Decirse «populista» es ya en la práctica defensivo y no ofensivo, hasta tal punto que con el tiempo uno puede acabar como Íñigo Errejón, diciéndole al PSOE aquello de: «¿*Qué es populismo? ¿Y tú me lo preguntas? Populismo eres tú*». Ningún momento populista ha tenido relevancia alguna en la historia política europea, ni, como estamos comprobando, habrá de tenerla en los próximos años. De hecho, el espantajo del «populismo» está siendo utilizado con relativa eficacia por las élites neoliberales del subsistema europeo, a pesar de o tal vez gracias a Donald Trump.

La larga historia del «sistema político de pluralismo limitado»

La experiencia de la República de Weimar fue una fuente de aprendizaje para el pensamiento antidemocrático español de los años 30 y 40⁵⁹. La obra académica y política

⁵⁸ Usamos esta definición, producto de una discusión en curso con Antonio Negri, como una manera provisional de denominar a las nuevas fuerzas de la derecha racista e islamófoba europea.

⁵⁹ En este párrafo me apoyo en los distintos trabajos al respecto de Gregorio Morán, Carles Sirera y Emmanuel Rodríguez, entre otros.

de Francisco Javier Conde y de su discípulo Juan José Linz está atravesada profundamente por la enseñanza del catolicismo fascista de Carl Schmitt y su teoría del Estado y de la norma política y jurídica. No en vano, Carl Schmitt es el pensador de la guerra civil como fundamento de lo político. Y fue la «Gloriosa cruzada» del 18 de julio de 1936 el elemento existencial fundante de toda norma surgida del franquismo, incluida nuestra forma del Estado y en buena medida nuestra constitución vigente. Tal vez entendamos mejor este marco variable de la estrategia de dominio político de clase —variable pero al mismo tiempo isomorfo en un sentido estructural y funcional— si planteamos que la solución fascista y exterminista que da la victoria al franquismo determina una acumulación primitiva de poder de mando, y que esa acumulación permite abordar el problema de las clases populares, el desarrollo capitalista y las compatibilidades del régimen franquista con el subsistema europeo occidental con una capacidad de maniobra extraordinaria. Del «Estado campamental» —que corresponde al ejercicio del caudillaje— al sistema político de «pluralismo político limitado» —una monarquía «vacante» según las Leyes fundamentales de 1947— tiene lugar un despliegue estratégico innegable, que solo puede comprenderse remitiendo al contexto de sobredeterminación anticomunista bajo hegemonía estadounidense, que produce un nuevo enfoque de las relaciones entre democracias constitucionales liberales y dictaduras anticomunistas. La continuidad del régimen franquista, esto es, la unidad política existencial amenazada por el movimiento obrero y el movimiento comunista internacional, solo podía garantizarse con arreglo a un esquema dinámico de desarrollo capitalista controlado, donde los agonismos

internos del régimen franquista permiten definir un «pluralismo político limitado» y donde las economías de escala fordistas definen el horizonte de «modernización» en torno al cual se crea el proyecto estratégico de la «sociedad de clases medias». Paz, seguridad, modernización, ascenso social se tornan un proyecto viable en los márgenes políticos e industriales del proceso de integración europea⁶⁰. El anticomunismo inherente al «sistema de pluralismo político limitado» vive en el régimen franquista tardío como alternativa interna del «Estado del desarrollo» o del «Estado plan» del fordismo avanzado. La gran prueba de fuego de esta estrategia sobredeterminada vendrá con la desaparición física de Franco y el inevitable cambio en la forma del Estado.

Hoy, la paradoja es que, tras los efectos de la dictadura comisaria en la UE, vivimos ya en una república de facto bastante *sui generis*. Presidencialista y ejecutiva, provisional *sine die*. La dictadura comisaria en vigor en la UE impone que las mayorías parlamentarias respondan a la verticalización y ejecutivización de las decisiones. En este marco, si es preciso romper un partido que es un pilar del régimen, como el PSOE, no se ha de vacilar en hacerlo. Desde 2012 no hay una verdadera jefatura del Estado conforme a la Constitución de 1978, porque falta el *imperium* y apenas queda una brizna de *auctoritas*. La república regente de Rajoy anula la división constitucional de poderes y el papel de la Jefatura del Estado porque se coloca como suplementación del poder constituido y al mismo tiempo, por su carácter de solución excepcional,

⁶⁰ En este sentido, las resonancias entre la retórica de la gran conmemoración franquista de los «25 años de Paz» en 1964 y el discurso de seguridad y estabilidad en tiempo de zozobra que emite el *rajoyato* no pueden pasarse por alto.

no puede formular ni operar ninguna actuación en la que entren en juego las fuentes del poder constituyente, salvo aquellas, jibarizadas, del parlamento salido del sufragio, pero no en tanto que poder legislativo y de control, sino como cámara consultiva. De este modo, lentamente, el 15M habrá asestado el golpe decisivo a la Segunda restauración borbónica, abriendo el tiempo de la república presidencialista vacante en la que vivimos.

Sin caer en las comparaciones estrambóticas que amalgaman a Rajoy con un discípulo de Sun Tzu, lo cierto es que Rajoy presenta las cualidades que exige la fase actual de la crisis civilizatoria del capitalismo. Si Nikolai Bujarin veía en las teorías de Böhm-Bawerk, supuesto refutador de la teoría del valor marxiana, una «economía política del rentista»⁶¹, hoy cabe decir que Mariano Rajoy es el político adecuado para la gestión del *tour de force* del bloque de poder financiero y rentista que domina la Unión Europea. Mariano Rajoy actúa administrando y esperando, como se espera la renta y se teme su retraso o su merma. En una situación como la española y en una coyuntura como la europea-global, Rajoy sabe que los axiomas de la continuidad del Estado y de los intereses que tiene bajo su potestad garantizan, con el rigor de los vencimientos, su posición de única opción viable en la jefatura del Estado y en el cargo de primer ministro de la república regente de la renta parasitaria. La forma del futuro en Rajoy es la del vencimiento.

Renta y por ende procura de la seguridad. Renta y, por lo tanto, cálculo actuarial de los riesgos. Rajoy regenta una empresa de seguros, que es a lo que más se asemejan

⁶¹ Nicolai Bujarin, *La economía política del rentista. (Crítica de la economía marginalista)*, traducción de María Braun y León Mames, Córdoba/Buenos Aires: Ediciones Pasado y Presente 1974 [1927].

las estructuras estatales con pretensión nacional en la actualidad. Si extendemos el comportamiento criminal de las instituciones financieras al conjunto del sistema de partidos, cabe decir que el *rajoynato* vende seguridad, plazo fijo para el conjunto de perceptores de rentas del Estado, de pensionistas a funcionarios a parados de larga duración, mientras que garantiza la salvación para todos los perceptores de renta variable vinculados a las instituciones financieras. Para el resto, Rajoy vende «acciones preferentes», hipotecas *subprime*, todo tipo de productos tóxicos gubernamentales. El «sentido común» vinculado y promovido hasta la saciedad por el *rajoynato* consiste en lo siguiente: solo la obediencia política produce renta y/o supervivencia. Quienes pretenden terminar con el régimen podrían terminar a su vez con la jerarquía de las rentas garantizadas de obediencia política. A quienes aducen, como en nuestro caso entre muchos miles, que un régimen político de crecimiento basado en la renta parasitaria y en la destrucción de fuerza productiva y de los potenciales ecológicos es inviable y ha de terminar estallando, con consecuencias gravísimas para la mayoría y para la cohesión social y territorial, el *rajoynato* replica con la hoja de servicios desde 2012 hasta hoy: un país mutilado y sin otro futuro que el de un persistir vegetativo, pero que si no hubiera respetado la regla de la obediencia al poder de mando financiero europeo y a sus jerarquías de la renta, estaría en camino de su propia desaparición histórica y política, o probablemente habría abandonado la senda constitucional, con consecuencias sociales inimaginables.

De esta suerte, para entender la relativa estabilidad del *rajoynato* tenemos que entender la transacción de expectativas sociales y políticas en las que se basa: el

miedo que promueve activamente es un miedo basado en la gubernamentalidad neoliberal, no en el recurso posible a la violencia del Estado. Se trata de que individuos, familias, entidades colectivas, introyecten ese cálculo de riesgos, en el que la identificación con el tronco histórico de la forma Estado española por parte del *rajoynato* sirve de título de garantía de una mediación contra un peligro sistémico que es entendido como riesgo ambiental, desgarnecimiento, precariedad ontológica generalizada. La forma misma de la «estabilidad» en la que se basa el *rajoynato* —la garantía de las rentas y de su jerarquía parasitaria mediante el desarrollo y la promoción estatal de las sucesivas burbujas inmobiliarias, de obra pública y del capitalismo de plataformas— contiene la certeza de la recesión, pero no como un riesgo mortal, sino como un estado específico con el que ha de medirse el sistema de pluralismo político limitado. Aquí reside la gran diferencia respecto al periodo del franquismo tardío y del régimen de pluralismo consolidado por la constitución de 1978 o, si se quiere, por la Segunda restauración borbónica. Ni en el Reino de España ni en el conjunto de la UE cabe hablar hoy de un sistema de Estados del desarrollo, sino de una completa financiarización de las fuentes de poder de los Estados —y, en esa medida, de una redefinición radical de su supuesta soberanía—, donde estos funcionan como «Estados de (in)seguridad»⁶².

Cabe preguntarse qué habrían hecho hoy los cerebros politológicos de la transición, de Conde a Linz. ¿Es el *rajoynato* un régimen autoritario de pluralismo limitado,

⁶² Ver Isabell Lorey, *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, traducción de Raúl Sánchez Cedillo, Madrid: Traficantes de Sueños, 2016 [2012].

o más bien es esa la tendencia a la que apunta la triple alianza aún en vigor, a pesar de Pedro Sánchez?

Recordemos también que, en ciertos pasajes, Gramsci considera que la «forma» misma de la democracia en su versión democrático liberal de Estado de derecho, es la hegemonía política de la clase burguesa en cuanto tal.

Rajoy persiste porque mide los choques según la ocasión propicia y porque es capaz de conocer a los adversarios a partir de sus fechas o motivos de vencimiento, de su proceder en el tiempo del proceso político normal. Las inyecciones de liquidez y solvencia del Banco Central Europeo (BCE); la reforma laboral de febrero de 2012; el comisariamiento fiscal de las instituciones públicas por obra de la llamada Ley Montoro; la acción concertada de transferencia de rentas populares hacia el sistema del IBEX 35 aseguran las bases del reinicio del proceso de la burbuja, en las condiciones de una grave inseguridad social para las clases subalternas y empobrecidas. La definición y el control relativo de esa temporalidad ha sido la mejor garantía de domesticación de la alternativa antisistémica que, al menos hasta las elecciones del 26 de junio de 2016, podían expresar Podemos y las confluencias.

No obstante, la gran vulnerabilidad de Rajoy está en las des-coyunturas, en los puntos de inflexión, donde opta por la mínima acción y por la acción vicaria, tal y como acostumbra, a sabiendas que nada, salvo su ausencia de obra, está en sus manos. Pero en tales momentos se exige tanta inacción como intervención decisiva, se exige acción y representación soberana de la misma. Tal era la coyuntura del primer semestre de su gobierno, y solo Draghi con su intervención decisiva vino a modificarla desde su despacho de Francfort. El *rajoy* entra en crisis cuando las protestas y sus capacidades de afectar y ser

afectadas salen de los circuitos de neutralización política parlamentaria y mediática y construyen un sistema red de contagio, enunciación, deliberación, desobediencia. Las grandes conmociones de la opinión pública son un veneno corrosivo para la lógica actuarial del *rajoynato*, incapaz de prever los acontecimientos, de medir su importancia y extensión, de establecer gradientes de seguridad-miedo en condiciones de neutralizar y desactivar los grandes procesos de contagio y subjetivación colectiva asociados a todo sistema red de protestas. Tal es el plano hojaldrado de un sistema de contrapoderes, en cuyas consistencia y persistencia la radicalidad democrática, la autonomía y la condición distribuida inherente a los municipalismos cobran un papel decisivo, que estaba ausente en el 15M.

El atolladero estratégico tras el final de la hipótesis populista. Las paradojas de la autonomía de lo político

En el momento en que escribimos, pagamos la cuenta de las irreversibilidades: de una manera u otra, con entusiasmo o con canastos de reservas, le hemos entregado la capacidad política a Podemos, a los gobiernos municipales, a una leva de representantes, asesor*s, liberad*s, creciente en número y crecientemente cansada, desorientada e impolítica. Y, aunque es ley de vida en todo ciclo de neutralización o restauración, todavía al margen de los circuitos de corrupción y expolio de rentas.

La «máquina de guerra mediático-electoral», que había sido el as en la manga de la mayoría de los dirigentes y fundadores de Podemos para establecer el modelo de partido-empresa en el Congreso fundacional de Vista Alegre en noviembre de 2014, ha venido

a enfangarse en la viscosidad del tiempo financiero y fiscal del *rajoynato*.

Hoy se plantea a todas luces el problema de cómo salir de la trampa, del *trade-off* entre conservación del poder institucional y movilización no controlada en el que se ha dejado atrapar Podemos y buena parte del municipalismo. La enfermedad, que ya conoce casos terminales, se conoce popularmente como «gubernismo».

Sin la energía negativa del espacio político que se creó entre 2009 y 2010 la probabilidad de un 15M habría sido muy escasa. Y sin la consistencia expansiva y destituyente del 15M el sistema de partidos e instituciones de la Segunda restauración habría permanecido casi intacto. Como ha recordado recientemente Isidro López, en un comentario personal en redes sociales, si en vez de un sistema red abierto y autopoietico, indigerible por el sistema vigente, las fuerzas del 15M se hubieran empleado en armar un artefacto político electoral inmediato, el *tiempo constituyente* de la sociedad de las luchas se habría visto truncado, facilitando no solo la recuperación por parte del sistema de partidos y medios, sino también y sobre todo malogrando la vacuna contra las variantes de la guerra entre subaltern*s y de fascistización de las clases medias en descomposición.

El proyecto de autonomía de lo político que promueve Podemos ha entrado en una fase regresiva, quién sabe si terminal. Esto se entiende mejor si decimos que, cuando surgió, Podemos podía aspirar a resolver algunos de los problemas que estaban bloqueando el proceso constituyente de otra sociedad desde su *big bang* en el 15M: en primer lugar, el problema de expulsar del gobierno central a las élites políticas de la austeridad y el expolio financiero —simplificando, el «PPSOE» y sus variantes

catalanas—; gobernar deshaciendo los agravios o restituyendo los derechos y conquistas destruidas; y, por último pero no obstante lo principal, gobernar las libertades, esto es, desarrollar una gubernamentalidad que no es pasiva ni activa, sino estratégica respecto a las tensiones, las demandas, las constricciones y sobre todo los contrapoderes en el espacio tiempo político. Esto quiere decir gobernar desde la conciencia estratégica de los límites y las servidumbres del «gobierno del Estado», es decir, adoptar una modalidad «perversa» de la gubernamentalidad neoliberal. Esta alberga potencialidades de las que carecen, en el marco geopolítico europeo, las ilusiones musculares del «gobierno fuerte» tan caras a lo nacional-popular en sus distintas variantes, así como las aspiraciones de «alma bella» que quieren un gobierno que no gobierne, que deje hacer o se subordine a los mandatos desde abajo de la ciudadanía, los «organismos de gobierno popular» si existieran o incluso los «contrapoderes» entendidos como grupos de presión social organizada. En tanto que perversa, esta gubernamentalidad es capaz de actuar sobre las acciones posibles de los otros, a partir de un diagrama de agonismos y antagonismos políticos y sociales de la formación social española y europea. Esta gubernamentalidad perversa no aspira, con sus acciones estratégicas, a gobernar los desequilibrios sociales sino a preparar las condiciones más favorables para los procesos constituyentes que recorren la sociedad. Ni activo ni pasivo, sino estratégico. Cabe concebir de esta manera el «menos malo» de los gobiernos posibles.

No cuesta pensar que un gobierno de Podemos y las confluencias habría podido abordar con cierto éxito los dos primeros problemas. Nada lleva a pensar, sin embargo, que, en el caso de Podemos —y muchísimo menos en el

caso de IU o de las tentativas de «partido orgánico» en curso— se conceda la menor relevancia o estudio al tercer problema. Lo mismo puede aplicarse, a nuestro entender, a experiencias organizativas de «notables» como Barcelona en Comú, hoy centro del «partido orgánico» catalán con el nombre de Catalunya en Comú.

Ecología abierta de contrapoderes en red. Municipalismos, pluralismo institucional, procesos constituyentes y fijación constitucional

Cuando no se ven las ventajas comparativas de acometer una reforma o una revolución, porque el adversario no termina de pudrirse y dividirse y los interesados en la revolución no parecen ni suficientes ni lo bastante resueltos, entonces conviene centrarse en construir en las luchas las instituciones de contrapoder. Solo las instituciones de contrapoder permiten estar en condiciones de hacer de la revolución una reforma radical y de la reforma radical una revolución profunda.

Parafraseando a Artaud, tenemos una tarea: *en finir avec la topologie conventionnelle*: no solo izquierda/derecha, también abajo/arriba. Es necesario romper con las dicotomías entre horizontalidad y verticalidad. Ahora bien, ¿cómo hacerlo? En nuestro caso, cuando hablamos de verticalización de los contrapoderes, ¿en qué se distingue ello de «jugar» en el terreno de la autonomía de lo político? Sin duda tenemos que introducir la noción de un operador de transformación topológica que transforma el espacio tiempo y sus texturas en su proceso de constitución política y ontológica.

La noción de contrapoder dista mucho de ser clara. Mucho menos claro está que podamos utilizarla hoy como una noción operatoria en la coyuntura europea. Cuando, en relación al electoralismo de Podemos y otras fuerzas

—basado, no lo olvidemos, en la idea de que «hay que tomar el gobierno (o las funciones ejecutivas del Estado) para luego poder introducir políticas de cambio»— se introduce la objeción de que no puede haber cambios legislativos efectivos, ni actos de gobierno transformadores viables sin luchas populares, sin iniciativas desde abajo, sin «contrapoderes sociales», se trata de una objeción justa, que no hace mucho Pablo Iglesias recogía como enmienda de la narración unilateralmente electoral y mediática previa a las elecciones generales del 26J de 2016⁶³. En la enmienda de Pablo Iglesias, los contrapoderes forman parte del proceso de construcción del «bloque histórico» y de su «partido orgánico»⁶⁴. En este esquema, incomparablemente más realista que la fábula taumatúrgica del *Blitzkrieg* electoral, hecho de «transversalidad» y de las que se antojaban formidables cadenas equivalenciales, lo que se hace es devolver la problematización allí donde había quedado varada, a la crisis del eurocomunismo de finales de la década de 1970. No fueron Santiago Carrillo, con su indigesto *Eurocomunismo y Estado*⁶⁵, ni las piezas de Enrico Berlinguer al respecto

⁶³ Un comentario crítico de la discusión en Emmanuel Rodríguez, «El post-Podemos: contrapoder o “movimiento popular” a golpe de silbato», septiembre de 2016, <https://www.diagonalperiodico.net/la-plaza/31567-post-podemos-contrapoder-o-movimiento-popular-golpe-silbato.html/>.

⁶⁴ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel. Tomo 4*, traducción de Ana María Palos, Ciudad de México: Ediciones Era 1986 [1975], 135: «El pensamiento de Croce debe pues, por lo menos, ser apreciado como valor instrumental, y así puede decirse que ha atraído enérgicamente la atención sobre la importancia de los hechos de cultura y de pensamiento en el desarrollo de la historia, sobre la función de los grandes intelectuales en la vida orgánica de la sociedad civil y del Estado, sobre el momento de la hegemonía y del consenso como forma necesaria del bloque histórico concreto».

⁶⁵ Santiago Carrillo, *Eurocomunismo y Estado. El «eurocomunismo» como el modelo revolucionario idóneo en los países capitalistas desarrollados*, Ciudad de México: Grijalbo 1977.

—entre el golpe contra la Unidad Popular chilena del 11 de septiembre de 1973, el «compromiso histórico» y la gran derrota sindical y política del otoño de 1980 frente a la FIAT— los que contribuyeron a arrojar luz sobre este problema. Antes bien, debemos a los últimos trabajos de Nicos Poulantzas la exposición más adecuada del problema de la destitución, la ruptura y la «toma del poder». Aunque junto a la exposición del problema nos queden las aporías de la práctica, que tampoco el ciclo latinoamericano de los 2000 ha conseguido superar. Como sabemos, Poulantzas combina una crítica rigurosa de la concepción del Estado como objeto, instrumento, o sustancia —proponiendo en su lugar una concepción relacional y estratégica del Estado como condensación de relaciones de fuerzas entre clases, que su vez son cambiantes en la lucha— con el señalamiento de las aporías en las que incurren tanto la concepción socialdemócrata —y por añadidura eurocomunista— como las concepciones de la ruptura revolucionaria mediante la resolución favorable de la situación de «doble poder». Simplificando, para Poulantzas ambas concepciones son incapaces de pensar la articulación del Estado de derecho con las formas consejistas y de radicalidad democrática, apostando por unas en menoscabo de las otras⁶⁶. Aquí es donde una concepción débil, «alternativa» o «resistencialista» de los contrapoderes tampoco puede ayudarnos a pensar la situación actual. Los «contrapoderes», entendidos como

⁶⁶ Nicos Poulantzas, *Estado, poder y socialismo*, Ciudad de México: Siglo XXI 1987, 313 ss.: «Cómo emprender una transformación radical del Estado articulando la ampliación y la profundización de las instituciones de la democracia representativa y de las libertades —que fueron también una conquista de las masas populares— con el despliegue de las formas de democracia directa de base y el *enjambre* de los focos autogestionarios: aquí está el problema esencial de una vía democrática al socialismo y de un socialismo democrático» [la cursiva es nuestra].

dispositivos y organismos de lucha y decisión radicalmente democráticas —cuando lo son— no pueden aislar al Estado, ni desarrollarse «desentendiéndose» de este. En primer lugar, como hemos recordado, porque el Estado es solo una «forma», un «centro de gravedad desde el que se ejerce la dominación»⁶⁷ y en cuanto tal es móvil, flexible, relacional y estratégico. Y, en segundo lugar, porque si tales contrapoderes expresan intereses y proyectos de lucha de clases emancipatorios, podremos tener un campo distribuido y difuso de batallas, pero no podemos evitar la atracción del centro de gravedad estatal hacia una dualización.

Sin dejar de poder reconocerse en los esquemas de la modernidad y de sus antagonismos —antimodernidad— y alternativas de constitución —altermodernidad—, en la medida en que manejamos una idea materialista de poder tenemos que apuntar a los rasgos de novedad que todo poder histórico presenta. Si hablamos de contrapoder lo hacemos de contrapotencia, esto es, de un operador productivo y constitutivo.

Señalemos para empezar las operaciones críticas necesarias para trabajar estratégicamente con la noción de contrapoder:

A) *Inmanentización* del poder como relación. En este sentido, si el Estado es una forma en la que se condensan relaciones de fuerzas —de poder de mando— entre las clases, la forma Estado es inmanente respecto al campo social de los contrapoderes. Esa inmanencia es completa cuando la forma Estado, financiarizada, relativizada, interdependiente en las redes híbridas de poder global, está subsumida plenamente en ciclos de acumulación que son completamente políticos, es decir, ciclos cuya dinámica

⁶⁷ *Ibid.*

solo se explica a partir de una matriz de antagonismos globales de clases.

B) *Unilateralización*, donde mediante esta operación lo que tenemos ya no es el par, siempre asimétrico-transcendente, entre Poder y contrapoder(es) o Estado y resistencias: el Poder no es más que un concreto «plegado» de contrapoderes; el «gobierno» es un contrapoder; todo poder es una relación que presupone gradientes de potencia —de trabajo vivo— que se ejercen estratégicamente para construir poder de mando, dominio, subordinación, obediencia, consentimiento. Pero tales operaciones son completamente isomorfas: tan ejercicio de contrapoder son las maniobras financieras, fiscales y policiales del *rajoy nato* como, por ejemplo, lo son las iniciativas del independentismo catalán. Contrapoder(es) y/o contrapoder(es), uno(s) frente, con, contra otro(s). Ninguna transcendencia, sino solo, como escribe Spinoza, el hecho de que «los peces gozan, pues, del agua y los grandes se comen a los más pequeños»⁶⁸.

C) *Pluralización*; los contrapoderes son multiplicidades; consisten en distribuciones combinables, compo-sibles, ensamblables, pero siempre en dimensiones de multiplicidades fractales, de donde siempre tenemos un número fractal de contrapoderes, esto es, donde las distribuciones posibles no son reducibles a la unidad. Las relaciones fundamentales entre distintas distribuciones de contrapoderes son de antagonismo o de agonismo, y en el proceso real siempre tenemos distribuciones mixtas de comportamiento de antagonismo y agonismo entre distribuciones concretas de contrapoderes. Los procesos de inteligencia estratégica determinan centralizaciones,

⁶⁸ Spinoza, *Tratado teológico-político*, 331.

enjambres, dualizaciones, diseminaciones de los contrapoderes, pero solo en la cabeza de los teólogos de lo político encontramos la Unidad que no sea puramente táctica o estratégica, nunca sustancial o estructural, tanto en las distribuciones de forma Estado como en las concatenaciones de contrapoderes.

D) *Positivización*; estas características, que remiten a una positividad del contrapoder en cuanto tal, y a afirmar que el poder de mando —o todo Poder o Estado con mayúsculas— precisa ser un contrapoder como condición de su resultado eficaz, nos llevan a prescindir provisionalmente de las nociones del contrapoder entendido como función negativa, correctiva o equilibrante. Tal es el caso de las procedentes de la tradición liberal —las funciones constitucionales del contrapoder, entendido como *countervailing power*, *checks and balances*; la función de contrapoder en la división de poderes del Estado de derecho—; también de las de la tradición teológico política y iusnaturalista —el *ius resistentiae* que, por derecho natural, legitima el tiranicidio— y de la tradición socialista y comunista —tanto la dialéctica negativa del «contrapoder» à la Holloway como el doble poder bolchevique y leninista; pero tampoco nos encontramos en el horizonte inconcluyente y irresoluble de los «contrapoderes en la democracia de la influencia», tal y como los conciben François-Bernard Huyghe y Ludovic François—⁶⁹.

⁶⁹ Ver François-Bernard Huyghe y Ludovic François, *Contre-pouvoirs. De la société d'autorité à la démocratie d'influence*, París: Ellipses 2009, 24: «Un poder disperso, en redes, resultado de un equilibrio entre juegos de influencia. Un poder, en definitiva, cuya naturaleza no se revela nunca mejor que a través de su contrario absoluto: las nuevas formas de la protesta. Paradoja en la paradoja: esas fuerzas de protesta participan a su vez del poder —o del no poder— como elemento de críticas, de inspiración, de influencia a fin de cuentas».

Con tales consideraciones en mente, se presenta un problema que podríamos definir como el problema de la democracia del común en el juego de las dualidades. Lo teológico-político se presenta como un juego de dualidades insolubles salvo como mediación o *Aufhebung* recuperadora.

Lo político se encierra en la dualidad, y admite la terceridad como mediación o como transcendencia: desde el modelo de la Trinidad al de la separación de poderes. La ruptura con lo teológico político pasa por un tratamiento dividual de la numeración. De esta suerte, el tres no es la captura en la triangulación edípica o dialéctica, sino que es el desvío, la inmediatez de una serie $n-1$. Con el tres comienza la multiplicidad⁷⁰.

En este esquema de un sistema de contrapoderes, el papel del municipalismo resulta crucial. El carácter radicalmente democrático al que se prestan con rasgos de cercanía y concreción las instituciones de gobierno municipal ya ha sido señalado con frecuencia. Pero cabe prestar atención a las metrópolis y ciudades del Reino de España como una red capaz de soportar redes bayesianas de contrapoder⁷¹, capaces de determinar una fijación constitucional de su autonomía y de sus formas de democracia. Atendiendo al problema de la unidad soberana, el sistema

⁷⁰ Ver Gerald Raunig, *Dividuum. Maschinischer Kapitalismus und molekulare Revolution*, Viena: transversal texts 2015.

⁷¹ La probabilidad y la inferencia bayesianas son un útil importante para la política de la multitud, porque se basan en la complejidad permanente, la incertidumbre y la necesidad de decidir en tales circunstancias, orientándose —«creyendo en la hipótesis»— a partir de relaciones aleatorias entre sucesos. Tales sucesos se dan como enunciaciones, relatos, signos, que forman redes de creencia, que construyen la probabilidad, tan subjetiva como real, de la hipótesis de un común en el sistema red, así como la probabilidad, condicionada por los sucesos de creencia, de su expresión constituyente.

de contrapoderes, que tiene en el municipalismo su estrato fundamental, se muestra capaz de llegar a pactos constitucionales que permitan estabilizaciones relativas.

Asimismo, las batallas internas del movimiento municipalista desde 2015 son una buena ilustración de esa evolución —no necesariamente feliz, no hace falta decirlo— de las redes bayesianas de contrapoder. Por ejemplo, en el caso de Ahora Madrid, el objetivo compartido de ganar o al menos consolidarse como contrapoder en el ayuntamiento madrileño permitió un juego arriesgado, pero finalmente eficaz, entre estrategias agonistas y antagonistas. La apuesta y el método de Ganemos⁷², basado en la radicalidad democrática y en su reflejo en los métodos de votación digital —el sistema Dowdall, para simplificar—, tuvo que enfrentarse a la estrategia casi antagonista de Podemos Madrid, que llegó incluso a jugar al juego de la gallina, amenazando en el último momento con una espantada de la confluencia. Ganemos Madrid, en lugar de amilanarse, decidió hacer algo imprevisible, que fue publicar tales amenazas, que se habían hecho fuera de los focos. Esto hizo que la posición de partida de Podemos, que fue siempre a la zaga de Ganemos en el proceso madrileño, tuviera que rectificar y avenirse a la confluencia en los términos de radicalidad democrática que habían fijado las asambleas de Ganemos. Se trata de uno de los ejemplos más logrados de la validez de las estrategias ago-antagonistas o convergentes, que presuponen la imposibilidad de consensos duraderos entre actores e intereses heterogéneos, pero permiten hacerlos bayesianamente productivos en un cuadro pluralista de agentes y contrapoderes.

⁷² Ver Galcerán, «El “método Ganemos” o aprendiendo a hacer política en común».

De lo orgánico a lo ciborgánico y del partido a la plataforma

Tras la resaca del periodo electoral, comprobamos que la idea de un «partido orgánico» de inspiración gramsciana tan solo apunta, en las condiciones presentes, a dar un nombre digno a la suma de siglas, grupos y corporaciones de la sociedad política y civil de la izquierda. Pero ese sumatorio no solo dista mucho de ser orgánico, por más voluntarismo o «liderazgo» que se le inyecte, sino que es también completamente insuficiente. Conforme a nuestra propuesta de un sistema de contrapoderes, entendido como máquina ontológica y política del cambio constituyente, el «partido orgánico» solo puede ser una parte, cuyo papel determinante, subordinado, táctico, etc., dependerá de las composiciones de los vectores éticos, políticos del sistema red de contrapoderes, que a su vez dependen en grado determinante de las evoluciones del *rajoy nato* y del sub-sistema europeo.

Por el contrario, si, gracias a la experiencia reciente, conseguimos librarnos de la superstición de la autonomía de la esfera de lo político-estatal y consideramos el funcionamiento real de los sistemas red desde el 15M, lo cierto es que necesitamos un proceso *ciborganizativo* completamente distinto. No se trata de establecer una dicotomía entre un partido —o la criatura aún desconocida llamada «partido movimiento»— y sus inevitables jerarquías y liderazgos, frente a una organización distribuida, relativamente anónima o de débil personalización. No, no se trata de una reformulación de esa vieja cuestión. Se trata más bien de que, en la dimensión bio y tecnopolítica del poder, la rebelión, la explotación y la emancipación, que es en la que vivimos, solo un enorme

proceso de trabajo, evaluación, inferencia y decisión colectivo, multitudinario, distribuido, puede hacer verosímil la apuesta por una democracia contra la austeridad y la dictadura comisaria actuales.

El proceso ciborganizativo es el único que puede dar cuenta de la potencia política adecuada a cada singularidad de contrapoder, en el que el *télos* del proceso no es —solo— «el Estado», «el gobierno» o «los parlamentos», sino el proceso de transición a una sociedad en la que las instituciones del común son hegemónicas respecto a las instituciones del capital, y en la que los actos de gobierno y las instituciones coercitivas están sometidas, de facto y de iure, al procedimiento ciborgánico de validación en el sistema de contrapoderes. El proceso ciberorganizativo construye los algoritmos y prepara las decisiones de la constitución del común en cada momento de su determinación política, histórica y geográfica.

Las redes aprenden, y los contrapoderes también. La tradición bendita de la multitud y del Estado dice que los muchos son caóticos y no se pueden organizar. Esa es la justificación de la unicidad y la transcendencia del poder, corregida por un sistema de controles y contrapesos. Sin embargo, cada vez más sabemos que no hay decisión sin computación previa, y que la mejor computación es la distribuida. Y asimismo sabemos que la computación implica algoritmos y que los mejores algoritmos son los que pueden ser controlados y revisados de manera distribuida —léase democrática, abierta, autónoma—. La inferencia bayesiana nos remite a la retroalimentación mutua entre hipótesis creíble y probabilidad basada en la iteración de hechos compatibles con la hipótesis. El sistema red creado en el 15M es una red de creencias,

una red bayesiana de inferencias y decisiones constituyentes. Tal es el método con el que ensayamos y erramos desde 2011⁷³. El largo 2011 hispano no ha dicho aún su última palabra.

⁷³ Un problema actual y que está de lejos de haberse expuesto y detallado es que la Internet social y todos los protocolos de comunicaciones entran/en en un régimen de ciberguerra. El proceso social subjetivo-algorítmico-energético tiende a configurarse en su interior como guerra. Esto impide localizar las condiciones genéricas de formación posible de sistemas-red socio-algorítmicos de tipo autopoietico como el 15M.

IDEA DE UN SISTEMA RED TRANSDIVIDUAL

En este texto nos preguntamos sobre la virtud y la fortuna teórica y política del modelo de un sistema red emergente, autopoiético, abierto y transdividual, al que por comodidad nos referiremos a partir de ahora como SRT⁷⁴. Este SRT es tanto una cosa como un sujeto, y en esa medida no podemos definirlo a partir de una oposición o una dialéctica entre sujeto y objeto. En tanto que agenciamiento de cuerpos y máquinas, de algoritmos e ideas, el SRT es inseparablemente un sujeto-objeto, una producción de subjetividad íntimamente ligada a las formas de expresión política de la multitud contemporánea.

Este SRT no es una mera idea, una invención teórica: podemos rastrearlo a partir de su aparición en la historia, a partir de su *puesta en existencia*. En este sentido, podemos decir que el SRT *nace* con las revueltas del 2011 y se desarrolla expresando rasgos característicos sobre todo en y con el 15M hispano. Esto no debe sorprender: antes bien, nuestro SRT es inseparable de la potencia de revuelta y desobediencia, es una entidad ontológica revolucionaria, que nace del corazón de los antagonismos específicos del capitalismo maquínico y financiarizado.

Nos hacemos la pregunta por el SRT porque, casi una década después de su aparición poderosa y fulgurante, nos podemos servir de la distancia en el tiempo para considerar mejor su grandeza y su novedad. Los escenarios de dictadura, *apartheid* y guerra generalizados a los que

⁷⁴ Para ejemplos sobre el sistema red ver VV.AA., *Democracia Distribuida. Miradas desde la Universidad Nómada al 15M*, Madrid: Universidad Nómada 2012, <http://www.trasversales.net/ddun15m.pdf/>.

hoy conduce el cierre del capitalismo histórico —tanto político como económico, tanto productivo como jurídico—, nos permiten también apreciar de otra manera la extrañeza de aquellos acontecimientos, que fueron capaces de manifestar y organizar un corte radical en el destino programado del sistema mundo capitalista. Efímero, se dirá; ambivalente, y por ende sospechoso a los ojos del nuevo estalinismo global.

Recordemos que las contradicciones de la constitución política del mercado mundial estallaron, de resultas de los atentados del 11S, dando pie a un régimen de «guerra global contra el terrorismo», donde los intereses oligárquicos del *hegemon* estadounidense se impusieron con un golpe interno para retomar el mando de los mercados mundiales, basado en la fuerza militar imperialista y en la implantación de un régimen de vigilancia generalizado y un estado de excepción modular en el mundo atlántico. La contrarrevolución neoliberal no se vio afectada por ello: antes bien, supo adaptarse, desde Silicon Valley a los principales mercados financieros, alimentándose de las distintas burbujas de activos y asentando sobre estas su estrategia de rentas y de jerarquía social en las democracias constitucionales atlánticas y en los Estados emergentes gobernados con distintos grados de autoritarismo. Sin embargo, con el desencadenamiento de la duradera y presente crisis financiera global en 2007-2008, algunos meses de desconcierto de las élites atlánticas dieron a entender que se aproximaba un nuevo giro de tuerca de la siempre precaria relación entre democracia y capitalismo.

Se trata de la transición que hoy domina en el mundo atlántico, esto es, la alternativa infernal entre, por un lado, la hiperfinanciarización austeritaria y sus esquemas de estratificación social —con arreglo a dispositivos de

endeudamiento y de acceso diferencial a la renta parasitaria— y populismos de extrema derecha en ascenso, por el otro, los cuales, sin haber «decidido» aún su relación con las megamáquinas del sistema financiero global, apuntan inequívocamente a introducir en los esquemas del endeudamiento y de la renta parasitaria un dispositivo colonial dentro de las sociedades y las metrópolis de los centros atlánticos, esto es, a combinar la violencia del sistema financiero y de los aparatos estatales con conatos de «revolución conservadora». Antes que a fascismo, viejo o nuevo, el consenso de las clases del capital parece apuntar más bien a la instauración de regímenes de *apartheid* en el seno de las sociedades postcoloniales del centro del sistema mundo. Este «atractor *apartheid*» se configura como el punto medio de las narraciones y de los objetivos «razonables» de la constelación en movimiento de las derechas globales.

Sin embargo, a la transición en curso precede la aparición en 2011 de distintos focos de revuelta, en Túnez, en Egipto, en el Reino de España, en Estados Unidos, en Rusia, en Turquía y Brasil. Un nuevo tipo de revuelta democrática antioligárquica apareció en la escena global, tan local como global. Como sabemos, esas revueltas se han saldado con sucesivas derrotas y aplastamientos. Pero no es eso lo que nos interesa en este momento. —Por otra parte, en el caso español no puede hablarse rotundamente de derrota y menos de aplastamiento, sino de una estrategia de agotamiento y desmoralización—. Lo que sí nos interesa señalar es que la actual «revolución conservadora» se ha visto espoléada como reacción a las revueltas de 2011. De hecho, los agenciamientos de enunciación de los nuevos nacionalismos racistas se sirven de los mismos esquemas narrativos de las décadas de 1920 y

1930, permutando el chivo expiatorio de la conspiración judeomasónica-bolchevique por la amenaza de las élites globalistas y cosmopolitas y sus maquinaciones: financieras, militares e islámicas para un Putin; occidentales y antiislámicas para un Erdoğan; judías y euroatlánticas para un Orbán. Pero los hitos de referencia de estas nuevas *Dolchstoßlegenden*⁷⁵ son, en cada uno de los casos, las respectivas revueltas del ciclo 2011, consideradas como una conspiración globalista contra la independencia y la identidad de la patria.

No fue así en el caso español. Conviene seguir insistiendo en ello: el 15M desarticuló preventiva y temporalmente las ventajas comparativas de las fuerzas racistas y fascistas, creando un escenario favorable para procesos de emancipación y de ruptura con el régimen de la austeridad y la deuda. Por eso, desde la distancia respecto al acontecimiento, nos preguntamos por las claves no resueltas del corazón del 15M, a saber, por la intensidad, el espesor, la complejidad, la duración y los efectos indelebles del SRT que emergió en aquellas fechas. El presupuesto de esa pregunta debe ser explícito: a pesar de su rareza, de su carácter de *eventum tantum*⁷⁶, la aparición del phylum de los sistemas red supone un antes y un después; supone, además, un alisado retroactivo de la historia de las revueltas modernas y contemporáneas. Esto nos lleva a no

⁷⁵ Sobre los lenguajes de la revolución conservadora alemana, ver Jean-Pierre Faye, *Los lenguajes totalitarios*, traducción de Miguel Ángel Abad, Madrid: Taurus 1974 [1972].

⁷⁶ Ver Gilles Deleuze, *Lógica del sentido*, traducción de Miguel Morey y Víctor Molina, Barcelona: Paidós 1990 [1969], 185: «Pero hay, por otra parte, el futuro y el pasado del acontecimiento tomado en sí mismo, que esquivo todo presente, porque está libre de las limitaciones de un estado de las cosas, al ser impersonal y preindividual, neutro, ni general ni particular, *eventum tantum*...».

pensarlo en la modalidad de la nostalgia, pero tampoco en la modalidad del mero usufructo de sus efectos. Antes bien, nos lleva a pensarlo en la modalidad de su búsqueda y de su repetición intempestiva. Félix Guattari escribía, a finales de la década de 1980, sobre la entrada en *la edad de la informatización planetaria*, tras las fracturas históricas de la «*edad de la cristiandad europea*, marcada por una nueva concepción de las relaciones entre la Tierra y el Poder»⁷⁷ y la «*edad de la desterritorialización capitalística de los saberes y las técnicas*, fundada en principios de equivalencia generalizada»⁷⁸. Lejos de apuntar con ello a una especie de superación tecnológica de las contradicciones de lo que denominaba Capitalismo Mundial Integrado, la informatización planetaria abría a alternativas completamente nuevas, pero no ajenas a las precedentes, en las que las peores guerras, los más funestos fascismos, las peores catástrofes ecológicas disputan la probabilidad a la par que nuevas modalidades de emancipación, democracia y comunismo.

Los días que vivimos pretenden haber dado la vuelta a los escenarios emancipadores de 2011. La Internet parece definitivamente colonizada por las plataformas de extracción de trabajo vivo de los cerebros en red; los algoritmos de medida de la atención, de predicción-predeterminación de las opciones, de vigilancia y rastreo imperan al servicio de megaplataformas y Estados policiales; en lo que a la atmósfera subjetiva se refiere, en las redes sociales abundan las narraciones de odio, exclusión y guerra, de las que se nutre la llamada *alt-right* y en general las nuevas fuerzas que promueven nacionalismos

⁷⁷ Guattari, *Cartografías esquizoanalíticas*, 20.

⁷⁸ *Ibid.*

agresivos y formas de *apartheid*; por su parte, las supuestas alternativas *libertarian*, basadas en las arquitecturas de cadenas de bloques, son correlativas de universos arcaicos de valor —individualismo posesivo, fanatismo del patrón oro, etc.—, de delirios de superioridad cultural y civilizatoria y de fantasías de infinitud y resiliencia de los ecosistemas y de las fuentes de energía. Por su parte, desde Silicon Valley, la «Acción paralela» de ingenieros, directivos estrella y nuevos capitanes de la industria digital esperan la llegada de la «Singularidad» como si de la apocatástasis se tratara, haciendo posible la salvación de los elegidos, una sociedad como la que describe la novela ciberpunk *Carbono alterado*⁷⁹.

Al mismo tiempo, y con una importancia particular en el caso del Reino de España en los escenarios posteriores al 15M, hemos asistido al intento de contrastar a las fuerzas del neoliberalismo austeritario, así como a las fuerzas de la revolución conservadora, con un dispositivo populista. Aquí por populismo hemos de entender un cierto agenciamiento de la consigna, un trabajo de programación de significantes y de emociones, o incluso un trabajo sobre el deseo, donde por deseo los teóricos populistas entienden el objeto «a» de la carencia y la incompletitud, el nombre ausente de la infelicidad y la subalternidad. Pero, a este respecto, conviene insistir en que esta política de las pasiones presupone los efectos del SRT, y no constituye una alternativa emancipatoria con independencia de éste. Su carácter de tecnología de poder y gobierno, de ingeniería de las pasiones, debe mucho a las consideraciones sorelianas de Gramsci sobre las

⁷⁹ Richard Morgan, *Carbono alterado*, traducción de Marcelo Tombetta y Estela Gutiérrez, Barcelona: Minotauro 2005 [2002].

pasiones y el mito⁸⁰. Apunta en la dirección de los afectos como fuerza ontológica, pero los reduce a expresiones irracionales, que han de ser utilizadas para unificar lo disperso y fragmentado y construir la fuerza orgánica que permita conseguir el poder del Estado. En esa medida, el supuesto realismo político de la opción populista se presenta como un idealismo voluntarista a la luz de las pasiones mortíferas que son ahora alimentadas por los agenciamientos de enunciación de las nuevas derechas racistas y nacionalistas.

Resulta fundamental apreciar el modo en que el 15M está fuera de la Historia, como los devenires, pero al mismo tiempo se inscribe en ella en sus resultados o, para ser más precisos, en sus *transformados*⁸¹. Habrá quienes lo arrojen de la historia por su liviandad, porque, por ejemplo, no hubo muertos ni muchos presos, como si tal fuera el certificado del espesor ontológico de un acontecimiento político. Lo ridículo es que se impute esa ausencia de la pasión de la Historia a un acontecimiento que,

⁸⁰ Ver Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, traducción de José Aireó, Madrid: Nueva Visión 1980 [1953], 10: «El Príncipe de Maquiavelo podría ser estudiado como una ejemplificación histórica del “mito” de soreliano, es decir, de una ideología política que no se presenta como una fría utopía, ni como una argumentación doctrinaria, sino como la creación de una fantasía concreta que actúa sobre un pueblo disperso y pulverizado para suscitar y organizar su voluntad colectiva. El carácter utópico de El Príncipe reside en el hecho de que el Príncipe tal no existía en la realidad histórica, no se presentaba al pueblo italiano con caracteres de inmediatez objetiva, sino que era una pura abstracción doctrinaria, el símbolo del jefe, del condottiero ideal; pero los elementos pasionales, míticos, contenidos en el pequeño volumen y planteados con recursos dramáticos de gran efecto, se resumen y convierten en elementos vivos en la conclusión, en la invocación a un príncipe “realmente existente”».

⁸¹ Ver Jean-Luc Evard, «Entretien avec Jean-Pierre Faye», *Revue Conférence* 28, 2009, https://revue-conference.com/index.php?option=com_content&view=article&id=254:entretien-avec-jean-pierre-faye/.

precisamente, no quería repetirla, sino activar un devenir contra el destino de dominación oligárquica ininterrumpida en el Reino de España.

Los contornos del SRT

Un SRT no tiene nada que ver con la programación o tratamiento algorítmico de comportamientos, o con la estimulación neuronal. En tal caso tendríamos que hablar de neuropolítica, aunque sería más apropiado hablar de marketing neuronal, tanto si se presenta como actividad empresarial como si lo hace como actividad política electoral.

Con raras excepciones, la semántica de la acción política sigue operando con categorías de la física de los sólidos propias del siglo XVII, como fuerza, masa, resistencia, revolución, movimiento, acción, reacción. En menor medida, el siglo XX ha incorporado a esta semántica nociones procedentes de la termodinámica del siglo XIX, como flujo y reflujo, masa crítica.

Por su parte, la ecología política ha introducido otras nociones, como sinergia, resiliencia, etc., nociones todas procedentes de la teoría de sistemas, la termodinámica, la física estadística. Por supuesto, todo el mundo ha usado alguna vez la expresión «sistema», pero rara vez se usa salvo como metáfora de un Moloch hostil. No obstante, cada vez más partidos, sindicatos, ONG, movimientos: todos usan en mayor o menor medida útiles y operadores de la estadística y cada vez más de la teoría de redes.

Sin embargo, se hace necesaria una «*coupure*». Pero, a diferencia del Althusser «cientifista» y más de acuerdo con el Althusser de la «autocrítica», la nueva semántica política de origen físico y matemático tiene que vincularse a las rupturas políticas y existenciales que permitan

hacer productivo y determinante su uso. El ciclo 2011 es un ejemplo *princeps* de ello. Sin embargo, lo que, desde el municipalismo de gobierno en el Reino de España, se llama ahora «tecnopolítica» consiste en lo fundamental en la introducción de software de propuesta, debate y consulta como complemento participativo de la acción de gobierno, que en modo alguno ve mermadas sus prerrogativas de monopolio de la legalidad y la autoridad política.

Un SRT no es un modelo de inteligencia artificial, tampoco es una plataforma digital que ejecuta sus programas sobre las acciones de seres humanos. Es preciso insistir en esto para contrarrestar cualquier interpretación puramente computacional de la existencia y la agencia del SRT, en la que pueden estar de acuerdo tanto los partidarios de la ingeniería social algorítmica como las corrientes tecnófobas que evacúan la ética y la política en la edad de la informatización planetaria.

Decimos que el SRT es emergente, puesto que se presenta *en medio de*, como resultado no determinista ni determinable *a priori* de una composición de heterogéneos. El SRT autopoiético, toda vez que es capaz de, a partir de una clausura puntual, operar transformaciones de sus propiedades internas. El SRT no puede dejar de ser abierto, puesto que, en tanto que agenciamiento de agenciamientos de máquinas y cuerpos, de agentes colectivos de enunciación y de redes de redes, es un sistema lejos del equilibrio, un sistema que no puede dejar de componerse, ensamblarse, modificarse en sus umbrales de consistencia y de persistencia, con arreglo a su proceso de autoconstitución en relación con los entornos con los que entra en contacto y comunicación.

El SRT opera con distribuciones heterogéneas de singularidades, y en esa medida es inseparable de una política

dividual, es decir, de vectores éticos en los que se deciden las relaciones de transformación entre multiplicidades con arreglo a matrices diferenciales de dividuación. Lo llamamos transdividual porque el despliegue de sus vectores éticos y políticos conduce a resultados —o *transformados*— que hacen que las distribuciones de singularidades muten de unas en otras con arreglo a los vectores éticos, políticos y sociotécnicos que operan en el SRT.

En este punto, conviene que nos remitamos a la teoría de los cuatro funtores ontológicos de los agenciamientos en Félix Guattari, que permiten «metamodelizar»⁸² sistemas y procesos heterogéneos altamente desterritorializados. Como sabemos, Guattari distribuye en cuatro tipos de funtores las entidades desterritorializadas, a saber, los Territorios existenciales finitos, que operan recortes fractales de un para sí y una alteridad precarias a partir de cadenas sintagmáticas de expresión, semiótica o no; los Universos incorporales de valor y de alteridad virtual, que se agrupan en constelaciones; los Phyla de máquinas abstractas y concretas que posibilitan todo tipo de sintaxis proposicionales, semióticas o no, que presentan distintos grados de (hiper)complejidad y de hibridaciones e interacciones entre filiaciones y módulos maquínicos; y los Flujos materiales y energéticos de expresión⁸³.

⁸² Ver Guattari, *Caosmosis*, 75-96; y también Félix Guattari, «Agencements. Transistances. Persistances», Seminario del 8 de diciembre de 1981, <https://www.revue-chimeres.fr/08-12-1981-Agencements-Transistances-Persistances/>: «Así, pues, un agenciamiento es el hecho de que hay flujos materiales o energéticos, relaciones de segmentariedad, de territorio, coordenadas, referencias que se articulan con phylum maquínicos, que trabajan, en algún lugar, por su propia cuenta y que desarrollan universos. Es, por lo tanto, el hecho de que, en mayor o menor grado, los cuatro tipos de elementos son articulados juntos».

⁸³ Las figuras 1, 2 y 3 son de elaboración y traducción propia a partir de Guattari, *Cartografías esquizoanalíticas*, 42 ss.; 74.

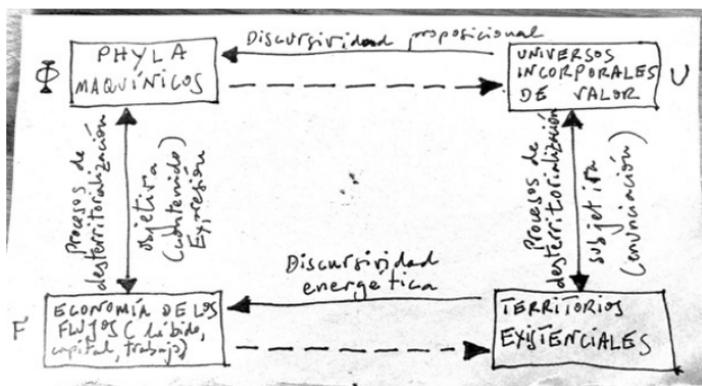


Figura 1

Los gradientes de desterritorialización siguen los ejes del paralelogramo de la siguiente manera:

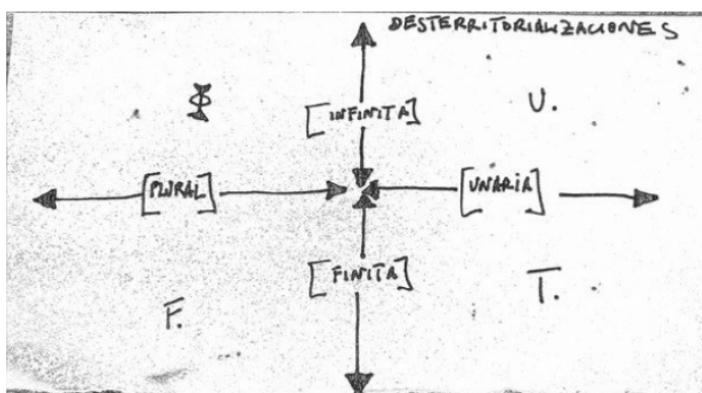


Figura 2

Son los gradientes de mayor desterritorialización mayor los que priman sobre los de menor desterritorialización, de tal suerte que tenemos la siguiente matriz de las relaciones entre los cuatro funtores con arreglo a los ámbitos de lo posible, lo real, lo virtual y lo actual. Vemos así que los universos de valor incorporal se *posibilitan*, los territorios existenciales virtuales se *realizan* —*existencializan*—, mientras que los Phylas maquínicos posibles

se *actualizan*, al igual que los flujos materiales de expresión real⁸⁴.

	Actual	Virtual
Posible	Φ : Phyla de lo posible actual	U: Universos de lo posible virtual
Real	F: Flujos de lo real actual	T: Territorios de lo real virtual

Figura 3

No está de menos insistir en que, a pesar de que los campos de referencia de la definición del SRT remiten fuertemente a la teoría de grafos, a la teoría de sistemas y a las teorías de la complejidad, a la física de partículas, entre otros, el SRT se define fundamentalmente porque *existe subjetivamente*, porque entra y pone en existencia concatenaciones heterogéneas de familias de máquinas informáticas con los campos sociales y, por lo tanto, con humanos, mentes y cuerpos y sus relaciones, constituyendo un territorio existencial subjetivo, mutante e intensivo.

El SRT se dice multinivel porque, en su topología, consiste en la organización de estratos heterogéneos de expresión, que incluyen los estratos biológicos a la par que los distintos estratos de computación algorítmica de las redes sociales o la comunicación de las redes sociales analógicas, allí donde aún existen. No se trata, por lo

⁸⁴ Ver Guattari, «Les quatre inconscients»: «¿Cuál es el estatuto de las entidades maquínicas abstractas que, en el seno del núcleo abstracto del agenciamiento, “doblan” las dimensiones concretas? Justamente, no la del doble: los maquinismos abstractos no constituyen en modo alguno mundos paralelos a los agenciamientos concretos. No existe correspondencia de interacción entre los abstractos maquínicos y los concretos manifiestos. A este respecto habrá que hablar más bien de sistema de proyección».

tanto, de metáforas informáticas o termodinámicas, sino de herramientas para aferrar una pragmática subjetiva y política, en la que los universos incorporales de valor —ético, estético, filosófico, matemático— y sus conjunciones con las filiaciones de máquinas abstractas remiten a la producción de subjetividad, es decir, a la fabricación de un territorio existencial finito y precario, pero capaz de generar procesos de autorreferencia y un *conatus* estratégico para una distribución dividida de singularidades.

La relación entre universos incorporales de valor y sistemas maquínicos físico-energéticos en un agenciamiento de trabajo tiene un ejemplo fundamental en el caso del crédito/confianza. El caso del bitcoin y, por regla general, de la tecnología *blockchain* pone de manifiesto la inconsistencia del agenciamiento cuando el universo de valor de la confianza/credito es apartado, neutralizado o reducido al mínimo en el agenciamiento, de resultados del fanatismo del individualismo posesivo. El gasto energético que supone la sustitución del dispositivo cognitivo-afectivo de la confianza, puramente algorítmica, hace inviable el agenciamiento, conduciéndolo tarde o temprano a agujeros negros o a una existencia parasitaria, de nicho privilegiado.

El SRT es apropiativo respecto a otros subsistemas, con los que a su vez establece relaciones agonistas-antagonistas: los agonismos que contiene pueden resolverse en una mutación y complejización del SRT, que de esta suerte aumenta su potencia ontológica; mientras que los antagonismos pueden dar lugar a una pérdida de consistencia y de capacidad de persistencia del SRT, que conducen a su desaparición. El SRT bien puede neutralizarlos, hacerlos colapsar o incluso esclavizarlos, en un sentido cibernético.

Asimismo, un SRT no es predecible en un sentido determinista, pero sí se presta a cálculos probabilísticos

a partir de cada uno de sus metaestados. En ese sentido, el objeto de este sistema red no es, ni puede ser, la certidumbre, la predicción o la medida. Hay que recordar que, a diferencia de los juegos de estrategia como el ajedrez o el Go, en el sistema red se juega con operaciones estratégicas donde domina la información oculta. De ahí el interés, por un lado, de la concepción de la creencia en William James:

IV [...] *nuestra naturaleza pasional no solo puede legítimamente sino que debe decidir entre dos proposiciones siempre que se trate de una opción genuina que por su propia naturaleza no pueda decidirse sobre las bases intelectuales; pues decir en tales circunstancias «no decidas, deja la cuestión abierta» es ya una decisión pasional —tanto como decidir sí o no— y corre el mismo riesgo de perder la verdad.* [...]

X. En el caso de las verdades que dependen de nuestra acción personal, la fe basada en el deseo es ciertamente legítima y posiblemente indispensable.⁸⁵

De esta suerte, el SRT opera, en la decisión, y en su estructura de redes bayesianas de enunciación, conforme a algoritmos no deterministas. O más bien habría que decir que la decisión en el SRT ni es única ni definitiva, sino que es la resultante —la *transformante*— de sus procesos recursivos no deterministas, puesto que implican variables aleatorias en todo momento, producto de las distribuciones siempre cambiantes en el seno del SRT. En este sentido, desde el punto de vista funcional podemos entender el SRT como una máquina de Turing no determinista. Lo que tenemos así es una pragmática de las distribuciones probabilísticas que opera como redes bayesianas, redes de

⁸⁵ William James, *La voluntad de creer*, traducción de Ramon Vilà Vernis, Barcelona: Marbot 2009 [1896], 51; 64.

creencia, redes constituyentes. Tenemos aquí una clave de la «dirección distribuida» de las luchas en la tecnopolítica.

Condiciones de posibilidad, contingencia, cómo funciona

Es necesario responder a una cuestión fundamental: ¿cómo se produce un SRT? ¿cuáles son sus condiciones de posibilidad y sus regímenes de probabilidad? ¿Cómo vive y «muere» un SRT, cómo y bajo qué condiciones perdura —persiste— en el tiempo, en la duración?

Si atendemos al caso del 15M español, el SRT ha operado como lo que Deleuze ha denominado un precursor sombrío⁸⁶, un operador oculto capaz de determinar una heterogénesis política a partir de diferencias de potencial de indignación, de posiciones de interés, malestares generacionales, asimetrías entre ciudades y pueblos, comportamientos electorales, etc.

Los flujos de afecto y enunciación que circulan en las redes sociales digitales y analógicas constituyen un inmenso intelecto general, sentiente y sufriente. La actividad vital genérica en las redes es de suyo *lebendige Arbeit*, trabajo vivo, desempeño de energía física y psíquica; pero

⁸⁶ Ver Gilles Deleuze, *Diferencia y repetición*, traducción de María Silvia Delpy y Hugo Beccacece, Buenos Aires: Amorrortu, 2002 [1968], 186 ss.: «Y, en primer lugar, ¿cuál es ese agente, esa fuerza que asegura la comunicación? El rayo estalla entre intensidades diferentes, pero está precedido por un *precursor sombrío*, invisible, insensible, que determina de antemano su camino a la inversa, como en bajorrelieve. De igual manera, todo sistema contiene su precursor sombrío que asegura la comunicación de las series que lo bordean. [...] Porque el camino que traza es invisible, y solo se volverá visible al revés, en tanto esté recubierto y recorrido por los fenómenos que induce en el sistema, no tiene otro lugar que aquel del cual “falta”, ni otra identidad que aquella a la cual falta: es, precisamente, el objeto = x , aquel que “falta de su lugar” y a su propia identidad».

es también producción. Ahora bien, ¿producción de qué? Si atendemos a las plataformas del capitalismo digital, se trata de producción de datos, es decir, codificaciones de flujos de palabras, imágenes, sonidos y emociones y sentimientos. Pero es obvio que se produce algo más, aunque no sea inmediatamente capturado por las plataformas. Con Marazzi y otros, diremos que se produce humanidad, en esa cooperación se (re)producen en buena medida las condiciones de la producción en su conjunto. La Internet y las redes sociales en particular, son uno de los pilares de la llamada producción antropogénica⁸⁷. En ésta, la distinción entre el trabajo maquínico y el trabajo humano presenta opacidades que están vinculadas a la constitución capitalista del cuerpo-máquina, es decir, a la subsunción de la cooperación entre cerebros —cuerpos, pues— en los sistemas de computación algorítmica. Los cuerpos máquina se desenvuelven cada vez más en distintos sistemas de *servidumbre maquínica*, es decir, de captura modular por parte de máquinas algorítmicas, que controlan, predicen, interrumpen, estimulan procesos neuronales específicos. En este sentido, el *wetware* cerebral y sensorio-motriz, y por ende la actividad cognitiva y afectiva, vive y funciona en esa hibridación, que es una dimensión de la explotación capitalista distinta de la extracción de plusvalor absoluto o relativo con arreglo al tiempo de trabajo socialmente necesario. Conforme se instaure la edad de la informatización planetaria, la captura modular de cuerpos y cerebros por parte de los sistemas maquínicos del capitalismo informacional se hace cada vez más intensa y espesa. A esa explotación maquínica y a sus efectos de sufrimiento y profunda infelicidad

⁸⁷ Ver Marazzi, «L'ammortamento del corpo macchina».

individual hemos de apuntar para buscar los catalizadores de la emergencia del SRT.

El SRT se origina en una rebelión del inconsciente maquínico. A distancia de toda formulación freudiana, por inconsciente hemos de entender, en primer lugar, una dimensión que no se opone a la conciencia, es decir, que puede hacerse consciente y decisoria y, en segundo lugar, hemos de entender el entorno de los metabolismos hiperdesterritorializados de los cuatro funtores ontológicos. En esa medida se puede hablar, con Guattari, de cuatro inconscientes. Entre los mismos no existe una separación absoluta; los procesos de uno y otro entran en relaciones concomitantes, transitivas, pero también de oposición o de superposición. Pero su grado de incidencia sobre la producción de subjetividad es bien distinto.

Por el inconsciente subjetivo hemos de entender fundamentalmente el relativo a la enunciación individuada y personal y a sus correspondientes reterritorializaciones neuróticas, de identidad personal, de normalización, y sobre todo de representación. Ni que decir tiene que es más inerte respecto a las capturas modulares de los maquinismos del capital y su control de la enunciación. El control algorítmico del inconsciente subjetivo es cada vez más una realidad a través de las redes sociales, las técnicas de autoayuda, coaching, etc.

El inconsciente material, en cambio, tiene que ver con la proliferación expresiva de los distintos flujos estratificados no semióticos. Es, por así decirlo, el inconsciente de la carne, de los elementos, de las materias formadas, biológicas o no. Es el inconsciente que devora y vacía las palabras en la experiencia psicótica, que las convierte en glosolalias o en cortes de flujos de materia

sonora. En esa medida es objeto de las avalanchas de psicofármacos.

Por su parte, el inconsciente territorial atañe al juego de las territorialidades de todo tipo, desde las del propio cuerpo a las familiares, natales y paisajísticas, cósmicas. No hay territorio sin desterritorialización, ni se construye un territorio sin maneras específicas de marcar el tiempo en una travesía de las componentes de cada agenciamiento territorial. Ahora bien, ¿qué genera esas desterritorializaciones, en particular en el SRT?

Corresponde al inconsciente maquínico la posibilidad generalizada de las transformaciones de agenciamiento, en el trabajo, en la enunciación, en las micropolíticas y los devenires. El agenciamiento se ve trabajado por maquinismos fuera del equilibrio y de la completitud, abriendo a modos de expresión y de enunciación no programados:

[...] el primer inconsciente, vinculado a las estructuras de expresión, busca un cierto tipo de equilibrio, de expresión, de modo de semiotización, de ahí sus afinidades con las estructuras neuróticas; el segundo inconsciente, que apunta más bien a las dimensiones de contenido y de las componentes heterogéneas que he bautizado como psicóticas, está, en algún lugar, en contradependencia del inconsciente neurótico; el inconsciente territorial, el de la familia, etc., anda también, en algún lugar, en busca de una seudoidentidad, aunque esa identidad esté desterritorializada en muchos aspectos, aunque solo fuera en su funcionamiento sistémico.

Por su parte, el inconsciente maquínico no tiene clave semiótica en cuanto tal; tampoco está atormentado por una especie de paraíso perdido, que sería el del inconsciente psicótico, ni por territorios. Está hecho del conjunto de los posibles que pueden habitar todas las dimensiones del agenciamiento.⁸⁸

⁸⁸ Guattari, «Les quatre inconscients».

Las relaciones entre los cuatro funtores y por ende entre los cuatro inconscientes pasan por lo que Guattari llama *tensores*, que, al igual que su definición matemática, son matrices de vectores que, en este caso, combinan las composiciones heterogéneas relativas a cada dimensión ontológica.

Los *tensores semióticos* engendran umbrales de sentido enunciativo en composiciones entre los cuatro funtores, es decir, son las matrices de signos sin los cuales no puede hablarse de Territorios sensibles —perceptivos— de la subjetividad; sin ellos tampoco es posible discernir afectos e ideas incorpóreas de los universos virtuales de referencia, ni determinar gramáticas, lógicas o diagramas en las composiciones maquínicas.

En cambio, los *tensores de plusvalor de posible*, ΔT , ΔU , $\Delta \Phi$, ΔF permiten transferir los engendramientos de *sentido* hacia la determinación de *efectos pragmáticos* —en las relaciones extrínsecas entre los dominios Φ y F , es decir, en la determinación de posibilidades—, por un lado, y de *afectos subjetivos* —en las relaciones entre T y U , es decir, en las mutaciones existenciales de las subjetividades, correlativas de procesos de territorialización-desterritorialización dividida, de alterificación y devenir—.

Pero la determinación no es la realización ni la actualización, sino tan solo la posibilitación. De aquellas se encargan los *tensores sinápticos*, que vectorializan quanta de posible y de virtual mediante sinapsis de *efecto* —*transformados* de agenciamiento— sistémicos extrínsecos —esto es, en las dimensiones expresivas y maquínicas de los agenciamientos— y sinapsis estructurales de *afecto* —en las relaciones entre universos incorpóreas de valor y territorios existenciales autorreferenciales, con arreglo a ritornelos intensivos de contenido—.

Estos tensores sinápticos han de ponerse en relación con las mutaciones de afecto y de conducta-agencia en el SRT, que llevan a su emergencia, que inauguran procesos de proliferación y contagio, de consistencia entre subsistemas, de conexión entre redes de singularidades, en definitiva, tales tensores están en la cuna de un SRT. De esta suerte, hemos de buscarlos siempre para rastrear las condiciones del surgimiento de un SRT.

Así, pues, cuando consideramos las sinapsis de afecto, podemos distinguir dos tipos, el afecto sensible, que atañe, como escribe Guattari, al *sentimiento —intensivo— de ser*; mientras el afecto problemático corresponde a una *manera —façon— activa de ser*. En el metabolismo de ambos afectos reside la clave de la puesta en existencia del SRT. ¿Por qué es «problemático» este afecto? Lo es porque justamente se da en una problematización abierta del sentido ontológico, dentro de una «materia opcional» en la que se juegan direcciones constitutivas. Su alto grado de desterritorialización y su carácter de metabolismo entre lo virtual y lo posible maquínico producen un enriquecimiento de las gamas de alternativa ontológica, a la par que una intensificación de la existencia práctica del SRT y, por ende, de todas sus componentes. Los universos incorporales de valor no solo son matemáticos o artísticos, sino también éticos. En ese sentido la politicalidad comunista-común del SRT se abre en los afectos problemáticos de contenido intensivo transistente, en los que mundos posibles, distribuciones inéditas, territorios existenciales del común pugnan por persistir. En el SRT no cabe hablar de individuo, si lo concebimos como átomo social, jurídico, ético y psíquico. Hay, sin duda, personas —«máscaras»—. En el SRT, en tanto que distribución variable de una materia dividida, los individuos

son más bien *exdividuos*, donde «ex» tiene el mismo sentido, pero *a contrario* y sin simetría posible, que el *ex pluribus unum* de la constitución estadounidense, donde las tecnologías de individualización del cuerpo máquina se ven interrumpidas por devenires dividuales junto a otros cuerpos-máquina. De esta suerte, podríamos decir que las relaciones del común con las singularidades son de tipo *exdividual*⁸⁹.

En este punto hay que hacer hincapié en el papel que juegan los ritornelos, tanto los ritornelos sensibles, de expresión, hechos de sintagmas de discurso y de materias semióticos o no, como y los ritornelos de contenido, de tipo intensivo, en relación con las máquinas abstractas. Sin la entrada en juego de estos ritornelos no se puede explicar la puesta en existencia del SRT. Pensemos, por ejemplo, en el ritornelo sensible de las imágenes de las plazas y las acampadas en 2011, en su repetición y su diferencia, de Tahrir a Sol y a Gezi. Pensemos en aquella imagen panorámica de la acampada, en permanente streaming o en miles de fotos desde todos los ángulos, y en cómo esas imágenes de la Puerta del Sol funcionaron como ritornelo visual del contagio de la rebeldía, como ritornelo de desterritorialización y reterritorialización en los umbrales dinámicos del SRT, siempre en proceso de extensión, apropiación, autopoiesis, determinadas por los universos incorporales de alteridad y por las componentes maquínicas y de enunciación que entraban en sus dimensiones de consistencia, a medida que el territorio existencial mutante se apropiaba de nuevas distribuciones dividuales de cuerpos y máquinas algorítmicas dentro de

⁸⁹ Sobre la ontología de lo dividual y su relevancia filosófica y política, ver Raunig, *Dividuum*.

su proceso de autoconstitución. Recordemos de paso, con Félix Guattari, en qué consisten los ritornelos:

Con el término genérico de ritornelo ordenaré ciertas secuencias discursivas reiterativas, cerradas sobre sí mismas, que tienen como función una catálisis extrínseca de afectos existenciales. Los ritornelos pueden tomar como substancia formas rítmicas, plásticas, segmentos prosódicos, rasgos de rostridad, emblemas de reconocimiento, *leitmotiv*, firmas, nombres propios o sus equivalentes invocadores; igualmente pueden instaurarse transversalmente entre diferentes substancias; es el caso de los «ritornelos del tiempo perdido» de Proust, que constantemente entran en correspondencia.⁹⁰

Dicho de otra manera, parece como si una hipercomplejidad conexionista-reticular tendiera, bajo las condiciones del afecto problemático, a determinar rupturas de fase o procesos emergentes en los que se produce una relación no necesaria ni previsible entre emergencia autopoietica, inmanencia de la relación sistema(abierto)/entorno y vectores de conciencialización intensiva —afectos sensibles del territorio existencial del SRT—. Ni que decir tiene que esto tendría una formulación spinoziana, relativa a la estrategia del *conatus* en tanto que *cupiditas* o deseo⁹¹. Este deseo es capaz de tener experiencias/encontrados de muchos tipos, tan diversos como su propia multiplicidad com-positiva, donde la hipercomplejidad de las nociones comunes conduce al «*amor dei intellectualis*», que aquí solo podríamos formular como un amor del común que es característico del SRT.

⁹⁰ Guattari, *Cartografías esquizoanalíticas*, 234 [traducción ligeramente modificada].

⁹¹ Ver Laurent Bove, *La estrategia del conatus. Afirmación y resistencia en Spinoza*, Madrid: Tierradenadie 2010 [1996].

Problemas abiertos

Si el SRT es una entidad que puede redefinir los contornos de lo político en la situación contemporánea, será preciso en lo sucesivo abordar una serie de problemas no formulados o no resueltos.

En tanto que sujeto-objeto intrínsecamente político, tenemos que plantearnos el problema del antagonismo, el problema de los enemigos. Y en esa medida, el horizonte de sucesos en el que el SRT pugna con la forma Estado por la determinación de la vida en común, lo que, por un lado, remite a la gestión de la violencia, la obediencia a las normas del derecho y la regulación del antagonismo fuera de los marcos de la guerra civil.

Por otra parte, el control algorítmico, el control y eliminación de anomalías, el acceso a, la interpretación de y la propiedad del *big data*, ¿hasta qué punto influyen en las posibilidades emergencia, consistencia, transistencia y persistencia de los sistemas red autopoiéticos? ¿Hasta qué punto la actual Internet está cada vez más vacunada contra los SRT, mediante la combinación del filtrado algorítmico, la eliminación de perfiles y la acción penal y represiva sobre las redes sociales telemáticas?

Otra cuestión fundamental son los límites históricos del SRT. En este sentido, se trata de avanzar en la caracterización del SRT como sistema ecológico, esto es, como una invención susceptible de dar vida a la propuesta de *Las tres ecologías*⁹². Los límites históricos atañen a las desigualdades técnicas del sistema mundo, a los límites energéticos, al cambio climático, a la configuración capitalista de la edad de la informatización planetaria. En este sentido, el SRT no puede ser una variante del aceleracionismo.

⁹² Guattari, *Las tres ecologías*.

El SRT contiene en sí mismo una incompatibilidad con la propiedad privada de las redes, los datos, de las infraestructuras técnicas de la red, de los algoritmos. El SRT es un antiCapital, entendiendo por éste, en la línea de Guattari, la integral de todas las formaciones de poder.

El SRT en su determinación histórica actual es completamente vulnerable a la represión del Estado, al fascismo y la guerra. En ese sentido, a día de hoy no resuelve el problema de la forma Estado y de su desaparición.

Cabe pensar el SRT como una forma ontológica del éxodo constituyente respecto a la edad de la informatización planetaria. Un éxodo precario, a día de hoy, completamente dependiente de la fortuna, habida cuenta de los límites señalados más arriba. El SRT es, desde luego, un poder instituyente cuyos límites de absorción-apropiación del mundo del capital y la forma Estado no pueden determinarse de antemano, salvo para señalar esa asíntota en la que la violencia más o menos fascista de la forma Estado pone fin a su existencia. El SRT es una forma excepcional del común instituyente, de su potencia hecha política de la multitud.

LA MUERTE DE LOS GRUPOS

No se puede negar que la gestión conjunta de la enésima «salida de Podemos» ha sido bastante sensata, teniendo en cuenta los precedentes. Se trata además de la salida de un grupo fundador de la organización, Anticapitalistas, con diferencia el más numeroso, organizado y distribuido en el territorio español entre los componentes iniciales. Ha costado, pero se ha comprendido que no hay ganadores ni perdedores en la imagen pública —y sobre todo mediática— de una escisión, sino un desprestigio más o menos bien repartido. Es obvio que para que esta vez se hayan hecho las cosas de esta manera han pesado otros factores, como un *do ut des* de recursos y posiciones institucionales y la precaución que impone la incorporación de Unidas Podemos al gobierno de España. Pero no es éste el tema aquí.

Junto a la gestión diplomática, no han faltado los roces agrios y los *beefs* entre partidarios, inseparables de las definiciones del otro. Y aquí llega lo que nos interesa: los fantasmas/fantasías de grupo político y su relación con el acontecimiento y con la historia. A alguien le parecerá divertido y hasta cómico que una parte de la generación del 15M liquide sus cuitas con acusaciones y debates del siglo xx. Y sí, es muy cómico, menos mal. Cómico y revelador: apunta a una dualidad entre las prácticas y los imaginarios, entre lo real del referente de lo político y los procesos del fantasma de grupo. Cuando se produce una escisión, los grupos en disputa y en desgarró apelan a su propia historia, narrada en las formas de la imaginación y de la fantasía del inconsciente de grupo. Dicho de otra manera: lo que queda en activo políticamente del 15M está, en su mayoría, activo en las instituciones

representativas —somos pocas las personas que, queriendo o no, no hemos estado ni estamos en ello—. Pero cuando una nueva situación obliga a reconocerse otra vez, volvemos a las décadas trágicas del siglo xx y, en el fondo, a la cuestión de la «verdadera fidelidad» al octubre soviético y a sus autores.

La tradición y el cerebro de los vivos

Así es, la izquierda organizada, toda la izquierda, sigue habitando los fantasmas nacidos de la socialdemocracia rusa en 1903 —bolcheviques/mencheviques—, la Revolución de octubre —comunistas/socialistas/anarquistas— y la Guerra civil española —estalinistas/trotskistas/cenetistas—. Sin embargo, el referente real de lo político —el modo de producción, la forma Estado y las relaciones de dominio, hegemonía y explotación de clase, género, raza, la composición técnica y política de las clases, la composición maquínica del trabajo y del capital, el sistema mundo, etc.— ha mutado y cómo. Parece entonces que aquí procedería una crítica «modernista», es decir, la de lo viejo frente a lo nuevo: «Nuestros debates son arqueológicos, hay que actualizarlos», etc. O adoptar esa variante de la modernidad que es el posmodernismo y que celebra el batiburrillo de temporalidades, identidades y prácticas, en el fondo equivalentes y equi-impotentes.

Félix Guattari nos ofrece una clave de lectura del fantasma de grupo y de su relación con la historia. Los grupos políticos pueden ser grupos sujeto y/o grupos sometidos⁹³. Un mismo grupo puede pasar de una condición a otra o vivir en un vaivén entre ambas tendencias.

⁹³ Ver Guattari, *Psicoanálisis y transversalidad*, 92 ss.

Un grupo sujeto se define por un comportamiento —no necesariamente consciente— de corte con la continuidad histórica, de ruptura de las cadenas de discurso y de instauración de una inmanencia del tiempo histórico. Un grupo sujeto inscribe su acción en la finitud y la contingencia del tiempo histórico, en una libertad que no se opone a la necesidad de su propia acción, pero no inscribe esa acción en la trascendencia o la necesidad histórica, sino en un contexto indecible. Un grupo sujeto nace siempre con un corte significativo, un estilo, unos afectos incorporales y sensibles singulares, unos ritornelos propios —como los antiguos *nomoi* griegos— que soportan su existencia sobre el vacío del tiempo histórico, es decir, se dota de su propia «ley» para irrumpir en el espesor de la historia: inventa. En esa medida, un grupo sujeto no teme a la muerte en cuanto tal, sino que la asume como efectuación de su propia potencia de acción.

Guattari señala que hay un «corte significativo»⁹⁴ que nace con los bolcheviques —que, no olvidemos, quiere decir los «mayoritarios» en el contexto del POSDR en 1903— y que inventa, no solo un nuevo lenguaje de la revolución como producto de una acción en/contra la Historia, sino también un nuevo estilo, nuevos manierismos y todo un maquinismo de la organización que rompe con los modelos burocráticos de la II Internacional⁹⁵. La victoria imprevista de la Revolución de octubre generaliza y estandariza el prototipo bolchevique con la III Internacional, pero la condición de grupo sujeto ha desaparecido. Los grupos y partidos comunistas que se forman reciben su ley del exterior; son por ello grupos sometidos.

⁹⁴ *Ibid.*, 206.

⁹⁵ *Ibid.*, 212 ss.

Un grupo puede asumir su muerte para que sus componentes proliferen en otras situaciones y otros grupos sujetos. En cambio, un grupo sometido justifica su existencia como dada por un origen, una razón trascendente, una ley exterior a su propia constitución. Se puede decir que el grupo sometido corresponde a esa condición de la que escribe Marx en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*:

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos aparentan dedicarse precisamente a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto, en estas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal.⁹⁶

De ahí que los fantasmas de una u otra condición de grupo no sean iguales ni funcionen en el mismo régimen de los signos y los afectos. El grupo sometido vive en un permanente teatro de la historia. El grupo sujeto se comporta como una fábrica de la historia. El grupo sometido evade la muerte —que se concibe siempre como algo procedente del exterior— puesto que solo podría vivirla como juicio de la Historia, culpa y condena. Por eso todos los grupos sometidos —y por ende todos los grupos que siguen «reclamándose» de la Tercera y la(s) Cuarta(s) Internacionales— narran la resistencia de la Historia a su acción, la división y las disputas internas, como una repetición de la escena original. La diferencia

⁹⁶ Karl Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Madrid: Fundación Federico Engels 2003 [1852], 10.

de las escenas es, sin embargo, notable. Para resumir: la galaxia de la(s) IV(s) Internacionales reinterpreta la «traición estalinista» del leninismo y procede a la escisión refundadora —siempre bolchevique, pero casi nunca mayoritaria—; la galaxia estalinista, por el contrario, pone distintas caras —trotskismo, social-fascismo, nazismo, cosmopolitismo— a lo que entiende como peso muerto de la historia, no-ser. El enemigo para el estalinismo no es más que un soporte subjetivo e inane del peso muerto de la historia, y en esa medida es expulsado de la humanidad. La retórica del fiscal Andréi Vyshinski es elocuente al respecto. El contrarrevolucionario no es un sujeto, sino un obstáculo del avance dialéctico de la historia que tiene que ser removido. Con sarcasmo lo ilustra Sartre en el caso del jefe estalinista húngaro Mátyás Rákosi, que ante la resistencia que oponía el subsuelo a la construcción del metro de Budapest, hizo encarcelar a los ingenieros, pero por intermediación de estos estaba encarcelando al subsuelo de Budapest por contrarrevolucionario. En palabras de Sartre: la resistencia de lo inerte se presenta como sabotaje⁹⁷.

Fantasma, organización y composición de clases

Estamos considerando este par estalinismo/trotskismo no solo porque está en el centro de las diatribas no diplomáticas entre Anticapitalistas y el grupo dirigente de Podemos, sino también porque son estos los fantasmas de grupo que hoy siguen predominando —es más, asistimos a una «refundación» del estalinismo en todo el orbe—. Sin librarse de la condición de grupos sometidos,

⁹⁷ Ver Jean-Paul Sartre, «El fantasma de Stalin» [1957], en *Problemas del marxismo 2. Situations VII*. Buenos Aires: Losada 1966.

podríamos considerar la galaxia libertaria española o — como híbrido mutante de la tradición comunista— la autonomía obrera italiana y alemana y sus pequeñas experiencias españolas. En este último caso vemos justamente la violencia del contraste entre una experiencia de luchas y de organizaciones sustancialmente nuevas, en correspondencia con una composición de clase —y género— transformada, que sin embargo termina, en la década de 1970, presa de los fantasmas leninistas y estalinistas de la organización y el militarismo.

Podría parecer que damos cuenta del destino de la ruptura leninista como un asunto de patologías y neurosis de los grupos militantes, mientras el «mundo real» económico, social y artístico iba por otro lado. En absoluto. En primer lugar, porque el inconsciente no es un teatro, sino una fábrica⁹⁸ y en esa medida fantasmas, afectos singulares y signos de todo tipo son la materia de lo político; y en segundo lugar porque no hay signos y afectos sin máquinas de guerra específicas. El corte leninista está vinculado a un nuevo tipo de máquina de guerra: la organización de revolucionarios profesionales, adaptada tanto al trabajo legal como a la clandestinidad; el centralismo democrático como tentativa de conjugar inteligencia colectiva y unidad de acción; la separación de la vanguardia respecto a masas populares y la dialéctica entre ambas, etc.

Cuando hablamos de máquinas de guerra estamos hablando de máquinas que rompen resistencias, disuelven vínculos y cadenas, descodifican mensajes o confunden al adversario, no solo de máquinas de tipo militar. La máquina de guerra no tiene necesariamente la guerra por

⁹⁸ Ver Gilles Deleuze y Félix Guattari, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*, traducción de Francisco Monge, Barcelona: Paidós 1985 [1972], 31 ss.

objeto. En la misma medida, hoy la guerra no se limita a escenarios de batalla convencionales, y opera en la esfera pública, en la inteligencia económica y financiera, etc., con máquinas de guerra específicas.

En el asunto que nos ocupa, a la invención de las máquinas de guerra contribuye no solo la necesidad de oponer a la organización estatal una máquina de guerra adecuada, sino que las máquinas de guerra tienen que corresponder a la(s) composiciones de clase(s) contemporáneas para que, dentro de su diversidad y sus contradicciones, la capacidad de acción revolucionaria sea óptima. En esto consiste el «método leninista», y es algo que vale la pena recuperar precisamente para oponerse a los distintos grupos sometidos del leninismo actual. Este método responde a dos necesidades: por un lado, la necesidad de oponer una máquina de guerra adecuada, simétrica e igual al poder de mando del capital; por otro lado, la organización de esa máquina de guerra tiene que basarse en la diversidad, las diferencias y también las relaciones de hegemonía dentro de las clases trabajadoras, proponiendo un prototipo que conjugue la eficacia con la creación de un plano realista de superación dialéctica de las contradicciones y los desajustes en la conciencia de clase, es decir, la creación de un plano de recomposición inseparable de las experiencias masivas de lucha y de organización. Esto se traduce en un modelo de partido en el que la «conciencia» y el conocimiento vienen de fuera de la clase, en correspondencia simétrica con la organización de la gran industria —y luego con el taylorismo generalizado—, donde el conocimiento técnico está objetivado en el sistema de máquinas, junto con el conocimiento del proceso de producción y explotación, que está en los cerebros y los archivos de la oficina técnica y

administrativa, de ingenieros y cuadros directivos. Solo tenemos que pensar en la(s) composición(es) de clase(s) actuales para comprobar la discordancia profunda entre el fantasma de grupo sometido y la capacidad efectiva de organizar a una(s) clase(s) trabajadora(s) que hoy se presentan como lo que René Zavaleta ha llamado, para el caso boliviano, una «multitud abigarrada», que además no responde a la rígida separación entre conocimiento y trabajo vivo, sino que tiene en su centro un intelecto general, todo lo expropiado, alienado o pervertido que se quiera, pero que es el alma y el cuerpo de la capacidad de producir y reproducir la sociedad hoy.

La pasión de lo real y el socialismo de los cuarteles

Pero junto a esta importación y comercio de máquinas de guerra, la ruptura leninista va incorporando además universos de valor que pertenecen al inicio del siglo de la gran industria taylorizada y de la gran guerra mecanizada, en el que además la sociedad de masas trabajadoras no se puede separar de los inicios de la computación de datos a gran escala con las tarjetas perforadas de IBM. Alain Badiou ha propuesto dos definiciones muy pertinentes sobre este periodo, que marcará todo el siglo xx. Por un lado, lo que denomina la «pasión de lo real», el afecto que quiere ver realizada a toda costa el ideal político como prueba de su verdad. A riesgo de simplificar, una pasión de lo real equivalente anima el campo de la derecha «revolucionaria» y fascista, así como la doctrina marxista «todopoderosa porque es exacta»⁹⁹. En cierto

⁹⁹ Vladimir Ilyich Lenin, «Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo» [1913], en *Obras escogidas. Tomo I*. Moscú: Progreso 1961, 31.

modo, tenemos aquí un diagrama general del sistema de máquinas técnicas, sociales y políticas que hay que considerar en relación con el proceso que lleva a las matanzas en las trincheras de la primera guerra mundial y que no cesará con la guerra civil en Rusia y la guerra reptante en toda Europa, hasta la segunda guerra mundial. En ese proceso se gesta lo que, por el otro lado, Badiou llama el «socialismo de los cuarteles»:

Es el modelo militar, el «socialismo de los cuarteles», tal como lo llamamos en mi círculo de amigos. La justificación de este modelo, al comienzo, consiste en ser vencedor en la insurrección, en la insurrección victoriosa. Para eso se dice que se necesita disciplina de hierro, se necesita sacrificio, etc.; esto no es totalmente falso pero luego modela la sociedad entera. En el fondo, Stalin es el intento por construir un socialismo militar a escala de todo el país, mediante la violencia, la cárcel, la tortura, con la idea de que si alguien constituye un problema hay que matarlo. Es así de sencillo. Esto es habitual también en la guerra civil: si alguien está en contra de uno, se lo mata. Y este socialismo militar tiene sus raíces representativas, si puedo formularlo así, en el momento inmediatamente posterior a 1871.¹⁰⁰

Lo curioso es que esta noción empapa transversalmente a toda la vieja guardia bolchevique, también al Trotski que acaba a sangre y fuego con la revuelta de Kronstadt, que ordena fusilar a los desertores del Ejército Rojo y que promueve, en plena guerra civil, la militarización de los sindicatos. La fascinación por el bolchevismo, sus pasiones de lo real y sus máquinas de guerra renueva profundamente el pensamiento decimonónico de la revolución

¹⁰⁰ Alain Badiou, *La filosofía frente al comunismo. De Sartre a hoy*, traducción de Román Setton, Buenos Aires: Siglo XXI 2019 [2013].

conservadora —de De Maistre a Donoso Cortés—. La teología política de Carl Schmitt, que tanto fascina a su vez a los fundadores populistas de Podemos, responde con una pasión de lo real equivalente, que pone en la relación pública amigo/enemigo la clave existencial de lo político, ampliada en la Teoría del partisano a una forma de guerra que se funde con la existencia política de un pueblo, la unión telúrica con la tierra, la indistinción entre soldado y nacional, la generalización del campo de batalla en forma de guerrilla. Por su parte, el bardo de las tempestades de acero en los campos de batalla franceses, Ernst Jünger, fascinado a su vez por la potencia mortífera de la movilización total de la guerra y por la figura coreográfica de los ejércitos del trabajo taylorizado, propone la liberación nacional de esa potencia mortífera como el proyecto de una dictadura del trabajo militarizado y de la guerra genuinamente alemana.

Los neoarcaísmos tras el 15M

Contemplemos ahora la generación del 15M y tratemos de responder a dos preguntas. La primera: ¿por qué una generación política que instituyó formas de democracia horizontales y en red, un democratismo que tantas veces rayaba en la ineficacia política, termina bien descreída de las instituciones y con sensación de derrota, bien disputando los parlamentos y/o formando alianzas de gobierno? La segunda: ¿qué hace que, cuanto más se concentran los esfuerzos políticos en la cuestión del poder gubernamental —o el «poder del/en el Estado»—, tanto más aparezcan los viejos universos de valor, los fantasmas de grupo y las cantinelas retóricas del siglo xx?

Las dos preguntas apuntan a cuestiones íntimamente relacionadas. Para no abundar en un asunto que ya ha

sido tratado bastante, se trata de decir que la fuerza ins- tituyente nacida con el 15M está completamente agotada. No está mal, basta acordarse de nuestro propio asombro cuando meses, años después, seguíamos viendo la vitali- dad y la persistencia en las personas y los colectivos. El trance crítico ha sido el asalto a las instituciones, del que se sabía que iba a exigir un precio altísimo y de cuyos re- sultados cabe decir, a día de hoy, que en el mejor de los casos representan un mal menor. Si comparamos el 15M con otras revueltas europeas, como el mayo de 1968 y el 1977 en Italia, podemos observar rasgos comunes de de- gradación del hilo fino de los lenguajes, las sensibilidades, el cromatismo de las opciones en juego, las formas de organización, las relaciones entre conflicto y consenso en los movimientos, etc. La diferencia del 15M, que es una diferencia que señaló también la novedad y la madurez de práctica de emancipación, quizás haya consistido en una concepción más autónoma del tiempo de la liberación —«vamos lento, vamos lejos»—, que a su vez encontró condiciones políticas del conflicto que no se dieron en los años 70 y 80 del siglo pasado y que desembocaron en los «años de plomo».

Pero el agotamiento es un hecho desde hace años. En ese vacío casi siempre tienden a reforzarse tanto los plan- teamientos más «pasadistas» —«esto ya no es el 15M» o «está pasando lo mismo que en la Transición»— como los más cínicos respecto a lo que se puede hacer con la fuerza política acumulada. Son las disyuntivas de lo que se conoce como el reflujó o la desmovilización, los di- lemas de la «salida política». Esto es inseparable de una concepción de la fuerza política que sigue siendo funda- mentalmente newtoniana o termodinámica, es decir, que habla de «correlaciones de fuerzas» como si de dos equipos

de rugby haciendo una melé se tratara, o de «reflujo» o dispersión como del crecimiento de la entropía de un sistema cerrado cercano al equilibrio. En este sentido, la organización tiende a concebirse como una concentración de masa y momento lineal, «guerra de maniobras» o trinchera y fortaleza. No en vano Pablo Iglesias insiste en que la correlación de fuerzas en el plano mundial, europeo y español convierte al «Estado» en la única fortaleza o muro de contención con el que cuentan las clases desfavorecidas de la sociedad. Física de los graves, termómetros e imágenes de las guerras napoleónicas se corresponden con una concepción casi fiscalista del Estado, fortaleza neutra que, con reformas de uno u otro cariz, puede servir para los objetivos tanto de las fuerzas de emancipación como de las fuerzas del capital, porque lo importante es quién pilota y qué dotes de mando es capaz de ejercer sobre las tripulaciones.

La urgencia, el mal menor, el pesimismo de la «correlación de fuerzas» pueden justificarlo todo, desde la entrada en los gobiernos a la retirada estratégica para emprender una nueva «acumulación de fuerzas». Sin embargo, si algo nos ha dejado claro el ciclo de luchas nacido en 2011 es que los poderes funcionan en mallas dinámicas y plegables, cuyos nudos siguen, computan, previenen y desmontan las aplicaciones de fuerza reticular construidas por los movimientos de lucha. Estas mallas tienen puntos de anclaje que no se corresponden con la definición jurídica del Estado ni con sus competencias soberanas. El Estado es una forma y una relación, que es distinta de las masas, los signos y las energías que utiliza en sus configuraciones. Una forma móvil y plástica, que reúne las relaciones estratégicas de agonismo —entre agregaciones y bloques del poder de clase del capital— y antagonismo —con las

fuerzas concatenadas de los movimientos de las clases subalternas—, y que corresponde a las geografías del poder de mando sobre mercados y territorios. El pesimismo, el cinismo gubernista o los expedientes retóricos tienen que ver con la incapacidad que tenemos de construir materialmente tácticas y estrategias adecuadas al diagrama transnacional y transestatal de los poderes de mando.

La muerte en los grupos nacidos con el 15M, la aceptación de la finitud de sus grupos —su funcionamiento como grupo sujeto—, es una condición para abordar el atolladero actual, donde a la violencia de la expropiación brutal de la riqueza y del bien común de las poblaciones subalternas se suman los centros de gravedad creciente del colonialismo interno, el *apartheid*, las movilizaciones totales contra el enemigo interno racial, político, civilizatorio. Recordemos brevemente las diferencias de la física política del 15M y de todo el ciclo de luchas que nace en el 15M. Este ciclo ha sido sin duda el que más se ha aproximado a una puesta en práctica de una política capaz de reunir acción —unitaria— eficaz, multiplicidad y singularidad activa e inexpropiable de sus componentes. El objeto físico en el que se expresa esa política es una interficie compleja, hojaldrada y deformable de redes de poder de mando; fronteras físicas y digitales entre redes; redes de energía y transporte e informacionales; plazas, barrios, lugares de trabajo y redes sociales y mediáticas. La acción política es distribuida sin dejar de poder condensarse, concentrarse en aplicaciones masivas o enjambres de fuerza. La igualdad y la horizontalidad son el presupuesto, las identidades no son un argumento político, sino una diferencia que se pone en juego y en cuestión, mientras que la decisión es recursiva y revisable dentro de un análisis de datos permanente y distribuido. Conviene recordar todas estas

cosas ahora que las fuerzas reaccionarias en complicidad con las plataformas del capitalismo digital, han aprendido de aquel ciclo y tratan de colonizar y acabar definitivamente con la Internet que todavía en 2011 permitía una reapropiación política con su uso emancipador. Y que ahora quienes, desde los fantasmas de grupo sometido, nunca levantaron sus sospechas sobre aquel ciclo y hoy lo consideran tiempo perdido o incluso un epifenómeno de clase media manipulada por el «cosmopolitismo global».

Límites y problemas abiertos

Pero lejos de refugiarse en bucles melancólicos, hay que señalar los límites de esta política, que son los límites de su práctica cuando tuvo que enfrentarse con las cuestiones decisivas: la representación política en el Estado; el poder real de los gobiernos municipales; autonómicos y nacionales; la relación entre representantes y representados en el bloque emancipador; la gestión de diferencias y disensos y, en definitiva, la relación entre la democracia real exigida y el capitalismo actual y sus formas de Estado y gobierno.

Algunos llevamos tiempo atentos a las experiencias que pueden alumbrar una práctica adecuada a estos diagramas del poder de mando y a la naturaleza de los sujetos políticos subalternos. Su formulación y su ejercicio es apremiante, porque desgraciadamente la política de la finitud que queremos inscribir en los grupos políticos se presenta hoy en las formas terribles de la precariedad extrema de la vida, de la amenaza de la violencia colonial y fascista y de la catástrofe ecosistémica inducida por los puntos de inflexión en el calentamiento global. Una política de la finitud emancipadora corresponde a una nueva práctica del antagonismo político capaz de resolver los problemas

que el ciclo de 2011 no fue capaz de resolver y que hoy sobreviven a base de expedientes, ya sean soberanistas, eurocomunistas o populistas «patrióticos», pero todos centrados en la «toma de la fortaleza estatal» y en su uso alternativo.

Pensamos que la primera condición para que esa política sea practicable es la reducción a la inmanencia, a la condición finita y terrena, del poder que expresa la forma Estado. En particular en su forma de Estado nación, sobre cuyos límites hoy en día no hay que insistir y de cuya soberanía solo queda la retórica o el retorno a un soberano «Estado de todo el pueblo», que nunca ha existido en el sistema de Estados de la modernidad. La forma Estado es una condensación estratégica de contrapoderes, y en el campo de lo político los grados de poder/potencia política se llaman todos contrapoderes, porque no hay un poder político sin que éste se defina contra otros. Solo desde este planteamiento cabe pensar una ecología dinámica y abierta —de agonismos y antagonismos— donde las fronteras del/con el Estado varían con arreglo a las capacidades de autonomía de los contrapoderes nacidos de las luchas. Permite pensar también el problema de «estar» en el Estado y ejercer un contrapoder dentro de sus relaciones estratégicas, contra las relaciones estratégicas dominantes, que lo son porque son las relaciones estratégicas del poder del capital en el Estado, que a su vez presentan divergencias y agonismos internos.

En este sentido, la retórica nacional-popular no puede sostener la ilusión de que la forma Estado puede transformarse progresiva o bruscamente sin antes cartografiar las relaciones estratégicas fundamentales en las que se va a operar. Pensemos, por ejemplo, en la fiscalidad, en las políticas de bienestar, en la administración de justicia, en

las fronteras, en la policía, el sistema penitenciario o en la energía, donde ya estamos viendo los límites de la acción de gobierno en el contexto del subsistema europeo. Esa cartografía tiene que incluir un esquema espacio-temporal en el que se localicen los puntos de acción convergentes entre luchas autónomas de la sociedad —instituciones de contrapoder— y acciones u omisiones —de contrapoder— en el gobierno. La experiencia de los gobiernos progresistas latinoamericanos ofrece a este respecto muy pocas cosas positivas y un sinfín de ejemplos negativos. Por decirlo en una fórmula: salvo excepciones contadas y localizadas, que no dejan de ser importantes, la participación representativa y ejecutiva en parlamentos y gobiernos de la forma Estado necesita estar subordinada a la (auto) constitución de la ecología de instituciones y luchas de contrapoder y no al revés, en la medida precisamente en que la suma potestad del Estado es un atributo jurídico que no se corresponde con su potencia efectiva y/o con la posibilidad real de un uso —«eurocomunista» o nacional-popular— de esa potencia.

El sistema complejo de tales contrapoderes apunta al objetivo autónomo de una emancipación directa de la sociedad de l*s subaltern*s, que avanza conforme a las resultantes de victorias y derrotas en los antagonismos estratégicos, pero que al mismo tiempo establece sus propias métricas e instituciones de emancipación, igualdad y libertad, mientras busca las armas y las ocasiones que permitan desmontar suficientemente la forma Estado del dominio de clase(s). De esta manera, no aparcamos o desdeñamos la cuestión del poder del Estado y de su capacidad destructiva o de disolución, sino que lo tratamos fuera del binomio entre el «uso de la fortaleza neutra» y las distintas figuras de la destrucción —revolucionaria— del

Estado, que corresponden a las variantes —funcionales hoy a los grupos sometidos— de la ruptura leninista.

ENTRE DERECHOS IGUALES DECIDE LA FUERZA

Introducción

En estas semanas se están aclarando los envites políticos de la pandemia del coronavirus, no solo en el Reino de España, sino en Europa y en el sistema atlántico. Lo que era probable se está confirmando: bajo los diferentes estados de alarma y las medidas de confinamiento, las élites están aprovechando el recurso a la fuerza mayor para imponer sus agendas de acumulación extractiva de capital; para eliminar contrapesos democráticos; para introducir medidas de restricción de la protesta y de ejercicio de un biopoder «soberano» tanto sobre quienes pueden y tratan de conservar su salario volviendo al trabajo, arriesgando su salud y la de los demás, como sobre quienes quedan fuera del acceso a rentas salariales o rentas del trabajo durante la pandemia. El pasado 26 de marzo de 2020, el primer G20 virtual acordó inyectar 5 billones de dólares en la economía mundial y no faltó, a modo de talismán, un *whatever it takes to overcome the pandemic*. A la espera de sus concreciones en términos de políticas financieras y fiscales, en el horizonte vemos cómo se configura una nueva acumulación primitiva capitalista, un proceso de extracción brutal de valor y de poder en la edad de la inseguridad ecosistémica. En medio se recrudece, no la guerra comercial entre Estados Unidos y China, sino más bien una disputa hegemónica que se parece más a lo que ya en 1999 los generales chinos Qiao Liang y Wang Xiangsui denominaron «guerra sin restricciones» y que, en su actualización en 2016, Qiao Ling resumía en el «uso de todos los medios, militares y no militares, letales y no letales, para obligar al enemigo

a aceptar los propios intereses». En medio de las sesiones del Congreso Nacional del Pueblo, el ministro de exteriores Wang Yi habla de que «algunas fuerzas políticas estadounidenses están secuestrando las relaciones chino-estadounidenses». En esa guerra sin restricciones, el *frankenstein* europeo lleva todas las de perder o corre el riesgo de ver sus piezas desmembradas para la construcción de una nueva criatura capitalista.

Aquí y allá, esto se llama aprovechar la situación, pero aprovecharla no tiene nada que ver con haberla creado, es decir, con que lo que vivimos sea el fruto de una conspiración. En estos tiempos de incertidumbre *para tod*s* no hay nada más pernicioso que un hundimiento paranoico de nuestra percepción de lo que pasa y de sus consecuencias, entre otros motivos porque ello nos impide detectar las ambivalencias de la situación y descubrir las vulnerabilidades del dominio neoliberal en esta crisis capitalista, enésima pero inaudita. Lo que está sucediendo corresponde a todas luces un proceso de caos ecosistémico y, por lo tanto, a un proceso cuyas evoluciones ninguna agencia calculadora puede prever en el corto plazo. Sin embargo, también en medio del caos ecosistémico, cuando no son posibles las predicciones aproximadas, la función de los actos predictivos consiste en orientar el caos y en influir sobre las acciones posibles de los demás actores. La predicción es un acto performativo que busca una selección favorable de los procesos caóticos en curso. La predicción política es inseparable de la creencia, de la hipótesis parcial de la que se parte, tanto para las agencias del capital como para los movimientos antisistémicos. Hace tiempo que sabemos que las buenas predicciones políticas nos dicen no lo verdadero o lo falso, sino lo que nos ayuda a encontrar el camino. Nos dicen lo que necesitamos oír,

sin que olvidemos la diferencia entre conocer el camino y hacerlo.

En España, por la misma linde

De este aprovechamiento de la situación, veamos algunos ejemplos. En el Reino de España, las viejas patronales vasca, catalana y española y sus medios de comunicación sobreabundantes protestan por la prolongación del confinamiento de su mano de obra, fundamentalmente en la construcción, la hostelería, el turismo y en menor medida en la industria. Al poco tiempo, el gobierno Sánchez cede y relaja las medidas de confinamiento. Qué más da que las empresas del IBEX tengan la salvación garantizada por las líneas de dinero gratis del BCE, del Banco Europeo de Inversiones (BEI), del recién creado programa europeo SURE para pagar a las empresas el coste de los ERTE y para qué seguir. Entre tanto, la cifra oficial de personas que han perdido su empleo con contrato va acercándose a los cuatro millones y no se conoce con certidumbre cuándo tocará fondo. El número de autónomos y falsos autónomos que han declarado el cese de actividad se estima en un millón de personas. El desplome del PIB español, un 5.2 por ciento en el primer trimestre y una estimación optimista de un 9.2 por ciento anual, es un anuncio de la situación de chantaje de pobreza, desahucio y malnutrición en la que las clases subalternas tendrán que enfrentarse a las exigencias patronales de la «recuperación». El Banco de España va por libre y anuncia la necesidad de un enésimo ajuste en cuanto escampe el temporal. En Madrid, el territorio más afectado por la pandemia, son ya unas 100 000 personas las que dependen de los bancos de alimentos, en buena

medida autogestionados por colectivos y asociaciones de barrio. Del contrapeso que a este panorama representa Unidas Podemos vamos a hablar más adelante, pero lo mínimo que se puede decir a este respecto es que puede contribuir a que las consecuencias no sean tan devastadoras para las personas más vulnerables y explotadas, pero que resulta completamente insuficiente para cambiar de sentido el proceso de acumulación primitiva de poder y capital que se prepara durante y después de la pandemia.

Nada mejor que considerar el funcionamiento del «derecho de extranjería» para extraer el «núcleo racional» de la lógica patronal: la absoluta necesidad de recoger las cosechas en el agronegocio español pone de manifiesto la absoluta primacía de la ganancia sobre la vida de l*s trabajador*s. Este axioma, que rige sin contrapesos en el campo español desde hace 30 años y que ha construido sistemas de *apartheid* local, sale a la luz pública debido a la atención hacia todo lo relacionado con la pandemia. El ministerio de Trabajo de Yolanda Díaz se ve obligada a movilizar la magra plantilla de inspectores de trabajo para paliar las prácticas de esclavismo en el campo: lo que era normal se presenta excepcional. En Italia, la pandemia pone de manifiesto la absoluta necesidad de fuerza de trabajo migrante en la agricultura y conduce a la regularización de 250 000 personas que trabajaban sin papeles como esclavos, en muchos casos en las explotaciones de los patronos de la Liga de Salvini. La realidad de la migración como un problema de control y jerarquización de la explotación y los derechos de las fuerzas del trabajo: ésta es otra verdad desnuda de la lucha de clases que la pandemia saca a la luz.

¿Una Europa de autómatas suicidas?

Había muchas incógnitas sobre la respuesta europea a la peor crisis de su historia hasta la fecha. En la reunión del Eurogrupo del 9 de abril, tras el bloqueo rotundo de los gobiernos alemán, austríaco, finlandés y holandés a la propuesta de los coronabonos —una primera forma de mutualización de las deudas públicas de los países del euro—, se terminó cerrando un acuerdo que, tras la jerga tecnocrática y la sopa de siglas de agencias y programas, reintroducía el Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE), es decir, un programa de ajuste estructural para que los Estados deudores estrangulen su gasto social al objeto de pagar los vencimientos de deuda. Dicho de otra manera, una aplicación del tratamiento griego, que de verificarse esta línea podríamos terminar llamando italiano o español. La única salvedad —vendida esta vez como un acuerdo por la larga coalición austeritaria europea, en la que se reconocen los $\frac{4}{5}$ del gobierno Sánchez, con Nadia Calviño al frente— es que se permite un falso y breve jubileo, por el que no contará como deuda el crédito empleado en el gasto sanitario o para salvar empresas y financiar ERTE, pero solo durante el periodo especial de combate contra la pandemia, que ni siquiera está aún establecido. Tras el cual, las condiciones de financiación serían las de la vieja Troika y el nudo corredizo sobre el gasto social se estrecharía hasta alcanzar un diámetro minúsculo.

De este modo, vamos comprobando que el juego de la gallina continúa funcionando para los gobiernos más fuertes del Eurogrupo, que son los que cuentan con las finanzas más saneadas, los acreedores, los principales ganadores de la crisis de las deudas públicas europeas del 2010-2012, los que mejor pueden aguantar las tormentas

financieras que el sistema bancario no va a dejar de desencadenar para echar abajo la deuda pública de los países más vulnerables. Estamos hablando de que esos gobiernos se han impuesto sobre Italia, tercera economía del euro, y España, cuarta, obligando a una retirada táctica a la segunda, Francia.

Mientras tanto, ya sea como automatismo, ya como cooperación programada, los mismos bancos y corporaciones salvadas por los gobiernos, usan los préstamos con interés negativo avalados por el BCE para elaborar vehículos de inversión destinados a extraer capital mediante compras de ocasión. Este es el caso de Blackrock, el disfraz de sicario estilo *private equity* que usan los grandes bancos del sistema atlántico para operaciones de *shock-and-awe*, de conmoción y espanto en los mercados de todo tipo de bienes fundamentales. En lo que atañe al capital con sede española, Blackrock ya se ha hecho con el 4 por ciento de Bankia, y se convierte en el segundo grupo accionista, aunque a mucha distancia del grupo de acciones que maneja el Estado a través del FROB. Como señala Adam Tooze en un excelente artículo sobre la realidad de los mercados de deuda pública:

En realidad, los mercados de bonos actuaron como sicarios, pero al hacerlo no desempeñaron tanto el papel de justicieros del mercado entregados al saqueo como el de escuadrones de la muerte paramilitares operando en connivencia con las autoridades. La débil estructura de la disciplina fiscal colectiva se vio complementada por la amenaza del terror de los mercados de bonos.¹⁰¹

¹⁰¹ Adam Tooze, «Time to expose the reality of “debt market discipline”», en *Social Europe*, 25, 2020, <https://www.social europe.eu/time-to-expose-the-powerful-actors-behind-market-discipline/>.

Junto a los fondos buitres, es decir, otros vehículos que utiliza la banca del sistema atlántico —en Madrid ya no era conocida Blackstone, que compró al gobierno del PP el parque de vivienda pública madrileño en 2013—, el otro sector ganador que está aprovechando la situación es el del capitalismo de plataforma: Amazon, Facebook, Google, están perfectamente preparados para aprovechar la demanda de consumo y de empleo y se configuran como grandes poderes decisorios sobre las orientaciones del capitalismo postpandemia. No solo sortean el pago de impuestos, gracias a la libertad criminal de crear paraísos fiscales dentro la propia UE, sino que sus plataformas disponen de una fuerza de trabajo potencial casi inagotable, perfectamente chantajeable y vulnerable, mientras que su acumulación privada de datos sobre las personas, sus comportamientos, su movilidad y sus relaciones les convierte en la inteligencia artificial capitalista capaz de decidir y predecir —es decir, actuar sobre las opciones posibles y probables de los demás—.

Tras el Consejo Europeo del 23 de abril de 2020, en el que se habló de la sustancia y la forma del Plan de reconstrucción o, para los más incautos, el nuevo «Plan Marshall», los mapas empezaron a cobrar más sentido. Lo primero que llamaba la atención es el silencio casi total que dedicaron al Consejo Europeo los principales medios de comunicación, en particular los medios españoles. Algo extraño, puesto que, si se puede hablar de rondas, ésta se ha saldado con una derrota contundente tanto de la posición italiana como de la española. Esta va a ser una negociación larga —que, en estas condiciones de urgencia, es ya una primera victoria del *statu quo*— y con unos plazos en los que las partidas del plan no estarían disponibles hasta 2021, en el mejor de los casos.

Pero el silencio habla por los codos: ni hablar de coronabonos, ni del plan español de emisiones de deuda perpetua mutualizada como instrumento de financiación del plan. De esa manera, solo quedan los instrumentos de uso corriente, combinaciones de subsidios y créditos a partir del presupuesto comunitario, dentro del Marco Financiero Plurianual de la UE y, por lo tanto, dentro de dimensiones que siguen siendo raquíticas respecto a las dimensiones de la recesión global. Pero quedaba un seísmo de cierta importancia: el Tribunal constitucional alemán de Karlsruhe se pronunció oportunamente el 5 de mayo de 2020 sobre el Public Sector Purchase Programme (PSPP), el programa de compras de activos públicos del BCE, el principal instrumento que ha mantenido a flote el euro desde 2015, como consolidación de las medidas extraordinarias de compra de activos públicos y corporativos que, junto con el *whatever it takes* de Mario Draghi, evitaron la suspensión de pagos del gobierno de Mariano Rajoy en julio de 2012. Lejos de ser un ataque frontal al PSPP, la resolución del tribunal de Karlsruhe alerta de la falta de proporcionalidad del programa de compras de activos, es decir, acusa al BCE y a la Comisión de estar incurriendo en una violación de sus competencias, de actuar *ultra vires*. Con no poca arrogancia, el tribunal da tres meses a Christine Lagarde para que acredite la proporcionalidad del programa de compras. La respuesta del principal acusado de prevaricación, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea (TJUE), no se hace esperar y replica de la siguiente manera: «El Tribunal de Justicia, creado a tal fin por los Estados miembros, es el único competente para declarar que un acto de una institución de la Unión es contrario al Derecho de la Unión». Acto seguido, la Comisión

Europea anuncia un posible expediente de infracción ante el TJUE contra Alemania.

Entre tanto, esto supone un ulterior retraso de la presentación del «Plan de reconstrucción» por parte de la Comisión, que además plantea la modificación de las reglas de la competencia para permitir las nacionalizaciones temporales de empresas. Apurar el límite, esperar a ver quién salta antes del coche en marcha. Angela Merkel se dirige al Bundestag el pasado 5 de mayo; los fascistas de AfD llevan la voz cantante de la defensa de la «eternidad» de la Ley fundamental alemana, espoleada por el Tribunal de Karlsruhe en su último fallo sobre el PSPP: «¿Qué dice usted a los críticos de esa decisión, que acusan al Tribunal constitucional federal de dividir Europa? ¿Divide Europa el Tribunal constitucional federal? ¿Divide Europa nuestra Ley fundamental?». La respuesta de Merkel pudo tranquilizar a la opinión pública europeísta, pero nos equivocáramos si pensáramos que responde a una posición de fuerza. Antes bien, es una posición de resistencia, dentro de su partido y dentro del sistema político y mediático de la Alemania unificada. Merkel apuesta por el euro y por la «solidaridad», pero en modo alguno osa plantear el fin de la «soberanía fiscal» de la potencia capitalista alemana: «Mi tarea en este ámbito consiste en respetar la decisión. El Tribunal constitucional alemán ha dicho sobre el Bundestag y el gobierno federal exactamente lo que usted ha dicho. Nos toca tomar nota. [...] Nuestra aportación tendrá una clara orientación europea. [...] Pero nuestra aportación contribuirá a la persistencia de un euro fuerte».

Ante este bloqueo, en medio de la necesidad de una respuesta urgente de la UE, podríamos pensar que las élites europeas se comportan como robots incapaces de modificar su propia programación, repitiendo automatismos

insensatos, porque son incapaces de percibir en el ruido ambiental las señales de la cercanía del abismo. Sin duda es así en lo que atañe al grueso de los operadores financieros, bancarios y en el entorno de los altos funcionarios de economía y finanzas. En Alemania da la impresión de que se han impuesto las tesis ordoliberales sobre la expectativa de una recesión en forma de «V», que aconsejaría no lastrar de endeudamiento público y privado la curva ascendente de la recuperación y sus repercusiones fiscales. También es normal que se impongan las tesis del actor más fuerte en todos los parámetros, del que puede permitirse una inyección de 156 000 millones de euros contra la pandemia y suspender su sacrosanto «freno de la deuda» porque, entre otras cosas, su tesoro no paga por financiarse, sino que cobra por colocar sus bonos. Del que puede además permitirse también rescatar y prácticamente nacionalizar a Lufthansa con una inyección de capital de más de 9 000 millones de euros. Pero con esto no explicamos el corazón del asunto. Lo que está poniéndose de manifiesto es que la constitución *material* de la UE actual, no solo la formal, definida por los Tratados fundamentales, impide la formación de una voluntad capitalista coherente y eficaz. Por constitución material de la UE tenemos que entender las voluntades políticas fundamentales y sus finalidades en el proyecto europeo, es decir, las instituciones comunitarias y su autonomía relativa, los Estados miembros, los bancos y corporaciones vinculados a ellos y sus relaciones estratégicas de competencia y cooperación, de agonismo e interdependencia.

Si en los albores del proyecto de las comunidades europeas, el sentido tanto anticomunista como antifascista definió como su punto medio el llamado «modelo social europeo» dentro del mundo dividido por el

Tratado de Yalta, desde la consolidación neoliberal de la UE a partir del Tratado de Maastricht en 1993 las fuerzas de la constitución material de la UE han cambiado: el único consenso sólido y duradero ha sido el de la constitución de un *Grossraum* financiero y comercial con fronteras exteriores comunes y una división regional del trabajo que sanciona las desigualdades internas entre las clases subalternas de los países miembros, así como la hegemonía incuestionable de Francia y la Alemania unificada.

Tuvo que llegar la crisis financiera y económica de 2008 para que el consenso de las fuerzas de la nueva constitución material empezara a resquebrajarse y, como la dirección de los acontecimientos desde entonces parece indicar, a toparse con un límite absoluto que solo permite dos opciones fundamentales: la regresión o la disolución. Las fuerzas de la constitución material de la UE pueden aceptar el neoliberalismo autoritario del grupo de Visegrado o la respetabilidad del austrofascismo en las fórmulas de gobierno; pueden aceptar incluso el Brexit y el peso determinante de las extremas derechas en las instituciones nacionales y europeas. Pero no pueden aceptar una unión fiscal que de pasos irreversibles hacia un sistema federal con un centro de gravedad propio.

Desde que el movimiento obrero oficial desapareció de la formación del interés nacional, a ninguna élite financiera, patronal o de la burocracia nacional le interesa la desaparición de las fronteras fiscales y de ciudadanía, que permiten controlar la movilidad de la fuerza de trabajo, explotar los diferenciales de renta y de derechos sociales y restringir el ejercicio de los derechos políticos a un ámbito nacional que, cuanto menos pesa en la

regulación de los movimientos del capital, más veneración teológica recibe de los nuevos fascismos y de las ilusiones rojipardas de un socialismo nacional. Por eso nuestro pronóstico no es halagüeño: el bloqueo actual sobre el «plan de recuperación» solo se resolverá con un desgarramiento interno de la gobernanza de la UE, que a su vez avivará el fuego del malestar social y político provocada por la nueva acumulación primitiva de poder y capital tras la pandemia del coronavirus.

La crítica de la razón europea no puede seguir aceptando el sueño dogmático, el progresismo banal que espera que, en el último instante, los epígonos de los padres fundadores aparezcan en escena para salvar el proyecto europeo. Algo de ello se ha visto tras el anuncio, pocos días después del fallo del Tribunal constitucional alemán, de la iniciativa conjunta franco-alemana de creación de un fondo de medio billón de euros, que debería sumarse al Plan de reconstrucción de la Comisión. De nuevo: unidad, cohesión, solidaridad, más Europa. De nuevo, en las palabras de Merkel del pasado 20 de mayo se expresa la imposible conciliación entre la solidaridad europea —«Europa tiene que actuar conjuntamente, el Estado nación por sí solo no tiene futuro. Lo digo para Alemania: a Alemania solo le irá bien a largo plazo si a Europa le va bien, eso está completamente claro; desde luego en lo que atañe a la paz y a la economía y el bienestar»— y las estructuras nacionales del poder estatal de clase —«Así que esto es lo determinante: un Fondo de reconstrucción de este tipo tiene que tener un fundamento jurídico seguro, y asimismo tiene que reflejar la autonomía presupuestaria de los respectivos parlamentos nacionales»—. En las tensiones que sacuden Alemania se expresan las contradicciones insolubles de la

estructura de poder neoliberal en la UE. Para comprobar las diferencias de intensidad de esta crisis respecto a la crisis de la deuda pública de 2010-2015, resulta elocuente comparar la actitud del considerado halcón jefe de la derecha ordoliberal alemana, Wolfgang Schäuble. El mismo Schäuble que con pulso firme —a diferencia del histrionismo sádico del entonces jefe del Eurogrupo, Jeroen Dijsselbloem, tan bien retratado por Varoufakis en su libro-crónica *Comportarse como adultos*¹⁰²— aplicó con sangre fría el tratamiento griego, respaldaba el pasado 24 de mayo los planes de Merkel afirmando que: «[...] Más préstamos a los Estados miembros habría sido tirarles piedras en lugar de pan, porque varios de ellos ya están fuertemente endeudados [...] En lugar de ello, la Comisión Europea liderará la reconstrucción económica de Europa». Enfrente no solo están los gobiernos de los «cuatro frugales» —Austria, Holanda, Dinamarca y Suecia—, que han presentado su «plan alternativo» basado en los «créditos con facilidades» a la vieja usanza, pero sin «incurrir en riesgos», sino que lo que está en juego es la confianza misma del sistema de poder financiero y corporativo europeo en el futuro de la mutualización de riesgos y sus consecuencias. Están en juego en cada país los privilegios y las jerarquías que vinculan a las clases medias rentistas —ahorradoras, propietarias, envejecidas— con las oligarquías financieras y corporativas. Vínculos de hegemonía que han funcionado hasta ahora, con la excepción de las crisis profundas de esa hegemonía en España y en menor medida en Portugal, Grecia e Italia.

¹⁰² Yanis Varoufakis, *Comportarse como adultos. Mi batalla contra el establishment europeo*, traducción de Alexandre Casanovas López, Barcelona: Deusto 2017.

Las nuevas condiciones de la protesta y del antagonismo. Límites y problemas

Hay un dato problemático que constituye el principal obstáculo de la política a la altura de estos tiempos. Podemos resumirlo de la siguiente manera: la multiplicación de conflictos tiene que romper con las estructuras y sistemas de gobernanza para poder producir un nuevo sujeto múltiple, pero capaz de actuar como una sola mente. En medio de la violencia objetiva de la recesión y el caos ecosistémico, el paso mismo del tiempo es un chantaje para cualquier lucha parcial aislada o sectorizada. Antes bien, se hace necesaria la construcción de un sistema de contrapoderes en red para poder imaginar acaso alguna forma de negociación para la consecución de objetivos comunes.

Volviendo al Reino de España, el golpe de los acuerdos del Eurogrupo se ha notado en los actos del gobierno Sánchez, sobre el que ha obrado como una orden de cambio de paso. La bipolaridad inicial entre las dos caras de la coalición, la social y la «de Estado», se ha decantado claramente por el «sentido de Estado». Lo único que mantiene unido ya a este gobierno de coalición es el coste de oportunidad inasumible de romperlo. La ópera bufa de los nuevos «Pactos de la Moncloa» ha quedado en eso, en un entretenimiento en el que quizás tan solo creyera mosén Enric Juliana¹⁰³, pero que no pretendía nada más que ganar tiempo y contrarrestar la construcción del clima golpista por parte de Vox y sobre todo del PP, que sería el gran beneficiado de una crisis de gobierno. Sin embargo, el balance de costes de oportunidad para los dos grandes

¹⁰³ Enric Juliana, «Pactos de la Moncloa», en *La Vanguardia*, abril de 2020, <https://www.lavanguardia.com/politica/20200402/48266443162/pactos-de-la-moncloa.html/>.

pilares partidarios del régimen constitucional dista de estar claro. Para el PSOE, modalidades de gran coalición para gestionar programas de austeridad son una vía segura hacia la pérdida de millones de votos, donde muchos de ellos podrían regresar a UP; y otro tanto sucede con el PP, que los perdería para la abstención y para Vox e incluso daría una *bonus life* a lo que queda de Ciudadanos. Para bien o para mal, la vuelta al bipartidismo en cualesquiera de sus fórmulas es algo improbable, y menos aún en medio de una recesión mundial sin precedente alguno y con una respuesta europea que muy probablemente reforzará el veneno de la austeridad bajo figuras distintas de las del pasado ciclo, pero igualmente portadoras de violencia sistémica.

Pensemos en el corto plazo: el escenario que se ha construido en las últimas semanas es el de la «emergencia económica» por encima de la «emergencia sanitaria», donde el derecho a la vida y a la salud queda subordinado a la reproducción del poder de la clase oligárquica sobre los medios de producción de la vida. En medio de la incertidumbre y el clima infotóxico sobre los plazos y las modalidades de la «vuelta a la normalidad», lo que se viene llamando la reactivación económica presenta ya unos parámetros generales definidos: control de las dimensiones de la miseria social —tal es el objetivo, retóricas aparte, del ingreso mínimo vital, estandarte de la vicepresidencia de Pablo Iglesias—, en un cuadro de desempleo masivo, desbordante, imposible de absorber a corto plazo en el marco de las condiciones del Eurogrupo; degradación generalizada de los niveles salariales, acompañada de una dualización aún más exacerbada si cabe de los estatutos del trabajo asalariado y del trabajo autónomo.

De este modo, no hace más que reforzarse la estructura jerárquica fundamental triádica entre a) las clases

medias asociadas al Estado, esto es, funcionarios, empleo público por oposiciones, cargos directivos de empresas y bancos; b) contratos salariales y falsos autónomos regidos por la reforma laboral vigente, en la que en la práctica sigue en vigor el despido libre, por el otro; y, por último, c) la galaxia del trabajo informal semiesclavo en los cuidados a las personas, el trabajo doméstico y una franja creciente de la hostelería, el turismo, el transporte, la logística y la construcción. A esta clasificación tenemos que añadir un subconjunto transversal, pero políticamente determinante, como es el de las y los pensionistas contributivos. Es un subconjunto transversal de la estructura jerárquica, pero particularmente sometido al chantaje estatal de la solvencia y al chantaje financiero de la austeridad. Por decirlo gráficamente, el abismo entre el Norte y el Sur y entre el Este y el Oeste de Europa saldrá de esta crisis pandémica ampliado a distancias que hacen impensable cualquier convergencia de los niveles de vida y bienestar en una o dos generaciones. *No future.*

En las condiciones de sociedades como las del Sur de Europa, cada vez más envejecidas y con un éxodo migratorio de la juventud trabajadora, una situación demográfica que ya era dramática como consecuencia de la oleada de austeridad desde 2010 no hará más que empeorar: con el ensanchamiento de las oportunidades de trabajo entre Norte y Sur, cabe esperar una nueva oleada migratoria que será sencillamente devastadora para la llamada «España vacía» y, por lo demás, un signo ominoso sobre cualquier hipótesis de desarrollo independiente español o de devaluación interna recuperando la peseta y apostando por las exportaciones competitivas.

El problema de Unidas Podemos en esta situación queda perfectamente reflejado por el episodio trágico del pasado 20 de mayo de 2020 y el pacto parlamentario entre PSOE, UP y EH Bildu para la derogación de la vigente ley de reforma laboral, hija legítima de la troika y nacida en 2012, bajo el gobierno de Mariano Rajoy. Apenas unas horas después del anuncio del pacto, el propio PSOE anunciaba que no iba a cumplirse el primer punto, es decir, la derogación íntegra e inmediata de la ley que, recordemos, supuso una voladura de las pocas garantías que quedaban en el Estatuto de l*s trabajador*s en términos de facilitación del despido, precarización extrema de los contratos y eliminación de la negociación colectiva. La portavoz de la oligarquía financiera española y europea, la ministra Nadia Calviño, habló claro y afirmó que «[...] sería absurdo y contraproducente abrir un debate de esta naturaleza y generar la más mínima inseguridad jurídica en este momento. Los contribuyentes, yo creo, nos pagan por solucionar problemas y no para crearlos». No habrá derogación, pues. En la situación de estado de alarma y de catástrofe social inminente, Unidas Podemos se ve ante la alternativa de retirar su apoyo a Pedro Sánchez y salir del gobierno, abriendo una crisis política que, en ausencia de luchas y movimientos activos en esta coyuntura, podría tener consecuencias funestas. Como quiera que sea, queda demostrado que, ni siquiera ante la peor catástrofe social en muchas décadas, la regla de la ganancia y del poder de clase puede vulnerarse, so pena de una autodemolición de la mayoría reformista en el gobierno.

La división en dos como condición de una democracia antagonista

La pandemia se ha interpretado como una guerra, también como una amenaza para todos los nacionales o toda la humanidad. La pandemia ha sido el instrumento de una unificación forzada de toda la población en torno al Estado, que a su vez ha cobrado la forma de un mando unificado, sobre todo en el Reino de España. Las disputas públicas entre los partidos y sus periodistas no ponen en tela de juicio el Uno, sino quién ha de ocupar su cabeza. Sin embargo, ni la fuerza de la ley ni la fuerza mayor pueden impedir que el Uno se divida en dos. Comprobamos de nuevo que en la política y en la sociedad no existe el vacío: solo existe —por poco tiempo, por lo que se llama un *kairós*— una situación no determinada que se disputan fuerzas compuestas, afines y contrarias, y en la que se imponen aquellas que consiguen decidir y determinar la situación, enunciar un posible nuevo y prefigurar con hechos y palabras su construcción en la lucha, en la que llevan la ventaja de haber definido la situación a su favor donde antes había un vacío político.

El Uno de esta (des)movilización por la vida —una vida que desde el Estado y desde sus patronos y oligarcas se concibe como vida sin atributos, la pura vida biológica, fuerza de trabajo—, lleva escindiéndose en dos desde el momento en que los gobiernos, la fuerza de la ley, ordenan e imponen un comportamiento igual para una sociedad desigual, una obligación igual para poblaciones que no tienen los mismos derechos, los mismos recursos, las mismas rentas y salarios, las mismas cuentas bancarias, las mismas propiedades, las mismas condiciones para cuidar y ser cuidados. A nada tienen más miedo que a que el

Uno se divide en dos. Por eso es primordial imponer el Uno opresivo y paralizante cuyo contrario es el pánico y la muerte acechante; el Uno militarizado de la retórica de la guerra; el Uno hipócrita de la nación y la patria; el Uno fascista de la inmunidad del rebaño frente a la amenaza extranjera.

Si dejamos de lado el quid de la propaganda golpista de la extrema derecha española, europea y global, que presenta un Uno nacional homogéneo, un cuerpo único inmunitario de la nación, traicionado por oscuros individuos al servicio de una conspiración globalista, comunista, judeomasónica, musulmana, etc., tenemos que plantearnos el siguiente problema: hace falta construir un dos para que el Uno totalitario del poder de clase y del autoritarismo estatal se resquebraje ante lo múltiple de las fuerzas del trabajo y su capacidad de construir un común democrático, durante y más allá de la crisis pandémica.

El dos es necesario, porque el dos es la condición de la diferencia, el dos contiene lo múltiple en su lado antagonista. El dos, pero solo en tanto que contrapuesto al Uno, contiene multiplicidades además de antagonismos. En las condiciones en las que nos encontramos, no es suficiente con presentar una multitud de diferencias y de reivindicaciones frente al Uno del mando único de la (des)movilización por la vida. Veamos por qué: en una (des)movilización por la vida como la que sufrimos, las diferencias y las reivindicaciones de sectores afectados son consideradas como información logística, como variables sobre las que intervenir o como anomalías y desórdenes que hay que neutralizar o destruir. En la (des)movilización por la vida, la gobernanza no tiene la flexibilidad que convierte demandas sociales en figuras de mercados expandidos y en empresas del «mercado social», sino que

cobra la forma de una transmisión de información de arriba a abajo que permite modificar los planes de maniobra de un Estado mayor: aprovisionamiento, desplazamiento de recursos, diagnóstico del malestar en las tropas y en la población del territorio.

Dicho de otra manera: no cabe ilusión alguna de que la forma actual de la protesta social, sectorizada, burocratizada, competitiva por la atención y los recursos, consiga ni siquiera satisfacer las propias demandas. En el tiempo del racionamiento de recursos fiscales escasos —por decisión política de las oligarquías de la clase capitalista europea—, solo se recompensa la obediencia y el silencio, la complicidad y la colaboración con el Estado y los patronos. Solo formas de contramovilización general convergente pueden interrumpir el funcionamiento del mando único estatal. Sin duda la huelga general es una de ellas, pero sin propósito, sin autoridad —de la que carecen por completo los sindicatos mayoritarios—, la huelga general puede ser también un paso atrás y un bloqueo del camino de la necesaria contra movilización en el sentido del dos antagonista de la sociedad subalterna. Autoridad y objetivos convergentes de un interés de clase que se forma en las luchas, que construye la fuerza y la pertenencia de clase en las luchas del dos.

Recordando las experiencias del ciclo pasado, la forma convergente de las mareas es otra figura fundamental, siempre que la entendamos en su sentido primordial, es decir, no como un nombre de las coordinadoras sindicales de toda la vida, sino como el nombre de una institución de lucha y contrapoder gobernada de forma democrática y asamblearia, formada por todos los actores que construyen la relación de cuidado, de enseñanza, de sanidad, etc.

Sin embargo, esto no significa que lo particular, lo singular, se subordine a lo general. Además: ¿quién encarna

o representa lo general, los mismos de siempre? Si esta es la conclusión que se saca del planteamiento de la división antagonista en dos del Uno de la (des)movilización general, entonces no se ha entendido nada. No: el dos no es nada sin las diferencias de y entre las clases subalternas, vive de lo particular y de la singularidad, pero siempre que estas respondan a un dinamismo de construcción común, de cooperación en las luchas del dos, y siempre que estas converjan en repertorios de contramovilización general que expresen la fuerza destituyente y el contrapoder compuesto de un dos antagonista. Por eso no cabe contraponer estáticamente las redes de apoyo mutuo en los barrios, por ejemplo, a las mareas y los enjambres convergentes de una huelga por la renta de emancipación o de la huelga de alquileres; o no cabe contraponer estáticamente la urgencia de una revolución fiscal, laboral y ética en la sanidad española con la construcción de la fuerza de choque convergente que derrote a las patronales sanitarias y farmacéuticas y sus políticos y periodistas. ¿Cómo se ordena un proceso semejante, cómo se regula y se deciden los tiempos y las prioridades? ¿Es necesario un comité supremo de la huelga general y de los calendarios de lucha? Estas son preguntas que parecen razonables, pero que están llenas de trampas y sofismas.

La figura del dos contrapuesto al Uno sigue interpretándose como homogeneización de lo múltiple, como sacrificio de las diferencias y las asimetrías de las clases subalternas, como asimilación de las minorías por parte de la mayoría. Aquí la dialéctica del dos antagonista exigiría, como un tributo a la victoria en la Historia, la reducción a un uno simétrico de las singularidades que componen el dos. La clase obrera industrial y cisheterosexual, l*s funcionari*s y trabajador*s públic*s capacid*s, las clases

medias preparadas y progresistas: unas y otras variantes proponen una figura dominante que sirve de patrón y de métrica de las jerarquías y las asimetrías internas del dos —del uno simétrico al Uno del Estado—. Esto no solo es un error desde el punto de vista de las composiciones de clase, raza y género en Europa, puesto que no existe esa figura central salvo en la forma del privilegio colonial y/o de la pertenencia al bloque orgánico de las clases medias del Estado, sino que es también un error porque no funciona, porque l*s subaltern*s no quieren ser gobernados en sus luchas, las luchas solo funcionan desde el autogobierno y la búsqueda de la simetría cuando la asimetría responde al privilegio colonial, patriarcal y de clase.

En este sentido, podría preguntarse; ¿qué viene antes, el dos o las multiplicidades? No, no es buena pregunta: aquí «dos» y «multiplicidades» son los aspectos, los atributos de un devenir constitutivo. El dos expresa el punto de vista antagonista al Uno de la forma Estado de la (des)movilización por la Vida; las multiplicidades expresan el bullicio y los agonismos en la multitud abigarrada de las clases subalternas.

Sin embargo, es necesario encontrar y poner a prueba, aquí y ahora, en los territorios que forman Europa, métodos y objetivos que hagan factible esta emergencia en la situación actual, en medio de la incertidumbre ecosistémica, a pesar del terror que las élites opondrán a todo intento de dar un giro emancipatorio a la situación, siendo capaces de contrarrestar la particularización del miedo y la inseguridad, en la que cunden las soluciones racistas y se legitiman los proyectos de régimen de *apartheid* en Europa, en tanto que reajuste neocolonial y fascista en la crisis terminal del proyecto neoliberal europeo.

Cómo ingobernar la crisis pandémica del neoliberalismo autoritario

Partiendo de esta hipótesis de la división en dos, como figura de la condensación de contradicciones y antagonismos sincrónicos —millones de personas sin futuro ni seguridad alguna, condenadas a morir o malvivir en la superexplotación de sus vidas— y diacrónicos —la intensificación de las luchas de clases en España y en Europa desde la secuencia que se inicia en 2011—, vamos a describir las proposiciones fundamentales que pueden dar como resultado una ruptura emancipadora o, dicho de otra manera, pueden hacer que esta enésima crisis sea ingobernable.

1) Puesto que el territorio político y productivo de esta crisis es Europa —y no vale la pena perder más tiempo en explicarlo—, la unidad de referencia de las luchas y los antagonismos del dos es Europa. Del mismo modo que enumeramos las luchas y los conflictos y los remitimos al conjunto «Estado español», todas las luchas locales, regionales y nacionales son luchas que se dan en el diagrama europeo y se evalúan a esa escala de relaciones y de eficacia. En este sentido, los objetivos pueden y deben alcanzarse a escala europea; cualquier «conquista» regional o nacional solo puede considerarse un primer paso, frágil y susceptible de producir contraefectos negativos, como resultado de la manipulación nacionalista de las diferencias en los niveles de vida de las clases subalternas europeas, del mismo modo que las diferencias de renta y bienestar entre las comunidades autónomas españolas sirven para dividir a las clases populares en torno a las hegemonías españolistas o vasquistas y catalanistas.

En la crisis de la deuda pública europea que se inicia en 2010, la unidad de acción de las élites políticas y

financieras impuso una estructura norte/sur y centro/periferia en la dinámica del conflicto entre necesidades sociales de cada Estado miembro y políticas de austeridad. Esta unidad era la misma que cerró en falso el proceso institucional de la UE tras el fracaso del Tratado constitucional europeo en 2004-2005, la que entonces incubó a su vez el *exploit* del soberanismo por parte de las extremas derechas europeas. Hoy, sin embargo, esa unidad se ha roto por largo tiempo, ya que ninguna de las opciones de gobernanza que se abren en y tras la pandemia van a ser capaces de construir un bloque monolítico como el que masacró a Grecia en 2010-2015. La geometría que se abre puede permitir bloques regionales, alianzas transversales, intersticios en los que iniciativas de lucha autónoma procedentes de varios países y territorios pueden construir centros de gravedad transeuropeos. Aún no sabemos cómo se resolverá el problema de familia entre el neoliberalismo europeo y los partidos de extrema derecha europea. Lo decisivo es que los centros de gravedad de las luchas intervengan antes de que ese problema se resuelva, antes de que se reconstruya una Santa Alianza. Un cierto progresismo estólido podría decirnos que lo que hay que hacer es todo lo contrario: seguir aliándose con el centro derecha para evitar que éste una su destino a las extremas derechas por el sempiterno odio a la multitud *aka* «pánico anticomunista». Pero esa es precisamente la receta que nos ha llevado hasta aquí.

Las condiciones y las consecuencias de la pandemia tienen que servirnos para dejar de lado las ilusiones nacionalistas y soberanistas, esto es, la idea de que se pueda derrotar a la propia oligarquía capitalista en un solo país, y de que un Estado nacional pueda enfrentarse a la gobernanza europea sin hacer pagar un precio terrible a sus

clases populares no vinculadas orgánicamente al Estado. Al mismo tiempo, la pandemia pone de manifiesto los isomorfismos que recorren Europa de un territorio a otro: en todas partes se impone la primacía de la ganancia y el poder de clase sobre las vidas que trabajan para poder comer y reproducirse. Las condiciones para la convergencia europea de las luchas y las iniciativas están dadas.

2) Los principales objetivos de las luchas son la obtención de una *renta básica de emancipación* —individual, universal e incondicional— y el reparto del trabajo a igual salario; la *socialización del dinero* —antes conocida como «nacionalización de la banca»— y la *socialización comunal* —*democrática, local, transeuropea*— de lo que tenemos que llamar el sector 0 de la producción o sector común, es decir, la sanidad, la vivienda, la educación, la agricultura no especulativa, la producción energética, la investigación científica y las infraestructuras de telecomunicación, así como los datos que todos producimos. De lo que se trata es de garantizar —por la ley de la fuerza hecha fuerza de ley— cotas crecientes de reproducción autónoma de las clases populares en actividades no vinculadas a la producción de guerra y de calentamiento global. Esa garantía no puede ser estable, no puede constitucionalizarse, no puede alumbrar un New Deal con un capitalismo agotado, pero al menos puede persistir, resistir, y eso ya es mucho. Los efectos que un proceso de luchas de este tipo puede tener en la situación europea, con la condición de que alcancen grados de simultaneidad, densidad, extensión y coordinación, solo pueden ser positivos y, además, constituirían de suyo un acontecimiento inédito en la historia europea.

En 1943, en medio de la segunda guerra mundial, lo que Michal Kalecki escribía en «Aspectos políticos del

pleno empleo»¹⁰⁴ sigue siendo fundamentalmente válido, y lo que en su texto hace referencia al pleno empleo o a la subvención del consumo podemos aplicarlo ahora a la renta básica de emancipación o al reparto del trabajo. Entonces como ahora, se cumple el axioma de que el poder de clase está por encima de la ganancia, y que un núcleo de irracionalidad y fascismo opera en la estructura de poder del capitalismo mundial:

3. [...] cabe esperar que los líderes empresariales y sus expertos se inclinen más al subsidio del consumo masivo [...] que a la inversión pública; porque al subvencionar el consumo el gobierno no estaría iniciando ningún tipo de «empresa». Pero en la práctica no ocurre así. En verdad, la subvención al consumo masivo encuentra una oposición mucho más violenta de estos expertos que la inversión pública, porque aquí está en juego un principio moral de la mayor importancia. Los principios fundamentales de la ética capitalista requieren la máxima de «ganarás el pan con el sudor de tu frente», a menos que tengas medios privados.

4. [...] En verdad, bajo un régimen de pleno empleo permanente, «el despido» dejaría de desempeñar su papel como medida disciplinaria. La posición social del jefe se minaría, y la seguridad en sí misma y la conciencia de clase de la clase trabajadora aumentaría. [...] Pero los dirigentes empresariales aprecian más la «disciplina en las fábricas» y la «estabilidad política» que la ganancia.¹⁰⁵

3) El sistema dinámico de contrapoderes que se crea en la expresión de antagonismo del dos precisa de instituciones capaces de mantenerse en el tiempo, de reapropiarse

¹⁰⁴ Michal Kalecki, «Aspectos políticos del pleno empleo» [1943], *Revista de Economía Crítica*, 12, 2011.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 217 ss. [traducción ligeramente modificada].

de la gestión y las finalidades de la producción y de condicionar de manera determinante la transición a un modo de producción del común, partiendo de ese «sector 0», del sector que produce lo humano a través de lo humano en un medio ecosistémico. ¿Qué papel puede jugar aquí la acción legislativa o ejecutiva en los ámbitos nacionales o en el plano europeo? Preguntar esto después del fiasco del citado intento de derogación de la reforma laboral de 2012 facilita la respuesta: puede jugar el papel de reconocer la ley de la fuerza, puede sancionar lo conquistado. La naturaleza de esta crisis profundiza, radicaliza el problema que ya se planteó en el anterior ciclo de luchas contra la austeridad: cualquier reforma real cobra valencia revolucionaria; en la práctica, un proceso de cambio radical comienza con reformas que no se cierran en una regulación estable, sino que, por efecto mismo de la naturaleza profundamente política, de clase, de esta nueva recesión, lo que prima es el sometimiento, la desmoralización, la afirmación del poder de clase del capital como universal mediador y condicionante de la vida humana, por encima de toda estabilización resultante de un pacto, de un *Deal*.

4) El antagonismo del dos en la contramovilización permanente no puede dejar de dividir en dos y de neutralizar políticamente la recomposición de las clases medias en torno a los objetivos de reproducción de la alianza de renta y propiedad en el Estado. Dicho de otra manera, el antagonismo del dos implica un protagonismo popular que disgrega y pone en crisis la hegemonía —de palabra, de presencia, de finalidades, de liderazgos— de la clase media que fía su suerte al Estado financiarizado de la renta parasitaria. Esta es la principal tarea de la construcción del dos y sin duda la más difícil. Seguridad contra

seguridad, confianza contra confianza, creencia contra creencia —crédito—. Tan solo tenemos que pensar, en el caso español, en los casi diez millones de pensionistas y en la capacidad de chantaje y terror de la que disponen el Estado y el sistema financiero, en su capacidad de enfrentar a las generaciones, de impedir las transformaciones por el miedo al desamparo y la muerte.

Si en el pasado ciclo de austeridad no se consiguió echar por tierra la idea de que «la riqueza escasea», salvo en irrupciones como el 15M, y no por mucho tiempo, ¿volverá ahora a imponerse esa idea, a pesar de que esta década ha servido para ensanchar hasta lo inconcebible la concentración de capital y propiedad? ¿Va a seguir sirviendo la noción de escasez, de «no hay para todos», como pretexto interiorizado por las clases subalternas que consienta el restablecimiento de las jerarquías y las divisiones de género, raza y clase mediante el uso de las políticas fiscales, sociales y salariales? Ha vuelto el momento de agruparse en torno a lo que en los años sesenta estadounidenses se conoció como la «estrategia Cloward-Piven»¹⁰⁶. Cuando se habla del New Deal estadounidense se suelen olvidar dos cosas fundamentales: que solo se tradujo en una redistribución de la riqueza durante la segunda guerra mundial y que, desde los años treinta hasta su declive a principios de los setenta, no solo no cimentó la unidad de las clases trabajadoras, sino que reprodujo activamente las líneas jerárquicas de raza y género dentro de su composición, y en esa medida no dejó de ser un dispositivo de segregación, de reproducción de las divisiones internas de las composiciones de clase conforme a

¹⁰⁶ Ver Frances Fox Piven y Richard Cloward, «The Weight of the Poor: A Strategy to End Poverty», en *The Nation*, 8, 2010, <https://www.thenation.com/article/archive/weight-poor-strategy-end-poverty/>.

las líneas patriarcales y de colonialidad. Cuando escriben su propuesta, las activistas Frances Fox Piven y Richard Cloward se enfrentan al uso político capitalista del *welfare* proponiendo otro uso político emancipador: la saturación del sistema segregador con demandas sobreabundantes, al objeto de forzar la universalidad real, la renta garantizada universal que derribe los muros de separación de clase con arreglo la raza y el género, que permita acabar con la pobreza sistémica.

Esto es algo que ya llevan practicando en el plano del acceso universal a la sanidad redes como Yo Sí Sanidad Universal¹⁰⁷, y que ahora vuelve a cobrar una importancia decisiva. Otro tanto cabe decir respecto al ingreso mínimo vital y a todas las leyes de rentas mínimas existentes, condicionadas, insuficientes, no individuales, reproductoras de la pobreza en tanto que dispositivo de segregación y miedo en las clases medias. No puede haber rentas básicas individuales, universales e incondicionales si reproducen las líneas de género, clase, raza y nación de su uso capitalista. O, dicho de otra manera, sin atacar las segregaciones internas de las composiciones de clase, es decir, sin luchas interseccionales reales y efectivas, no podremos conquistar rentas básicas de emancipación ni conseguir el reparto del trabajo a igual salario. La lección fundamental del enfoque de Piven y Cloward sigue siendo actual.

Hay algunas nociones claras en esta situación. Si no arrancan las luchas llegará el shock autoritario. Si las luchas no construyen el dos predominará la guerra entre pobres, razas y generaciones. Si no instituimos contrapoderes en Europa no cabe siquiera imaginar gobiernos diferentes. Si el dos europeo no se presenta en sus

¹⁰⁷ Ver <https://yosisanidaduniversal.net/>.

distintos tiempos y singularidades, añoraremos aún más el siglo xx.

Esta vez la enunciación capitalista lo tiene mucho más difícil para construir el terror psicológico que somete al «hombre endeudado», para hacer interiorizar a l*s subaltern*s la culpa de su querer vivir. Entramos en un periodo en el que la fuerza mayor es el principal apoyo de la fuerza de la ley. Pero en ese antagonismo de fuerzas, sigue vigente lo que escribió el autor de *El capital*: «Tiene lugar aquí, pues, una *antinomia*: derecho contra derecho, signados ambos de manera uniforme por la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales decide la *fuerza*»¹⁰⁸.

¹⁰⁸ Karl Marx, *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero. El proceso de producción del capital*, traducción de Pedro Scaron, Madrid: Siglo XXI 2017 [1867], 299.

POSFACIO. DEL 15M AL COMUNISMO MAQUÍNICO/DIVIDUAL

Los textos que se publican en este volumen atraviesan una década crucial desde un punto de vista situado en la escena española y europea, pero fundamentalmente se presentan como un antes y un después del 15M. En las condiciones de hoy, puede parecer que responden tan solo a una secuencia de intervenciones políticas y discursivas en una situación particular, la del Estado español. Hoy, cuando se vive en el horror polimorfo de una pandemia global *en* un capitalismo neoliberal en plena mutación autoritaria, donde se gobiernan sociedades estatales de control en las que las reglas del Estado de derecho carecen de toda validez y realización, se vive ya en otro mundo y se vive en una incertidumbre máxima. Sin embargo, la década ha estado recorrida por acontecimientos de rebelión, empezando por las revueltas, levantamientos y movimientos en sistema red, con el 15M como nuestro caso privilegiado. No es la primera vez que las irrupciones y los cambios radicales del tiempo político y de la protesta social tienen lugar en el Estado español y no encuentran resonancias y redundancias eficaces en otros territorios y países: antes bien, es una constante de la moderna formación estatal y territorial española, siempre en desajuste o en interferencia destructiva con las ondas constructivas europeas y en interferencia constructiva, pero débil, con las ondas latinoamericanas.

No sería honesto pretender dar una coherencia sistemática a estas intervenciones. Tampoco sería riguroso, porque en cuanto tales son tentativas de aferrar coyunturas y situaciones en las que la creación política emancipadora estaba en juego, y no ensayos políticos escritos desde una

generalidad académica o política. L*s lector*s atent*s habrán podido advertir que en ellas me he servido de unos cuantos instrumentos conceptuales y analíticos, usados sin rigor académico alguno, como cajas de herramientas. Destacan las aportaciones de la autonomía marxista y *operaista* y las del esquizoanálisis, junto con las de la ciencia de los sistemas complejos y autopoieticos, así como de la probabilidad bayesiana como base de un «creer en el mundo» en las condiciones de lo que Guattari llamó la «edad de la informatización planetaria». El resto son los conocimientos tácitos y/o provisionales de los que un* se sirve para intervenir con l*s demás en situaciones y coyunturas.

De manera muy sintética y retrospectiva, hay tres nociones vivas —que quisiera comunes— que encuentran un uso fértil en estos textos y que probablemente puedan seguir encontrándolo en el nuevo mundo que nos deja la pandemia global bajo el neoliberalismo autoritario. La primera es la formada por el nexo *institución monstruo-contrapoder(es)*. En ella convergen dos resultados y dos atolladeros de la práctica y del análisis. Por un lado, la recuperación de la crítica institucional del arte en la institución (pública) crítica; un proceso que en el caso español ha sido notable y singular en la década de los 2000, empezando por el proyecto de Las Agencias en el MACBA de Barcelona en 1999 y de manera bien distinta en el Museo Reina Sofía desde 2008 hasta hoy¹⁰⁹. Por

¹⁰⁹ Aquí vale la pena añadir que esos límites de la institución (pública) crítica han sido fundamentalmente objetivos, es decir, que se han revelado tales a pesar de las voluntades y las inteligencias de l*s responsables y los equipos que han intentado e intentan cambiar desde dentro esas instituciones. Proyectos políticos e intelectuales como la Universidad Nómada, ya disuelta, y la fundaciondeloscomunes.net, desde 2012, son inseparables de la cooperación, la discusión y la iniciativa conjunta con

otro lado, la renovación de la temática del contrapoder —o, mejor dicho, de los contrapoderes— a partir del levantamiento zapatista de 1994, la revuelta argentina de diciembre de 2001 y más tarde el ciclo de luchas de 2011. La institución (pública) crítica se ha demostrado incapaz de compatibilizar su nexo emancipador con las cuencas de creación metropolitanas del *general intellect* mientras, en tanto que pública, sigue sometida al interés general capitalista, que exige la precarización, la individualización y la primacía del derecho de propiedad inmobiliaria e intelectual por encima de toda autonomía institucional y toda pulsión emancipadora. Aquí es donde la institución monstruo se plantea como una manifestación conflictiva del común en la violencia de la individualización, pero también en el cinismo de la representación —artística, museística— de la diferencia, del conflicto, de la alternativa. Al mismo tiempo, la institución monstruo no puede nada si no instituye contrapoder(es). La institución monstruo constituye un prototipo de composición, funcionamiento y comportamiento de una instancia institucional subversiva en la actualidad. La institución monstruo no es una especificidad, un exotismo o una voluntad de la diferencia por la diferencia. La institución monstruo es la condición de lo instituyente hoy en día. No tiene nada de metafórico o simbólico. Entonces: ¿qué es monstruoso?, escribe Gilles Deleuze en *Diferencia y repetición*:

Algo del fondo sube a la superficie, sube allí sin tomar forma, más bien se insinúa entre las formas; existencia autónoma sin

los equipos de instituciones como el MACBA hasta 2008, el Reina Sofía desde 2008, Arteleku —ya desaparecida—, Producciones BNV y otros ensayos de transformación desde dentro de la institución cultural pública en el Estado español.

rostro, base informal. Ese fondo, en tanto está ahora en la superficie, se llama lo profundo, lo sin fondo. Inversamente, las formas se descomponen cuando se reflejan en él; todo modelado se deshace, todos los rostros mueren, y solo subsiste la línea abstracta como determinación absolutamente adecuada a lo indeterminado, como rayo igual a la noche, ácido igual a la base, distinción adecuada a la completa oscuridad: el monstruo.¹¹⁰

Tenemos aquí una indeterminación, una ambivalencia entre fondo y forma, contenido y expresión, estructura y función, máquina y órgano, cabeza y cuerpo, exceso y defecto. No obstante, sin la construcción de contrapoderes, la institución monstruo se queda en testimonio y excusa, punta de innovación de una nueva secuencia de acumulación en la industria cultural. Pero, además, la institución monstruo corresponde necesariamente a la monstruosidad del trabajo vivo contemporáneo. Ni el derecho de propiedad ni la individualización del acto creativo, ni la separación entre producción y distribución y consumo, son compatibles con esta condición monstruosa. Por eso la industria cultural, a partir de las figuras de la plataforma algorítmica, solo puede ser extractiva, parasitaria, antes que dialéctica y recuperadora.

En esa medida, la institución monstruosa del contrapoder pierde el vínculo dialéctico con la forma Estado, pero también el productivo y cognoscitivo entre poder y resistencias en el modelo disciplinario de Foucault. Por un lado, el contrapoder deja de ser un doble simétrico de un supuesto poder originario y/o unitario; por el otro lado, el contrapoder es una máquina ontológica, donde las luchas corresponden a una producción de subjetividad en un medio biopolítico que produce tanto poder como

¹¹⁰ Deleuze, *Diferencia y repetición*, 406.

potencia. En el nexo entre la institución monstruo y un sistema de contrapoderes se opera una desteologización, bien spinoziana, del poder. El poder es, como el capital, una relación. Y, en esta medida, si el poder no es ontológicamente uno, el Poder no es más que un compuesto de contrapoderes.

¿Resolvemos así el problema de la forma Estado capitalista? En absoluto, porque la «solución» solo puede ser práctica. Sin embargo, avanzamos enormemente en el problema de la «transición», evitando los callejones sin salida de la autonomía de lo político —«gestionar» el Estado frente al mercado, como si ambos no fueran polos de una y la misma cosa— que es correlativa de la ilusión soberanista de poner las formas Estados burguesas a funcionar al servicio de las grandes mayorías, sublimando la lucha de clases en y contra la forma Estado.

Pero el principal desplazamiento de los problemas de la institución y del contrapoder que las luchas del periodo nos han aportado viene de la mano de las nociones de *cuerpo máquina* y de *sistema red (transdividual)*. Por un lado, la noción de cuerpo máquina nos permite construir los dos planos de la existencia del trabajo vivo contemporáneo, el de una explotación y un dominio que son cada vez más capaces de operar en todos los estratos orgánicos a través del control y la estimulación algorítmica de la atención y la percepción; por otro lado, el cuerpo máquina —y aquí entran juego las nociones de inconsciente y de servidumbre maquínicos— expresa otras formas de rechazo del trabajo y de construcción de afectos y efectos de una cooperación que se da ahora en el interfaz entre las estructuras de carbono y silicio, entre el cuerpo sin órganos de la percepción y la enunciación en red y la máquina abstracta de Turing de la computación y el cálculo.

En esta metamorfosis del trabajo vivo nos adentramos en un terreno que va más allá de lo que, en los *Grundrisse*, Marx describe como «individuo social»¹¹¹ proletario. Antes bien, el trabajo vivo del cuerpo máquina se presenta bajo la forma de una materia dividida de concatenaciones de percepción y atención, de afecto y efecto, sometidas a la codificación, las métricas algorítmicas y las formas temporales de la economía de la atención y de la sobreestimulación. Por eso, en la línea de los trabajos de Gerald Raunig, la batalla se centra en las determinaciones de lo dividida: qué, cómo, cuándo, con qué y bajo qué ritmos y distribuciones dividuales cooperamos, intercambiamos, afectamos y bajo qué métricas de (auto)valorización en antagonismo con la axiomática cambiante del capitalismo. El *general intellect* deja de presentarse como una determinación objetivada del capital fijo en el sistema de máquinas termodinámicas de la gran industria —tal y como aparece descrito en el «Fragmento sobre las máquinas» de los *Grundrisse*—, para hacerlo ahora como agenciamientos complejos que producen el mundo de la vida en naturalezas de enésimo grado. La revuelta y la emancipación del trabajo vivo se presentan ahora como un problema completamente nuevo, donde las nociones heredadas de partido, movimiento, sindicato, consciencia, colectivo e individual no pueden aferrar las nuevas dimensiones que presenta la ontología de lo colectivo-transdividual, que exigen maquinismos organizativos que pasan por los sistemas dinámicos complejos y autopoieticos, hechos de singularidades dividuales. Allí donde los agenciamientos

¹¹¹ Marx, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador) 1857-1858*, 229. Ver también Antonio Negri, *Marx más allá de Marx. Cuaderno de trabajo sobre los Grundrisse*, traducción de Carlos Prieto del Campo, Madrid: Akal 2001 [1998], 191 ss.

organizativos individuales no resuelvan y/o redefinen los problemas —conquistas de las luchas del trabajo vivo, relaciones entre plataformas electorales y movimientos, unidad de las fuerzas del trabajo, resistencia y derrota de la fascistización social y estatal— las viejas respuestas seguirán volviendo sobre los mismos caminos trillados.

La aparición de los sistemas red transindividuales con el ciclo de luchas de 2011 demuestra una vez más que las luchas del trabajo vivo anticipan las maniobras del capital. La tecnopolítica ensayada entonces fue un intento exitoso de construir una revuelta democrática adecuada a la impugnación del gobierno y la explotación de los cuerpos máquina, de los cerebros conectados en red. Sin embargo, problemas fundamentales continúan sin solución. El primero y más acuciante de todos es la invasión de las redes sociales por parte del fascismo de plataforma y la transformación de los procesos de sistema red en sistemas de redundancia de agujero negro fascista en sus diversas variantes, desde la llamada *alt-right* a las formaciones de extrema derecha europeas y su capacidad de devastar los ecosistemas de red. No se trata tan solo de un problema de algoritmos, de venta y tráfico de metadatos, cámaras de eco y mecanismos de polarización; no se trata solo de que la arquitectura de las redes sociales de plataforma, basada en los perfiles individuales, los rankings de prestigio e influencia y la venta de sí mismos, es sumamente vulnerable a los flujos de odio y de pasión de abolición fascistas: se trata además de que estos procesos han puesto de manifiesto que las plataformas de las redes sociales no son de suyo una esfera pública, sino un campo de trabajo permanente para los cuerpos máquina, bajo el gobierno de consejos de administración y equipos técnicos que no responden a ningún mandato democrático o carta

constitucional, sino a la extracción masiva de plusvalor de actividad vital en red. Un sistema red transdividual y autopoiético como el 15M pudo darse en el periodo incipiente de esta captura «neuropolítica» de la atención y de las emociones, y además en el contexto de una crisis de expectativas de las clases medias progresistas en España tras la crisis financiera de 2008. El vacío no existe en política, y menos en el 2021 de la pandemia global bajo el neoliberalismo autoritario. Los problemas de la dictadura neoliberal y del fascismo colonial cobran una importancia creciente y las redes sociales, así como los espacios públicos de calle, sufren la misma desfiguración que impide pensar en repeticiones de un sistema red de enorme capacidad de contagio en plazas y calles y para el que no existan antídotos inmediatos, como no los hubo en 2011. Hoy no solo podemos esperarnos intervenciones represivas desde dentro de los consejos de administración de las propias plataformas, sino también por parte de gobiernos, policías y ejércitos. En algunos casos el fascismo de plataforma estará asociado a Estados y corporaciones, con sus divisiones de bots y su producción de resonancia fascista. Las redes sociales han entrado de lleno en el ámbito de las nuevas formas de guerra de los Estados, tanto externa como contra sus enemigos de clase internos, y la tecnopolítica de los sistemas red no puede dejar de mirar de frente esta situación para inventar nuevas máquinas de guerra de subjetivación, contagio, revuelta, pero también protección, anonimato y clandestinidad tácticas, cuidado y confianza, imprevisibilidad y máscaras. Una nueva figura del*a hacker, despojada del nihilismo masculino y heterosexual del periodo ciberpunk, una generación *haqueer* es absolutamente necesaria, no solo para la tecnopolítica, sino para el proceso de transmisión cuidadosa y amorosa

de saberes productivos que necesitamos para autogobernar la producción antropogénica dentro y contra el capitalismo mundial integrado —y crecientemente fascistizado—.

El segundo problema es, justamente, el de la consistencia transformacional de un sistema de contrapoderes, que se despliega espaciotemporalmente a partir de la toma de consistencia de un sistema red transdividual, fruto de un acontecimiento de revuelta contagiosa. En los textos de este volumen he intentado mostrar cómo el sistema red es capaz de transformarse, expandirse, complejizarse y apropiarse de planos de realidad social, desarrollando contrapoderes, capacidades de lucha, produciendo y extendiendo colectividades y creando territorios existenciales y transicionales finitos, hechos de afectos y percepciones comunes. He intentado mostrar también que el sistema red es tan objetivo como subjetivo, que es capaz de reconocer bloqueos, resolverlos y tomar decisiones sobre las distribuciones dividuals adecuadas, los adversarios y los territorios de lucha. Decisiones que se basan en grados de creencia que siguen lógicas bayesianas de incertidumbre probabilística, de finitud de los conocimientos y de los experimentos y que, por lo tanto, carecen de garantías de éxito: pueden errar, pueden fracasar. Y el principal fracaso del sistema red en el caso español vino de la mano de la cuestión del Estado, la representación política y el gobierno. Pero también y, sobre todo, de que no se produjo un contagio europeo, de que, a pesar de algunos intentos, el 15M quedó confinado como un movimiento dentro del Estado español. Y aquí es donde los dos polos de atracción de la repetición histórica, la autonomía de lo político en el Estado nación capitalista, por un lado, y la concepción leninista del doble poder y de la solución revolucionaria de la conquista del poder del Estado, por el

otro, han contribuido a impedir que la historia del sistema red abordara en la práctica estos problemas.

Tal vez haya quien piense que su límite «natural» de consistencia sea lo «social» y, además, lo «social» tal y como existe en el contexto democrático liberal. Y que, junto con la reacción fascista y colonial en plataformas y movimientos, el endurecimiento represivo de la forma Estado pone fin a la viabilidad práctica de los sistemas red transdividuales. Pero esto me parece una manera de escamotear las principales dificultades, que son, en primer lugar, las de la violencia política del Estado y de los movimientos fascistas; y, en segundo lugar, la del ejercicio del autogobierno de procesos emancipadores basados en sistemas red y las formas de «coexistencia» que pueden tener con sistemas de Estados autoritarios y apoyados por bandas fascistas dentro y entre los sistemas de Estados. ¿Hemos entrado en ese horizonte de manera irreversible, al menos en Europa?

El gobierno de y en la pandemia global ha servido para acelerar tanto los procesos de control algorítmico de plataforma como de reforzamiento del poder de los Estados y las corporaciones sobre las poblaciones. Las razones de ello no son simples ni lineales. En buena medida porque las relaciones entre sistemas de producción, mercados y Estados están viéndose sometidos a una enorme tensión que no puede dejar de tener consecuencias políticas e institucionales mayores en el mundo del neoliberalismo occidental. Aquí es donde un enfoque esquizoanalítico, que tenga en consideración los distintos tipos de agenciamientos de enunciación, de producción y de poder en juego, puede ayudarnos a pensar conjuntamente las tensiones y antagonismos dentro de las sociedades y entre los subconjuntos políticos del planeta. Dicho de otra manera,

la necesidad de un cambio en la axiomática del capitalismo —en la que entren en consideración los parámetros de la lucha contra el calentamiento global, las estructuras de lo que Marazzi y otros han llamado la producción antropogénica (afectar y ser afectados en los procesos educativos, sanitarios, de cuidados, afectivo-sexuales, de las redes sociales, etc), los movimientos migratorios planetarios, la finitud e insostenibilidad de las fuentes de energía, etc., mientras se mantienen las dinámicas de valorización extractivas (financieras, de datos, de materias primas y recursos) sobre el conjunto de la producción biopolítica global y sus ecosistemas— es el nudo crucial en el que se conjugan las alternativas fundamentales. Más que la viabilidad de un compromiso reformista equiparable al New Deal o al modelo fordista de los Treinta Gloriosos, lo interesante es ver cómo la imaginación capitalista de una nueva axiomática es inseparable del surgimiento de agentes de enunciación coloniales, transfóbicos, misóginos, supremacistas, que tienden a dar un cariz fascista al nuevo pacto social, en los términos de un *apartheid* global, donde el Estado y las plataformas o los sistemas de Estados recobran su predominio sobre las plataformas en tanto que operadores de un compromiso de supervivencia variable a partir de una matriz colonial, blanca, cristiana y patriarcal del acceso a los derechos-renta. Éste me parece el resultado más probable de la subjetividad capitalista occidental ante el desplome de la ilusión neoliberal de la eficiencia de los mercados financieros y de servicios fundamentales ante el calentamiento global y la pandemia de la COVID-19. Se trataría de una axiomática del capital donde el Estado-plataforma o los sistemas de Estados gestionan grados de precarización de la existencia y de acceso a cuotas de renta pública y financiera, servicios,

derechos subjetivos y políticos, etc. Por decirlo con una fórmula más sencilla, se trata de una instauración de un *apartheid* colonial en las propias metrópolis postcoloniales envejecidas, en el contexto de una guerra fría permanente entre los subconjuntos occidental, chino y ruso y de una guerra más o menos abierta contra el sur global y sus movimientos migratorios y de emancipación, en el contexto de la crisis climática y energética global. La axiomática del capital necesita hoy, para sobrevivir, un *reload* de los enunciados y las subjetividades del fascismo y el colonialismo, so pena de ser incapaz de evitar formas de rebelión que inevitablemente partirán de los resultados de los sistemas red transdividuales. Necesita imperiosamente lo que Félix Guattari llamó neoarcaísmos.

Pensar, en tales condiciones, un proceso comunista transnacional y transcontinental que parta de la producción del común y de sus instituciones de contrapoder como sistemas red transdividuales es la tarea que nos toca pensar y practicar con urgencia. Y esa tarea convoca a nuevos agentes colectivos de enunciación. Indagando en la microfísica que dio lugar al 15M, por ejemplo, podríamos identificar distintas figuras intercesoras y otras con competencias que fueron decisivas para la toma de consistencia del sistema red. Desde l*s educador*s sociales y de calle, l*s activist*s de centros sociales, l*s de la cultura libre y los *hacklabs*, por no citar más que algunas entre muchísimas. Figuras de invención práctica, de conexión, de ensamblaje cooperativo y afectivos entre singularidades. Hoy echamos de menos a figuras equipolentes para acometer las nuevas tareas. Que pasan por la reapropiación de la capacidad de construir plataformas de cooperación biopolítica, que no excluyen la capacidad de expropiación y sabotaje de las plataformas digitales existentes, por los medios legales y

no legales disponibles. Las alternativas energéticas de sostenibilidad de un sistema red constituyente, junto con las alternativas técnicas de construcción de las arquitecturas y de producción y control de los algoritmos usados, así como la gestión democrática del común de los datos, son absolutamente necesarias para que los sistemas red cobren la capacidad de desbaratar el control y la exclusión de las redes de plataforma —públicas o no—. Otro tanto cabe decir de los sistemas de *machine learning* y sus sesgos y finalidades de aprendizaje. Pero esto no son planes de ingeniería social, sino problemas que solo pueden acometer otros, nuevos agentes colectivos de enunciación.

Si algo me parece claro, como resultado y horizonte abierto de esta década, es la profundización del nexo entre democracia de la multitud y reinención del proyecto comunista después del socialismo real y del estalinismo. La década comenzaba con una palabra tan manoseada como democracia, añadiéndole el adjetivo «real» como una operación semiótica mínima, pero que en realidad produjo una división en dos de las democracias liberales de la propiedad. Hoy sabemos que la democracia absoluta —*omnino absolutum imperium*, según Spinoza y Negri— es el polo esquizofrénico, el cuerpo sin órganos de la potencia de producir el común de la vida de las singularidades humanas. El comunismo recupera su lugar entre las alternativas de la humanidad a partir de esta metamorfosis antropogenética y dividual, y de una relación de antagonismo absoluto con las formas Estado de la propiedad, la renta parasitaria, la individualización y las pasiones fóbicas fascistas, racistas, coloniales y patriarcales, que constituyen el polo paranoico sobre el cuerpo sin órganos de la potencia de la humanidad, su sobrecodificación; ¿despótica, fascista, socialista? Aún no podemos

predecir cuál es la más probable. Lo que sí sabemos es que el autogobierno de una multitud global, necesariamente monstruosa a los ojos de la axiomática capitalista en formación, es inseparable de la democracia absoluta, y que ésta solo puede vivir del crecimiento impredecible del rizoma ecocomunista planetario.

Créditos de los textos

El prefacio de Toni Negri «Una gramática de liberación», fue escrito en octubre de 2020 para este volumen —en paralelo a la versión alemana de transversal texts bajo el título *Das Absolute der Demokratie*—.

«Hacia nuevas creaciones políticas»: El texto original apareció en julio de 2007 con el título «Hacia nuevas creaciones políticas. Movimientos, instituciones, nueva militancia», *transversal*, 05/07, 2007, <https://transversal.at/transversal/0707/sanchez-cedillo/es>.

«La irrupción del sistema red»: El texto original apareció en junio de 2011 con el título «15M, multitud que se sirve de máscaras para ser una» en Universidad Nómada. Disponible aquí: <http://futuropublico.net/2011/06/22/15m-multitud-que-se-sirve-de-mascaras-para-ser-una/>.

«El 15M como insurrección del cuerpo-máquina»: El texto original apareció en abril de 2012 con el mismo título en Universidad Nómada. Disponible aquí: <https://acampadasbd.files.wordpress.com/2014/11/el-15m-como-insurreccion-del-cuerpo-maquina.pdf>.

«Lo absoluto de la democracia a la luz del 15M»: El texto original apareció en junio de 2017 con el título «L'assoluto della democrazia alla luce del 15M spagnolo» en Francesco Brancaccio y Chiara Giorgi, *Ai confini del diritto. Poteri, istituzioni e soggettività*, Roma: DeriveApprodi 2017: 115-128.

«Rajoyato, municipalismos, sistema de contrapoderes»: El texto original apareció en septiembre de 2017 con el mismo título en *transversal*, 09/16, 2017, <https://transversal.at/transversal/0916/sanchez-cedillo/es>.

«Idea de un sistema red transdividual»: El texto original apareció en agosto de 2018 con el título «Idea de un sistema red transdividual. Notas aproximativas», *transversal*, 03/18, 2018, <https://transversal.at/transversal/0318/sanchez/es>.

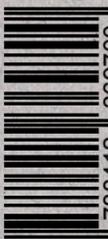
«La muerte de los grupos»: El texto original apareció en febrero de 2020 con el título «“Estalinistas”, “Trotskistas” y la muerte en los grupos» en el diario El Salto, <https://www.elsaltodiario.com/palabras-en-movimiento/estalinistas-trotskistas-y-la-muerte-en-los-grupos>.

«Entre derechos iguales decide la fuerza»: El texto original apareció en mayo de 2020 con el título «Entre dos derechos iguales, decide la fuerza» en el blog de la Fundación de los Comunes, <https://fundaciondeloscomunes.net/entre-dos-derechos-iguales-decide-la-fuerza/>.

El posfácio «Del 15M al comunismo maquínico/dividual» fue escrito en abril de 2021 para este volumen —en paralelo a la versión alemana de *transversal texts* bajo el título *Das Absolute der Demokratie*—.

subtextos

ISBN 978-84-123697-0-0



9 788412 369700